

NAVARRA



• MCMXXV •



EMILIO GARCIA ENCISO • EDITOR •
• MARTINES DE CORAZON • • PAMPLONA •

REG. 62 76
TITN. 222 411
SIG.
C = 1/27

008 (460.16)

DORIA Y C.^{IA}

AUTOMÓVILES

PAMPLONA

Talleres mecánicos
y
construcción de carrocerías

Garage - Alquileres
y Accesorios en general
para autos, motos y ciclos

**OFICINA TECNICA INDUSTRIAL
SEMINARIO Y C.^{IA}**

Sarasate, 11 y Alhóndiga, 1 ~ Tef.º 430 bis
PAMPLONA

Ingeniería en general
Establecimiento de Centrales hidroeléctricas y termoeléctricas
Maquinaria eléctrica e industrial
Dirección técnica de empresas de electricidad
Abastecimiento de aguas potables y saneamiento
Riegos
Hormigón armado y obras de todas clases
Maquinaria para estas aplicaciones
Estudios - Proyectos y Presupuestos - Informes - Peritaciones

LORDA ASTIZ, S. A.
MAQUINARIA AGRÍCOLA

Plaza de San Francisco, 16 - PAMPLONA - Teléf. núm. 49

Material de siega y siembra MC. CORMICK
Trilladoras MARSHALL
Bombas-motores de aceites pesados
DEUTSCHE-WERKE

Motores de Gasolina
POYAUD, CROSSLEY, INTERNATIONAL



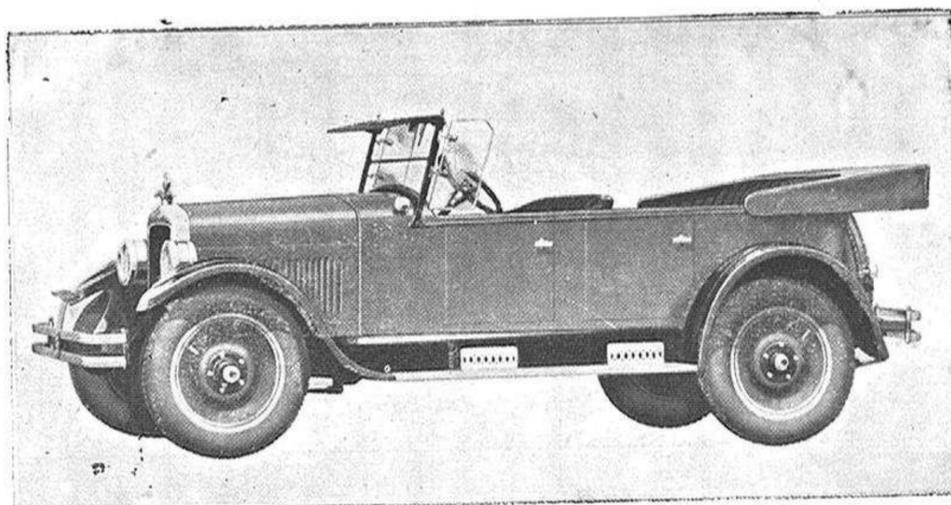
Carmelo Monzón y Repáraz

INGENIERO DE CAMINOS

Oficinas: NAVAS DE TOLOSA, 23-1.^a

ESTUDIOS - PROYECTOS - PRESUPUESTOS
y en general toda clase de trabajos de Ingeniería

Consultas e informes gratuitos



Automóviles "OAKLAND"

6 cilindros - Con frenos a las 4 ruedas

El automóvil más perfecto en su precio
Rápido, cómodo, elegante
equipado con carrocerías "Fisher"

Representante en Navarra:

PEDRO MARIA IRURZUN

Garage Carbonell

PAMPLONA

BIBLIOTECA CIRCULANTE GARCIA Y VILLANUEVA

Estafeta 89 y Juan de Labrit 1

PAMPLONA

Mediante suscripciones de 25, 15 y 9 pesetas por año, semestre o trimestre, se facilitan libros de los más afamados autores, no limitándose tiempo para su lectura y permitiendo que se saquen de la Biblioteca.

Todos los libros son encuadernados y responden a un Catálogo que se entrega gratuitamente a cada suscriptor. Mensualmente se reparten hojas suplementarias al Catálogo en las que figuran las adquisiciones de libros recientes,

Esta Biblioteca se ha abierto al público en este año.

En idéntica forma se admiten suscripciones para los que residan fuera de Pamplona, siendo en este caso los gastos de cuenta de los interesados.

LITERATURA, HISTORIA, ARTE, CIENCIA, EDUCACION,
LIBROS PARA LA MUJER, ETC.

AUTOMOVILISTAS

¿Queréis reducir vuestros gastos generales? Equipar las ruedas con los productos BERGOUGNAN

Bandaje corriente, bandaje disimétrico especial para ruedas traseras, bandajes extraflexibles gran altura de goma para ómnibus y camiones

Cubiertas gigantes, Ballons y Unicorde, para coches ómnibus y turismos

Transformaciones de rodajes

Consultad precios a los Stockistas y Depositarios

FRAUCA Y COMPAÑIA

Sarasate, 13 - PAMPLONA

POENIX ASSURANCE COMPANY, LIMITED
COMPANIA INGLESA DE SEGUROS ESTABLECIDA EL AÑO 1782

Capital 91.694.875 pesetas - Desembolsado 22.000.000 pesetas

Sub-Director en Navarra: MATIAS MENAYA - Nueva, 22-2.º - PAMPLONA

LA VASCONIA SOCIEDAD ANONIMA DE BANCA Y CREDITO PAMPLONA

CAPITAL 7.500.000 DE PESETAS

Realiza toda clase de operaciones bancarias en su Central y Sucursales de Alsasua, Burguete, Cascante, Carcastillo, Corella, Estella, Falces, Irurzun, Lecumberri, Leiza, Lesaca, Lerín, Lodoso, Sangüesa, Santesteban, Tafalla y Tudela

ALMACENES OYARZUN

MERCERIA, PAQUETERIA Y GENEROS DE PUNTO

Avenida de San Ignacio, núm. 14

PAMPLONA

Teléfono 451 bis

Talleres Mecánicos de Carpintería

y Almacén de Maderas de todas clases

ERROZ Y SAN MARTIN

Contratistas de toda clase de obras

CONSTRUCCION DE HORMIGON ARMADO

Oficinas y talleres: Jarauta, 78 - Teléfono 103

Almacenes y Aserradero

Barrio de San Juan

Teléfono 469 bis

PAMPLONA

CREDITO NAVARRO

Sociedad Anónima fundada el año 1864 - PAMPLONA

CAPITAL 6.000.000 DE PESETAS

Con Sucursales en Tudela, Elizondo, Estella, Sangüesa, Tafalla, Vera del Bidasoa, Fitero, Aoiz, Puente la Reina

Ezequiel Lorca Aquerreta

Contratista de Obras

Hormigón armado Carpintería mecánica

Avenida de San Ignacio, 14 - PAMPLONA

FABRICAS DE MOSAICOS
 EN
 PAMPLONA Y MIRANDA DE EBRO (Burgos)
 MÁRMOL COMPRIMIDO
 PIEDRA ARTIFICIAL
 TUBERÍAS DE CEMENTO
 MATERIALES DE CONSTRUCCION
 PRODUCCION ANUAL 100.000 MTS. CUAD.
 DEPOSITO EN MADRID - Quiñones, 8 y 10

R. Martinicorena

APARTADO DE CORREOS NÚM 8 PAMPLONA TELÉFONO 69

CONSTRUCCIONES DE OBRAS DE HORMIGON ARMADO

ELIZALDE Y C.^A
 TRABAJOS EN MADERA
 CALLE DE LOS TEOBALDOS, 7 (Nuevo Ensanche)
 PAMPLONA

ORDUNA - SALAMERO
 Agentes exclusivos para Navarra de la
 máquina de escribir CORONA
 La mejor y más económica
 600 ptas contado :-: Ventas a plazos
 CORELLA

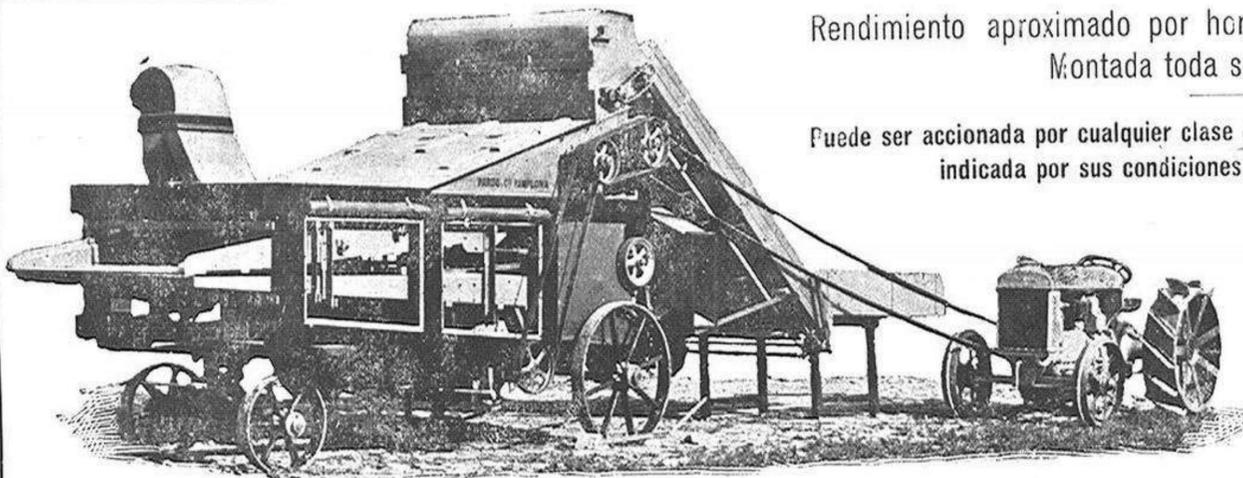
MANUFACTURA DE ALPARGATAS
SANAU
 MARCA DE LA CASA
 Fabricante: PROSPEROSANAU
 CORELLA (NAVARRA)

Casa Arrillaga

RELOJERÍA-OPTICA.-C. AJARNAUTE
 Fundada el año 1830 - Teléfono 362 - Pamplona

"AURORA,"
 COMPAÑIA DE SEGUROS DE INCENDIOS
 Sub - Dirección de Navarra
 FAUSTINO GONZALO - CONSTITUCION, 29

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA
 Préstamos a largo plazo con garantía de fincas y sobre solares
 para construcción
 Agente: Faustino Gonzalo - Constitución, 29



Rendimiento aproximado por hora 1.000 kgs. - Fuerza necesaria 10-12 HP.
 Montada toda sobre rodamientos de bolas

Puede ser accionada por cualquier clase de motores, de vapor, gasolina, etc., etc., y es la más
 indicada por sus condiciones para ser movida por el tractor "Fordson",
 Más de 200 de estas máquinas están funcionando

A quien lo desee se darán direcciones
 para informes

Para precios y demás detalles dirigirse a

PARDO Y COMP.^A - Pamplona

Fábrica de Mosáicos Hidráulicos

Inmenso surtido en mosáicos desde los más baratos y sencillos hasta los más elegantes.—Mosaicos especiales para andenes, cocheras, cuadras, etc.—Tuberías de cemento para la conducción de aguas y alcantarillados, fregaderas, placas de mármol artificial para mesas, mesillas, mostradores, etc. y piedra artificial en todas sus aplicaciones.—Bloques huecos y macizos de hormigón para obras económicas, pudiendo hacerse las piezas al pié de cada obra.—Construcción de toda clase de obras de hormigón y cemento armado, como pilares, vigas, azoteas, escaleras, depósitos para líquidos, tuberías de presión, etc.—Solicítense ofertas e informes

Pedro Arigita Sanz

MAYOR, 38-CORELLA-(NAVARRA)

IGNACIO SORIA

Reparación de motores, transformadores, dinamos, magnetos. Instalaciones completas de automóviles, acumuladores ingleses, para alumbrado de coches. Instalaciones y material eléctrico

SAN MIGUEL, 1 - PAMPLONA - TELEFONO 68 BIS

Automóviles Ingleses **"MORRIS,"**

11 Y 14/28 HP.

HIJOS DE M. ALLUE - Apartado 3 - CORELLA

ROLLS - ROYCE - MORRIS - ACEITES PRICE'S

Calzados Echarri

Inmenso surtido en calzado de lujo, cómodo y económico

La casa más surtida y que recibe los modelos más nuevos

SAN NICOLÁS, 15 y 17-PAMPLONA-TELÉFONO 260 BIS

LEONCIO Y COMPAÑIA-Pintores

Se ejecutan toda clase de trabajos concernientes al ramo.—Especialidad en decorado de habitaciones en todos los estilos.—Em-papelados modernos, pintura escenográfica en papel y tela, rótulos en oro.—Restauración de cuadros antiguos, modelos, dibujos y proyectos.—No hacer ningún proyecto sin consultar esta casa

Estafeta, 23 ~ PAMPLONA

Eguinoa Hermanos

Sociedad de construcción de obras en general
Se facilitan proyectos, presupuestos y estudios técnicos

PAMPLONA
CIUDADELA, 13 (ESQUINA A SAN GREGORIO)

OFICINAS

MADRID
SANTA ENGRACIA, 118

PIDANSE REFERENCIAS DE OBRAS CONSTRUIDAS



Caja de Ahorros Navarra
Garantizada por la Excm. Diputación

Operaciones que realiza

	INTERES
Libretas ordinarias	3,50 %
Imposiciones anuales	4,25 %
Imposiciones semestrales	4 %
Cuentas corrientes a la vista	3 %
Depósitos a la vista	3 %

Premios especiales a los imponentes

OFICINAS CENTRALES: PALACIO DE LA DIPUTACION

SUCURSALES: AOIZ, CORELLA, ELIZONDO, ESTELLA, IRURZUN, SANGÜESA, TAFALLA, VERA DEL BIDASOA Y OTRAS

En breve apertura de otras en varias poblaciones importantes de Navarra

MUGICA, ARELLANO Y COMPAÑIA

INGENIEROS
PAMPLONA

SUCURSALES:

Albacete
Alcázar de S. Juan
Badajoz
Barcelona
Burgos
Cáceres
Ciudad-Real
Córdoba

Huesca
Jerez de la Frontera
Logroño
Madrid
Palencia
Riaseco
Sevilla
Tafalla

Talavera de la Reina
Tarancón
Tudela de Ebro
Valladolid
Vitoria
Zamora
Zaragoza

UNICOS REPRESENTANTES EN ESPAÑA de los tractores **Titan Deering**. Arados **Parlin** para tractor y para tracción animal.—Arados brabant **Melotte**. Arados **Chattanorga**.—Cultivadoras **Planet**.—Seleccionadoras para granos.—Sembradoras **Kentucky** y **Deering**.—Distribuidoras de abono.—Desgranadoras de maíz.—Trituradores.—Motores a gasolina.—Grasas de todas clases y demás material agrícola

Depósitos en las principales poblaciones de la Región

“EL IRATI,, S. A.

DOMICILIO: PASEO SARASATE, 30 - PAMPLONA
CAPITAL ACCIONES: PTAS. 7.000.000

FUERZAS HIDRAULICAS.—Suministro de alumbrado y energía eléctrica en Pamplona y Aoiz

MADERAS.—De haya preparada en tablones, cuadrillos, palos de escoba, etc., etc. Producción anual: 12.000 metros cúbicos

PRODUCTOS QUIMICOS.—Carbón vegetal, alcohol metílico, acetona, ácido acético y alquitrán vegetal

FERROCARRIL ELECTRICO.—De Pamplona a Sangüesa con ramal a Aoiz

Servicio a todos los trenes de la Compañía del Norte

Sastería civil, militar y eclesiástica de
Fermín Estella

JARAUTA, 61 Y 63
PAMPLONA

Taberna Hnos. Sucesores de Sarasa
VINOS - ELABORACION Y EXPORTACION

Transportes en camiones para dentro y fuera de la ciudad
SAN ANTON, 3 - PAMPLONA
TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS TABERNA
TELEFONO 152 - ESTACION 468 BIS

CAFE KUTZ - Pamplona

DEPOSITO DE LA MEJOR CERVEZA
MARCA «CRUZ BLANCA»
DE SANTANDER

JESUS CHOCARRO
CONTRATISTA DE TODA CLASE DE OBRAS

ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS Y OBRAS HIDRAULICAS

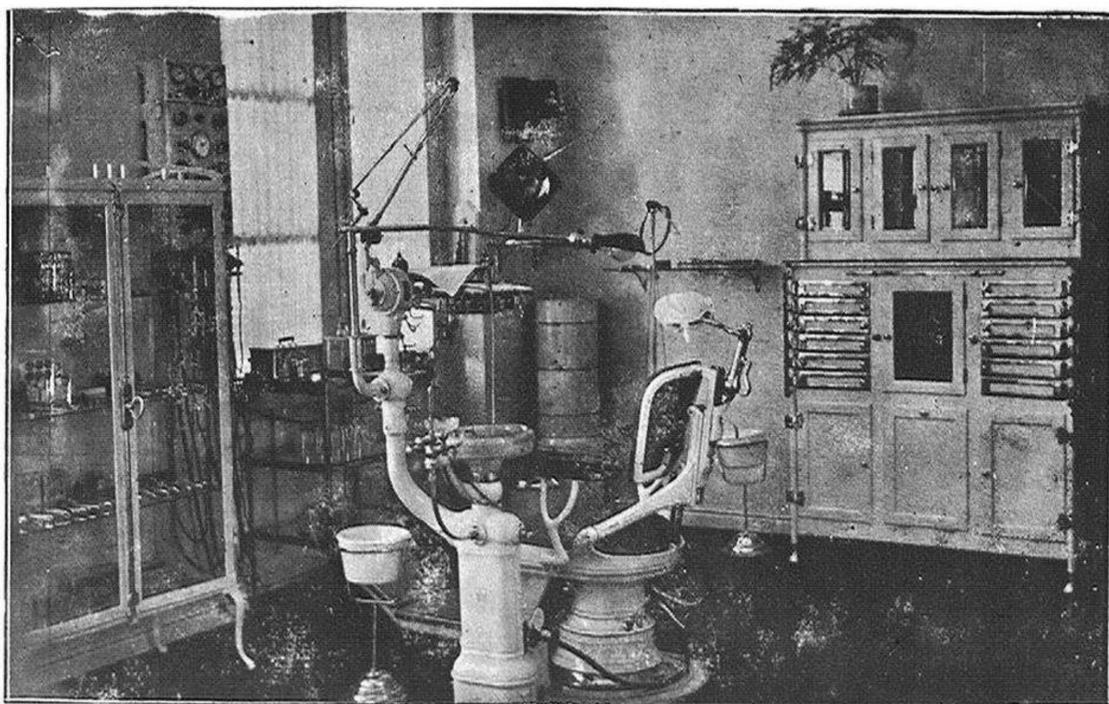
Oficinas: Espoz y Mina, 19 y 21-PAMPLONA

LA VASCO-NAVARRA
Compañía de Seguros a prima fija

Domicilio social: PAMPLONA

OPERACIONES QUE REALIZA

Seguros contra accidentes del trabajo. Seguros individuales de accidentes personales. Seguros de responsabilidad civil para automóviles, coches, carros, etc., etc. - Condiciones de Pólizas liberales



BOCA Y DIENTES

Doctor Clavero

Instalación aséptica - Electricidad
Médica - Rayos X - Cirugía de Boca - Laboratorio de Prótesis

PASEO DE SARASATE, 15 - PAMPLONA

NAVARRA

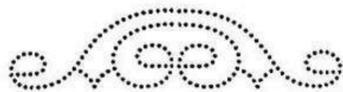
Emilio García Enciso - Editor

Mártires de Cirauqui, 1 - PAMPLONA

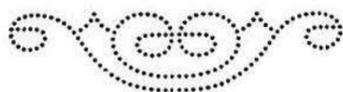


SUMARIO

Primeras palabras.—Programa de las fiestas de San Fermín.—Pamplona.—Arturo Campión: Dos pequeños poemas.—Eladio Esparza: Euskariana, Historia y Patria, La novela «Doña Blanca de Navarra».—Larreko: Orreaga (en vascuence y castellano).—Alberto Pelairea: Navarra (poesía).—Gabriel de Biurrun: Mosaico ingenuo del tiempo del Higo.—José María de Luzaide: Gau - besta (cuento).—Leoncio Urabayen: La tragedia del hombre que no podía detenerse.—Mariano Ansó: Complicidad (boceto dramático).—Rafael Valencia: Cabileño (cuento).—Pedro Arellano: Luz de ocaso (poesía).—Vicente Martínez de Ubago: Pamplona se divierte.—Eugenio Salamero: Saludo de la Ribera a San Fermín.—Manuel Iribarren: Ecos de la montaña (poesía).—Luis Oroz: Renovarse o morir.—Julio Altadill: La Marquesa de Falces.—Vicente de Miguel: A Navarra (poesía).—Rogelio J. Mongelos: Tres virreyes pamploneses en América.—Zacarías Zuza: Mi bandera (poesía).—José Zalba: Filósofos Navarros.—Jesús Etayo: Divagaciones.—V. Juaristi: ¡Riau-Riau!.—Baldomero Barón: El pamplonica (poesía).—Onofre Larumbe: La Catedral.—Eusebio García Mina.—La música en Navarra.—José María de Huarte: Navarra en la Exposición del Traje Regional.—José María Cía: La última negación de la belleza.—Luis Ibiricu: Sueños de amor (poesía).—Isidoro Fagoaga: Gayarre en Italia.—Miguel Gortari: Hacienda provincial.—Daniel Nagore: Agricultura y Ganadería.—Miguel Erice: Influencia del estado de conservación de los pavimentos en los gastos totales de los automóviles.—José Torres: Política forestal.—Ignacio Baleztena: La Anthonia e Iñacio casar se han hecho (Ingurucho navarro).—Arako: Dialogando.—Hilario Olazarán: La doctrina en el periódico.—José Lecároz: Reflexiones en el ocio.—J. Clavero: Curanderismo y palurdismo.—María Ana: El arte en la vida.—Fermín García Ezpeleta: Un aspecto de la enseñanza en Navarra.—Juan José Salamero: La oración del bracero (poesía).—Irular: El vascuence en Navarra.—Joaquín Ilundain: El turismo en Navarra.—Jokintxo: Los Deportes en Navarra.—Dibujos de Leocadio Muro, José Joaquín Montoro, Salvador Gayarre, Labayen, etc.—Fotografías de Zaragüeta y M. Goicoechea

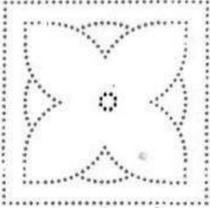


SOMETIDO A LA PREVIA CENSURA



6276

ADVERTENCIA. El conocido pintor D. Javier Ciga, había dibujado una primorosa portada para esta Revista, que no se ha podido incluir por causas ajenas a nuestra voluntad. Sin embargo, creemos que la del joven artista D. Leocadio Muro, que insertamos, será del agrado del público.



PRIMERAS PALABRAS

*«...quibusdan otii esse ac
desidia videtur...»*

Pocas veces alcanzan su plena realización los propósitos. La realidad es un idioma tan poco flexible que no parece obra llevadera hacer traducciones literales, traducciones que reflejen el valor exacto del original. En cuanto se pone el propósito al pié de la práctica, se despiertan todas las dificultades. Forzoso es persuadirse de que las risueñas perspectivas de la ciudad interior no encuentran sus adaptaciones idóneas en la feria de nuestra vida...

Conviene que digamos esto en la primera hoja de la revista, aun antes del saludo, porque ahora que la sacamos a luz vemos que difiere bastante de la imagen primitiva que grabó con deleitosa complacencia nuestro primer deseo. Nada le faltaba en proporción, ni en decoro, ni en elegancia ni en ser, como principalmente queríamos, trasunto acabado de la cultura íntegra de nuestra muy amada tierra...

Salida ya del recinto de la ciudad interior, notamos que ha perdido varias de sus perfecciones. ¡El tránsito de lo ideal a lo real no se verifica sin mermas lamentables! Con todo no hemos querido privarle del derecho—y del gozo de la vida una vez que la trajimos al mundo. Somos los primeros en reconocer que cuanto supone cultura en nuestra tierra tiene aliento más poderoso que para dar volúmen a la vela de este navío... Somos los primeros en reconocer—y esta confesión nos absuelva de todo pecado—que faltan firmas valiosas en este Florilegio y que tampoco se han agrupado todas las disciplinas. Reconocemos, en fin, todos sus defectos. Pero donde la cultura no dá señales de mayor cuantía ni tiene un modesto domicilio social, con ser tan espléndida la nómina de las personas cultas, bien podemos soslayar la inevitable esquina de los defectos...

Contiene esta revista todo el jugo que hemos podido extraer de las circunstancias y si bien adolece de imperfecciones, por lo que a nosotros atañe, no podemos menos de mostrar profunda satisfacción por la cooperación eficaz y brillante, de cuantos han atendido nuestra súplica, en estos afanes de cultura que muchos interpretan como devaneos de ocio y disipaciones de la desidia... ¡Y pertenecen no obstante a la más alta y egregia categoría del pueblo!

COMO LOS PRUDENTES ARQUEROS

Nosotros pues como los prudentes arqueros de que habla Machiavelo en «El Príncipe», no tenemos la pretensión de haber dado en el blanco. Hemos disparado la flecha con el noble propósito de hincarla en el pecho de cuantos sienten algo de cariño por la aristocracia espiritual de su pueblo...

SALUDO

Y dichas estas palabras, que ahorran más difusas explicaciones, vaya un fuerte apretón de manos para todos los que lean esta revista y comenten nuestra labor, en favor o en contra, que de todo puede sacarse provecho...

«Ad honorem Patriæ».



Programa de las Fiestas de San Fermín

FIESTAS RELIGIOSAS

Vísperas.—A las cuatro y media de la tarde del día 6, el Excelentísimo Ayuntamiento, precedido de su comitiva de maceros, clarines y timbales y de los gigantes y cabezudos con las dulzainas del país, chistularis y bandas de música, se trasladará a la capilla de San Fermín, donde se cantarán solemnes vísperas.

Procesión.—El día 7, a las 10 horas, tendrá lugar la procesión con la efigie del Santo, concurriendo a ella los gremios con sus estandartes, el Excmo. Cabildo Catedral, el Clero parroquial y la Excelentísima Corporación municipal. Al regreso de la procesión a la Capilla de San Fermín, situada en la Iglesia de San Lorenzo, se cantará una misa solemne, que se celebrará igualmente los días siguientes, a las 10 de la mañana; hasta el día de la octava que será a las once concurriendo a ésta el Excmo. Ayuntamiento.

PASEO EN EL BOSQUECILLO

A las doce de cada día, comenzará el paseo en el Bosquecillo de la Taconera, que será amenizado por una Banda de Música.

DIANAS

Durante las primeras horas de la mañana, las bandas de Música, trompetas de Caballería, dulzainas y chistularis, recorrerán las calles y plazas de la ciudad tocando alegres dianas.

GIGANTES

Los gigantes y cabezudos juntamente con las dulzainas y chistularis, recorrerán la población durante los días de fiestas.

TEATROS

En el Gayarre y Olimpia actuarán notables compañías.

FUEGOS JAPONESES

Se quemarán hermosas colecciones el día 6 a las doce horas, y los días 8 y 9 durante la corrida.

FUEGOS

ARTIFICIALES

A las nueve y media de la noche del 6, 7 y 11 de Julio, se quemarán hermosas colecciones en la Plaza de la Constitución.

Elevación de globos, y zezenzuskos el 8, 9 y 10.

El día 10 se verificará un simulacro de combate, con el concurso de la Banda de Música «La Pamplonesa» y las de Cornetas y Trompetas de Infantería y Caballería.

Gran volcán y traca valenciana el día 12.

CONCIERTOS

Grandes conciertos en el Teatro Gayarre, durante los días 9 y 10, a las 11 de la mañana, por la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos con la cooperación del Orfeón Pamplonés.

FESTIVAL ARTISTICO

El día 10 a las cuatro y media de la tarde se celebrará en la Plaza de Toros un grandioso festival artístico, tomando parte en el mismo

la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos, el Orfeón Pamplonés, bailes y cantos regionales, etc.

CARRERA CICLISTA

El domingo día 5 se celebrará la gran prueba «Travesía de los Pirineos», habiéndose preparado importantes premios.

PARTIDOS DE PELOTA

En los frontones Euskal-Jai y de la Mañueta, se celebrarán interesantes partidos a cargo de afamados pelotaris de la Región y Vascongadas.

FOOT-BALL

En el campo del Club Atlético Osasuna tendrán lugar emocionantes encuentros futbolísticos organizados por las Sociedades deportivas de esta capital.

AVIACION

A las once aproximadamente del día 8, llegará a esta capital sobre un aeroplano el piloto D. José Ansaldo, que realizará vuelos sobre la población, repitiéndolos por la tarde y admitiendo pasajeros.

A continuación de la corrida del día 9, el mismo aviador, realizará sobre el campo «Fuerte del Príncipe» ejercicios acrobáticos, finalizando con el descenso en paracaídas del aeronauta F. Cormier.

BARRACAS DE ESPECTACULOS

En el antiguo Ensanche, en la explanada situada frente a la calle del P. Moret, se instalarán los artefactos y barracas de espectáculos públicos.

TIENDAS DE BISUTERIA

Las tiendas de bisutería, tejidos, quincalla, etc., se instalarán en el Paseo de Sarasate, y

funcionarán desde el 29 de Junio.

ILUMINACIONES

En la forma de costumbre se iluminará la Plaza de la Constitución durante las noches.

SESIONES PUBLICAS

DE CINE

En los días de fiestas funcionará un cinematógrafo público en la Plaza de la Constitución.

FIN DE FIESTAS

A las doce de la noche del día 12 de Julio se dará fin a las fiestas.

La banda de Trompetas de Caballería, ejecutará en la Plaza de la Constitución distintas obras de su repertorio, recorriendo a continuación las calles y plazas de la ciudad tocando variadas composiciones.

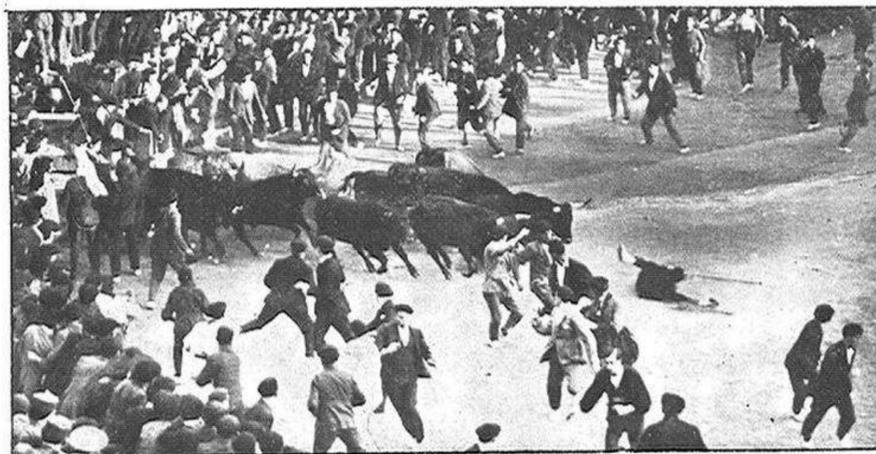
Y durante algunos días más, permanecerán abiertas las barracas. La gente de bronce volverá pacífica al trabajo y Pamplona recobrará poco a poco el sosiego del resto del año.

INTERESANTE PARA EL TURISTA

La entidad Fomento del Turismo tendrá abiertas sus oficinas en la planta baja del Palacio Provincial, donde facilitará datos referentes a hoteles, líneas de comunicaciones, etc.



De regreso de las vísperas



Entrada de los toros en la Plaza en uno de los clásicos encierros

Grandes Corridas de Toros

Día 7 de Julio

Primera corrida

Seis toros de la ganadería de **D. Francisco Villar**, de Zamora, con divisa roja y morada, para los diestros

MARQUEZ, AGÜERO Y NIÑO DE LA PALMA

con sus cuadrillas.

Día 8 de Julio

Segunda corrida

Seis toros de la ganadería de los Hijos del **Excmo. Sr. don Eduardo Miura**, de Sevilla, con divisa verde y grana, para los diestros

MARQUEZ, LALANDA (MARCIAL) Y AGÜERO

con sus cuadrillas.

Día 9 Julio

Corrida de Prueba

Cuatro toros de la ganadería de **D. Cándido Díaz**, de Calahorra, con divisa amarilla y encarnada, para los diestros

MARQUEZ, LALANDA, AGÜERO Y NIÑO DE LA PALMA

con sus cuadrillas.

Día 11 de Julio

Corrida extraordinaria

Seis toros de la ganadería de los hijos del **Excmo. Sr. D. Luis Gamero Cívico** (Parladé), con divisa amarilla, para los diestros

BELMONTE (JUAN), LALANDA (MARCIAL) Y ALGABEÑO

con sus cuadrillas.

Día 12 de Julio

Cuarta corrida

Seis toros de la ganadería de **D. José Luis y D. Felipe de Pablo Romero**, de Sevilla, con divisa celeste y blanca, para los diestros

MARQUEZ, LALANDA (MARCIAL) Y NIÑO DE LA PALMA

con sus cuadrillas.

Nota.—Las cuatro corridas y la prueba darán comienzo a las CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE, abriéndose las puertas de la plaza con la debida antelación.

El personal de que se componen las cuadrillas es el siguiente

PLANTILLA DE BELMONTE (JUAN)

Picadores: Juan García (Artillero), Antonio Díaz (Aldeano).—*Banderilleros:* Fidel Rosalem (Rosalito), José García Reyes, Francisco Mestres, José Calderón.—*Puntillero:* José Calderón.

PLANTILLA DE ANTONIO MARQUEZ

Picadores: Agustín Ibáñez (Marinero), Teodoro Santamaría.—*Banderilleros:* Gabriel Hernández (Posadero), Antonio Lozano (Egea), Antonio Iglesias (Chico del Matadero).—*Puntillero:* Antonio Iglesias (Chico del Matadero).

PLANTILLA DE LALANDA (MARCIAL)

Picadores: Dositeo Rodríguez (Gallego), Antonio Díaz (Cartagena).—*Banderilleros:* Juan de Lucas, Eduardo Lalanda y Alfredo David.—*Puntillero:* Alfredo David.

PLANTILLA DE JOSE ALGABEÑO

Picadores: Bernabé Alvarez (Catalino) y Rafael Barrero.—*Banderilleros:* José María Bazán, Enrique Aguilar (Rerré) y Joaquín Gárate (Limeño).—*Puntillero:* Joaquín Gárate (Limeño).

PLANTILLA DE MARTIN AGÜERO

Picadores: José Jiménez (Lobato), Francisco Mora (Morita).—*Banderilleros:* Luis Suárez (Magritas), Matías Aznar (Armillita), Gregorio Yanguas (Zapata).—*Puntillero:* Gregorio Yanguas (Zapata).

PLANTILLA DEL NIÑO DE LA PALMA

Picadores: Antonio Chaves y Manuel Calderón.—*Banderilleros:* Rafael Ortega (Cuco), José Martínez (Cerrajillas), Manuel Ordóñez.—*Puntillero:* Manuel Ordóñez.



Los toros en el callejón

VENTA DE BILLETES

Los días 2, 3 y 4 de Julio, de cuatro a siete de la tarde, se expendrán en la Administración de la Casa Misericordia, para todas las corridas de abonos juntas.

Esos mismos días se venderán entradas para los encierros.

Los billetes correspondientes a cada corrida y a la prueba se expendrán los días respectivos en las taquillas de la Plaza de la Constitución desde las siete de la mañana y además en la Plaza de Toros desde las dos de la tarde.

ENCIERROS Y NOVILLADAS

Los encierros del ganado para cada corrida, tendrán lugar a las seis de la mañana, en la forma que es antigua costumbre en esta ciudad, permitiéndose la entrada libre y gratuita en la Plaza de Toros, a excepción de los pisos de gradas y palcos, para cuyas localidades se expendrán billetes a los precios señalados en el cuadro correspondiente.

Estas entradas se expendrán en las taquillas de la Plaza de la Constitución la víspera de cada encierro de seis y media a ocho de la tarde, y el día de cada encierro de cinco y media a seis de la mañana en las referidas taquillas y en las de la Plaza de Toros.

APARTADO DE LOS TOROS

Todos los días de corrida, a las doce horas, se procederá al apartado del ganado que se ha de lidiar por la tarde, para lo cual se expendrán billetes en las taquillas de la plaza de Toros, de once a doce.



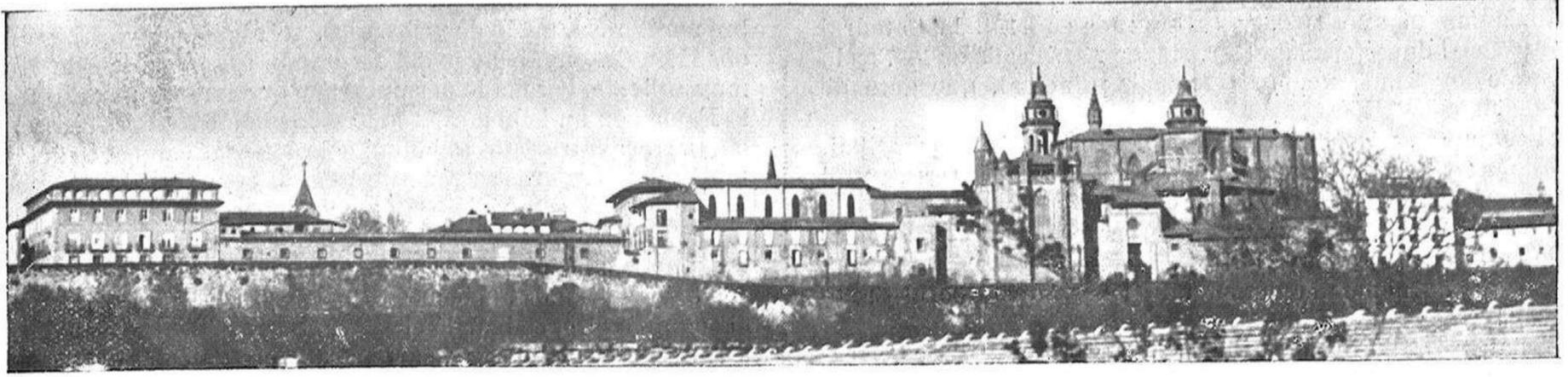
Un grupo de Blusas Blancas

DESENCAJONAMIENTO DE LOS TOROS

Se anunciará oportunamente en los sitios de costumbre la hora en que se verificará esta operación, para la cual se venderán billetes en la portería de los corrales del Gas.

El número de billetes para tal acto, será limitado.

Se dispondrán las operaciones de desencajonamiento de los toros, en la forma que se estime más conveniente para la seguridad del ganado.



PAMPLONA

Al pié de los Pirineos, en la orilla izquierda del río Arga, álzase la hermosa capital del antiguo Reino de Navarra, cabeza de su Merindad y de su Sede Episcopal, situada a los 42° y 49' de latitud septentrional y 2° 1' de longitud oriental del meridiano de Madrid; dista 310 kilómetros NE. de esta población y 147 NO. de Zaragoza; su altitud 442,20 metros sobre el Cantábrico en Santander, y 444,07 sobre el Mediterráneo en Alicante.

Créese que en lo antiguo, Pamplona fué nombre de región y no de ciudad, y así los primeros reyes de Navarra se titulaban reyes de Pamplona, y también se dice por tradición, que fué fundada por Pompeyo, debiendo, sin embargo, existir antes; casi toda ella está rodeada de murallas, cuyos baluartes, cortinas y rebellines, dan idea de la importancia militar de la plaza. La Ciudadela, construída en tiempo de Felipe II, forma un pentágono regular de 320 metros de lado, y la fortificación pertenece al primer sistema de Vauban.

En la antigüedad, fué objeto de las ambiciones de romanos, que convivieron con los vascos, de bárbaros, de árabes y de francos.

En la edad media formaba tres poblaciones distintas, que continuamente estaban en guerra, hasta que se fundieron en virtud del Privilegio de la Unión, dado por Carlos III el Noble; en 1512 fué invadida por las tropas de Fernando el Católico, al mando del Duque de Alba, e incorporada con el reino de Navarra a Castilla.

Sin embargo, con la incorporación de Navarra a Castilla, no perdió Pamplona el título de Cabeza del Reino de Navarra, que usó hasta que por el Convenio de Vergara quedó Navarra constituída en provincia y Pamplona en su capital.

navarra. Frente a la Diputación, a la entrada del Paseo de Sarasate, álzase el MONUMENTO A LOS FUEROS, erigido por suscripción popular para perpetuar el recuerdo de la grandiosa manifestación celebrada el 4 de Junio de 1893, en defensa de los Fueros de Navarra. Es obra del arquitecto pamplonés Martínez de Ubago.

En el mismo paseo, pero al extremo opuesto, en los terrenos que constituían el glasis de la Ciudadela, hállase el PALACIO DE JUSTICIA, con cuatro fachadas, de las cuales la principal está decorada con pilastras estriadas, coronando el centro un grupo alegórico, que representa la Justicia y la Ley en forma de dos matronas; inmediatamente se hallan las Factorías militares y los cuarteles del Marqués del Duero y del General Moriones.

El Paseo de Sarasate termina en el parque de la Taconera, al que siguen los jardines del mismo nombre y a cuyo final está el amplio MIRADOR, desde el que se descubre la vega del Arga y al fondo el monte de San Cristóbal, en cuya cumbre está el Fuerte de Alfonso XII; en el centro de la Taconera estuvo acampado el ejército del Duque de Alba, cuando en 1512 vino, en nombre de Fernando el Católico, a conquistar a Navarra.

Sobre el escarpe y murallas que dan al río se yergue la Capitanía General, antiguo edificio que fué Palacio de Virreyes.

En la parte opuesta de la población, se encuentra la

Las últimas Cortes de Navarra, celebradas en Pamplona, tuvieron lugar el año de 1829, bajo la Presidencia del Virrey Conde de Ezpeleta.

Ocupa la ciudad un sitio elevado, en su mayor parte llano y espacioso, con hermosas plazas, calles, paseos y elegantes edificios, recomendándose especialmente por la limpieza y esmero de sus calles y por el cuidado de salubridad de sus casas.

La PLAZA DEL CASTILLO o de la CONSTITUCION, forma un vasto trapecio de 125 metros de lado, encuadrada por amplios soportales, verdaderos paseos de invierno, sobre los que se levantan hermosos edificios, entre los que merecen citarse: el Teatro Gayarre, que desaparecerá con motivo del ensanche, el Crédito Navarro y el Casino Principal.

Formando ángulo de la plaza y dando frente al Paseo de Sarasate, hállase el soberbio Palacio de la Diputación Foral, construído por el arquitecto D. José de Nagusia y terminado en 1847.

Entre lo mucho bueno e interesante que ofrece, merecen citarse el salón regio y las habitaciones que en él se destinan a alojamiento de los reyes y personas reales; el comedor, cuyos muebles y pavimentos están construídos con madera de robles navarros; el Archivo de Navarra, uno de los más ricos o tal vez el más rico de un reino, en el que se conservan incalculables documentos antiquísimos, así como modernos, relativos especialmente a las guerras de la Independencia y civiles; en él se guardan unos eslabones de las cadenas que en Las Navas de Tolosa arrancó Sancho el Fuerte del cerco que rodeaba la tienda de Miramamolín, y que el rey donó al Monasterio de Santa María de Irache, cerca de Estella; varios objetos, entre ellos una laya, perteneciente al guerrillero Espoz y Mina; el cáliz que Carlos II regaló a la Virgen de Ujué y varios troqueles para hacer moneda



Palomar de los Jardines de la Taconera



Monumento a los Fueros de Navarra

Catedral, que, al parecer, data del siglo XI, aunque no en la forma que hoy reviste.

Concluida el año 1100, y consagrada en 1124, la Catedral románica, se hundió en el de 1390, siendo reedificada en 1397 en la forma que hoy tiene, excepto la fachada principal, que data de fines del siglo XVIII.

El conjunto de la fábrica es grandioso. La fachada principal, de estilo greco-romano, ostenta a ambos lados sendas torres, y el pórtico está formado por ocho columnas de orden corintio.

El templo consta de cinco naves, en forma de cruz latina, siendo notable el coro, cuya sillería es obra del escultor pamplonés Miguel de Ancheta, a quien también se atribuye el Santo Cristo del Trascoro.

El claustro gótico es magnífico, formando un cuadrado perfecto, y sus arcos ojivales, calados y columnas son bellísimos; las cru-
 jías Norte y Este fueron levantadas por el obispo Barbazano, cuyo cuerpo se conserva incorrupto en la capilla llamada Barbazana, y las otras dos, al hacerse la restauración del templo por Carlos el Noble. Son también notables, dentro de la Catedral, la sala llamada Preciosa, donde algunas veces se reunieron las Cortes de Navarra; el Sepulcro de los reyes Carlos III y su esposa Leonor,

hermoso sarcófago de alabastro con las estatuas yacentes de los Reyes, con 28 estatuillas de personajes de aquella época, bajo artísticos doseletes, obra del escultor Juan de Lome; la capilla de las Navas, construida en memoria de la gloriosa victoria obtenida por D. Sancho, cuya verja está hecha con las cadenas que los navarros trajeron de aquel lugar; además de todo esto, se conservan varias alhajas y obras de arte, como un tríptico del siglo XV, que representa el Juicio final, una arquilla arábigo-persa, el LIGNUN CRUCIS, regalo del emperador de Constantinopla, Miguel Paleólogo, a nuestro Carlos el Noble, y otras varias.

De las demás iglesias, se pueden citar la de San Lorenzo, por tener adosada la capilla de San Fermín, erigida sobre el solar de la casa en que, según la tradición, nació el patrono de Navarra, y la de San Saturnino, al O. de la Catedral, de estilo ojival, y en la que se halla la capilla de la Virgen del Camino.

El AYUNTAMIENTO, situado en la Plaza Consistorial, tiene

su fachada de tres órdenes: dórico jónico y corintio, y está rematado por un terrado de gran balaustrada, a cuyos extremos, sobre acróteras a modo de pedestales, se alzan, clava al hombro, dos Hércules, arrancando del terrado un pesado ático de frontis muy saliente, coronado por un grupo que forman una estatua de la Fama con un león a cada lado sosteniendo sendos escudos con las garras; entre éstos se hallan colocadas las campanas del reloj.

En las escaleras se ven retratos de reyes y algunos mosaicos antiguos encontrados en excavaciones; en el piso principal están: el salón de sesiones, la capilla, oficinas, despachos y un salón, cuyos balcones dan a la fachada principal, en el que está el armonio del inmortal compositor navarro D. Hilarión Eslava. En el segundo piso, se instaló el MUSEO DE SARASATE, que conserva las alhajas, obras de arte, archivo y muebles del gran violinista pamplonés.

Son también dignos de mención: el Instituto, en el que hay muy buenos gabinetes de Física e Historia Natural, un laboratorio montado a la moderna y una rica Biblioteca que atesora obras de gran valor y bastantes incunables; las Escuelas Normales de maestros y maestras; los Seminarios Conciliar y de San Juan Bautista; el Hospital provincial, anterior al siglo XVI, bajo la advocación de Nuestra Señora de Misericordia; la Ca-

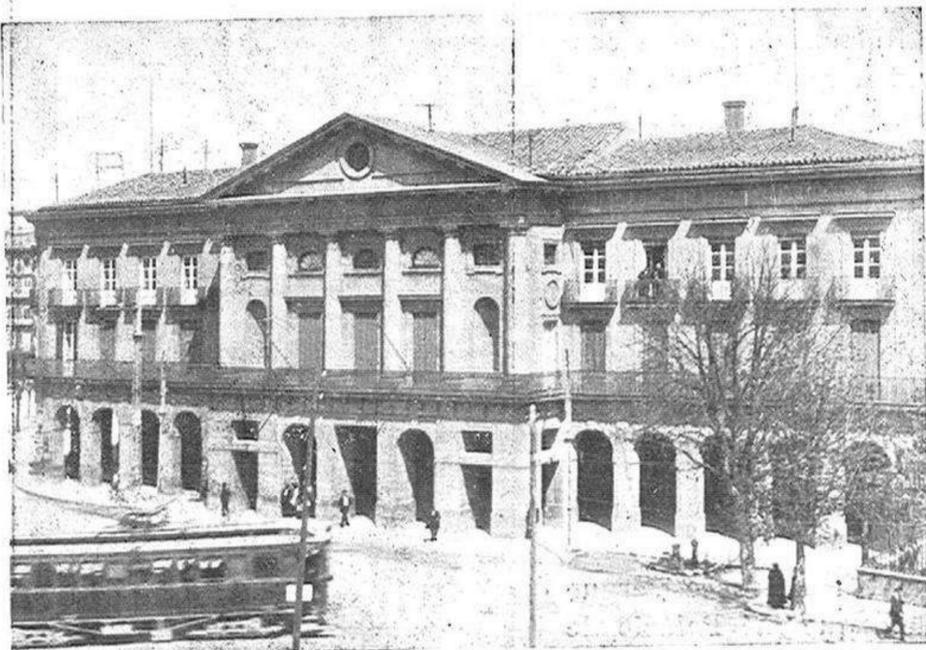
sa de Misericordia; construida a fines del siglo XVII, actualmente desalojada; el Hospicio y casa de Maternidad y Expósitos, que formaba una sección del Hospital general de Navarra hasta principios del siglo XIX; la Cámara de Comptos, uno de los edificios más antiguos de Pamplona, pues conserva vestigios del año 1364.

El Archivo de Comptos estuvo allí hasta 1836, en que fué llevado a la Diputación, y por R. O. de 16 de Enero de 1868 fué declarado el edificio monumento nacional. En él, bajo la custodia de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra, se conservan objetos y monedas antiguos, preciosos códices y varios mosaicos hallados en las excavaciones llevadas a cabo en diversos puntos de Navarra, así como cuadros y reproducciones de obras antiguas.

Por último, merece citarse el grandioso Manicomio Navarro, cuya construcción empezó en Junio de 1891 y terminó en Agosto de 1899, debido a la caridad de D. Fermín Daoiz Argai, cuyos restos fueron depositados en la capilla del mismo, el día 13 de Diciembre de 1903; la inauguración tuvo lugar el 9 de Diciembre de 1904.



Pamplona a vista de pájaro



Palacio de la Excma. Diputación de Navarra

Fot. Zaragoza



Iluminación en el Paseo de Valencia, verificada a fines del siglo pasado.

UNA PÁGINA DEL MAESTRO

DOS PEQUEÑOS POEMAS

I

LA CASA

TODAVÍA dura el lejano cañoneo. La guerra —una guerra bárbara e implacable— hace presa en el país. La noche anubarrada y sin luna, va acercándose. La tierra, convertida en charca, al soplo del norte, firitá. Gime el viento entre las peñas; los árboles se quejan de las sacudidas del viento. Estoy andando, andando, andando hace quince horas, y en ayunas desde la víspera. A medida que me debilito, tropiezo más.

A la vera del bosque surge una blanca casita de humeante techo. El frío, con sus mordidas, había rajado la piel de mis manos. ¡Oh, cuán negro está el aire! La angustia me aprieta el corazón. Voy a caerme... Desesperado, como un loco, golpeo la puerta.

Abren un ventanillo; sin duda para inspeccionarme. ¡Ay de mí, qué figura es la mía! Roto por las zarzas, harapiiento, embarrado hasta los pelos, pálido, con mi larga barba negra, como un prófugo de presidio.

No importa. Eran baskongados; me abrieron.

II

LA ABUELA

Qué apagadita está la pobre Kachucha Errandonea. En sus tiempos, sin embargo, fué la más hacendosa, ágil y robusta de las mujeres; y además, la honradez misma. Durante muchos años todo el tráfico de Goiko-Erría con Beeko-Erría pasó por sus manos. Guiando tres mulas de campanillas sonoras, atravesaba la montaña llena de pájaros en el estío y de nieve en el invierno.

El progreso mató a la excelente pequeña industria que proporcionaba el medio de vivir sin privaciones. Goiko-Erría y Beeko-Erría quedaron unidos por el ferrocarril. Y entonces Kachucha, vieja ya, pero aún lozana, fuese a vivir a la deteriorada borda que había heredado de sus padres. Y nada más que por esto se volvió a un lugar desierto, salvaje, desde el cual se descubrían los rails que rodeaban a la montaña, turbada incesantemente por el silbato de la locomotora.

Kachucha tuvo tres hijos; una robusta aldeana, Madalén, casada con un cantero, y dos motilonos, fuertes como los robles y buenos como el pan.

Perdiólos cuando eran ya hombres maduros, y más tarde a Berñato, el yerno, muerto por un corrimiento de tierras. ¡Oh, cómo silbaban las locomotoras!

Y ahora te toca a tí, pobre viejecita arrugada, temblona, torcida, emprender el largo viaje. El médico ha dicho: «¡cosa perdida!» Sofocaciones y dolores punzantes en la región del corazón le producen crisis terribles que le dejan toda su lucidez.

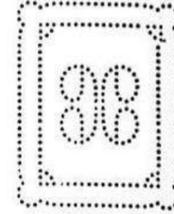
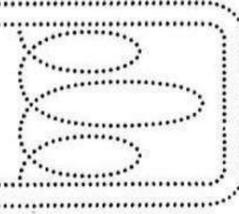
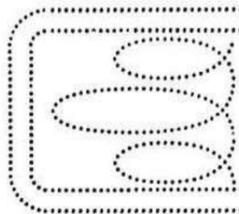
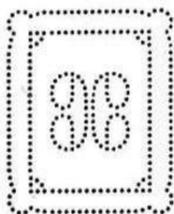
Pero «tirará esta noche»: lo ha afirmado el médico.

Nunca desgracia vino sola. He aquí que la pequeña Marichu, la última niña de Madalén, está a punto de morir. Terribles convulsiones nerviosas comprometen la vida de la tierna criaturilla.—Si consigue conciliar el sueño—dice el médico,—podremos abrigar un poquito de esperanza. Y la abuela oye esas palabras en las que luce un ténue rayo de sol.

Como «ha de firar esta noche», las *bordaris* vecinas se han ido a sus casas. Suenan las doce; diluvia y el viento ladra en los bosques. Madalén duerme en su silla, con el sueño puramente animal de la aldeana rendida por el trabajo. Su mano derecha se posa sobre la cuna de Marichu, y sus pies descalzos, derechos sobre los redondos talones, presentan a las llamas del hogar las frías y callosas plantas. La pobre vieja, inmóvil sobre la almohada, yace sumida en un amodorramiento precursor de la muerte. A lo lejos silba la locomotora.

La suprema crisis estalla súbitamente. El corazón de la abuela se desgarrá; falta el aire a sus pulmones. Entre las arrugas de su cara acorchada que se azulea, dos ojillos se agitan como los brazos de un muñeco movidos por un niño travieso. El dolor es lancinante, insoportable, cruel! La abuela va a lanzar su gemido, su grito de angustia... pero al ver a Marichu dormida, se mete las manos en la boca y espira mordiéndose los dedos,—silenciosamente.

Arturo Benjón



«EUSKARIANA»

Al cabo de muchas escaleras —señoriales escaleras de noble casa antigua— está la habitación donde trabaja el maestro. Está un poco sordo, un poco ciego y parece que esas quiebras naturales acentúan el afecto de Don Arturo, su grato acogimiento. Está un poco ciego ¡Son muchos volúmenes los de su biblioteca, para ser devorados por dos ojos! Tienen su límite los sentidos, aunque no le tenga la pasión ardorosa del maestro por saber y sentir y desentrañar y embellecer los tesoros ocultos de nuestra tierra...

Pero la ceguera no le ha impedido trabajar en su nueva «Euskariana», briosa y admirable, digna compañera de las anteriores, bloques de mármol pulido que constituyen la obra máxima de su cerebro y de su corazón. Registraremos algún día —y no como ella lo merece— los valores fundamentales de esta labor copiosa, profunda, bella y patriótica, esplendor áureo de nuestro Renacimiento.

La nueva Euskariana se titula «Navarra en su vida histórica» publicada en la Geografía del País Vasco. Ahora saldrá a luz aumentada con apéndices, transcripciones, pruebas aclaratorias, notas complementarias. El maestro no afirma o niega por que quiere, sino por que debe. Y la síntesis quedará desmenuzada, explicada, completa con raudales de luz en los que sus ojos han ido consumiendo la suya...

Pero la obra primitiva queda intacta. Como primeramente salió de las manos del artista. Con su línea esbelta y elegante, con su rasgo firme y brioso, con su pulimento de mármol. Nuestra historia no tiene una síntesis tan maravillosa. Es la obra diáfana, serena, perfecta. Si el P. Moret resucitase ofrecería, como un sacrificio gustoso, toda la paciente investigación de sus Anales sobre esta ara preciosa en la que arderá perpetuamente, como un fuego sagrado, el espíritu de Navarra. Puede ya decir el maestro con el poeta latino:

«Exegi monumentum
Ære perennius».

NOTAS DE CUADERNO.-HISTORIA Y PATRIA

Atestigua la Ciencia que los Vascos son nuestros legítimos genitores y que nosotros, a la par, somos sus únicos representantes: Asegura también la ciencia que no es posible deshacer el misterio que envuelve el origen de nuestros inquietos desvelos. Las audaces exploraciones de la antropología, etnografía, paleontología etc. etc. no ocultan su fracaso. De bruces sobre los potentes instrumentos de investigación, lloran el fallo decisivo e inapelable del pleito que se propusieron ganarlo, a fuerza de raer códices y quemarse las pestañas. Por lo tanto, ilustres paladines de la Ciencia, enfunden sus aparejos y permitan que la delicadeza y sutil Leyenda nos perfume el corazón con su fragancia antigua de violetas perdurables. No por que prefiramos la Leyenda a la Historia. Venga historia cuando trae sus testimonios repletos de claridad, de lógica y de limpieza. Mas cuando a lo sumo nos presenta los podridos residuos de un cráneo mas o menos dolicocefalo, optamos por la Leyenda que nos habla de Tubal, de Pirras e Hispan, y de la torre de Babel y preferimos la colección pintoresca del Viterbeuse a las filiaciones turanias de Humboldt. Opino, sobre esto, que es mucho más interesante ignorar el origen de nuestros antecesores. El misterio tiene un encanto que no pesa la demostración científica. La Leyenda, por otra parte, no dice mas que una cosa; los polígrafos en cambio dicen demasiadas. Porque unos identifican a los vascos con los iberos, afirman otros que hay pruebas para hacerlos celtas, consignando los de aquí que celtas e iberos se distinguen por hablar diferente lengua y provenir de distinta raza, diciendo los de allá que eran fenicios, sin que faltasen opiniones sobre la oriundez ariánica. Retzius saca a relucir los cráneos braquicéfalos y nos da un empujón hacia los Lapones y Turcos. Broca hace polvo esos cráneos—tarea no muy difícil—y nos presenta otros sub-dolicocefalos, sin ser obstáculo para que Argellies nos descubriera otros sub-braquicéfalos. ¡Es mucho polvo este! Sobre todo desde que puede constarnos que «el cerco de la cabeza no resuelve marcadamente el problema vasco» (Aranzadi). Lo cual es una aplicación concreta del concepto general emitido por Ginneken: «En la antropología y en la lingüística hay pocas certezas». Y mientras el nuevo método de Etnología—tan ponderado por Frankowski,—el «método histórico» no convierte las probabilidades en demostraciones y los juicios contradictorios en concordancias, no se vé inconveniente en admitir que nuestro venerable Aitor vino del Cáucaso con sus rebaños hasta Aquitania y que allí, por el suave rumbo de las palomas, llegó al verde Pirineo, en radiante plenilunio, donde los siete hijos del Patriarca se posesionaron en la dulce paz nocturna, de la montaña. «El hombre—dijo—ha de vivir al lado de su tumba y sepulcro de Aitor serán los Pirineos» Esto—no es posible negar—tiene la primorosa belleza de una flor en un vaso de agua.

**

—¿Usted conoce a Pedro? ¿Sabe usted de donde procede?

—No conozco a Pedro, no se quién es ni de donde viene. Ahora, lo que puedo decir a usted es que Pedro es Juan.

—¡Hombre! y quien es Juan?

—No lo sé. No tengo la menor noticia. Pero diré a usted que es chato, que le gustan los puerros y usa sombrero de paja....

He aquí la Prehistoria. Nada sabe de los primitivos habitantes de nuestro territorio, nada de su modo de vivir, nada de sus gustos, aficiones, cultura o incultura. Nada sabe de nada, pero nos propina una serie de detalles acerca de los mismos, que es de lo más estupendo en el orden de la minucia. Nos dicen que eran semisalvajes—esto del semi tiene una gracia encantadora—; que habitaban en las orillas de los ríos—¿y donde no había ríos?—; que se alimentaban de carne, pescado y frutas, sin que nos digan si en compota o con su corteza; que andaban desnudos, si bien con determinados adornos y que tallaban la piedra a golpes, como si la piedra se tallara con la lengua. Pero, señores polígrafos, ¿quien les ha dado a V. V. este lujo de detalles? ¿De donde los han adquirido? Se puede afirmar rotundamente que no llevarían gabardinas ni suelas de goma, pero nadie va a creer que en pleno invierno fueran desnudos. Por muy salvaje y primitivo que sea uno, siente el frío y procura enfundar la piel aunque sea con la de cabra. En los tiempos prehistóricos, como en los actuales, el Pirineo no habrá dejado de ser una nevera en el mes de marzo. Al aparecer la raza Cromagnon, se descubren «agujas de hueso» y ya los historiadores tienden benévolutamente una traza de vestido sobre el cuerpo humano. Claro que es lógico suponer algo de vestido donde hay agujas, más la consecuencia de que las gentes andaban con la carne al aire por no encontrarse rastro de agujas, ya no resulta tan lógica. Porque no es la aguja lo que excita el deseo de cubrir la carne, sino la intemperie, más antigua que el hombre. Lo más científico es siempre lo más acorde con la verdad. Si nada se sabe, lo más sabio es el silencio. Con noticias cortas, se puede elaborar un folletín, un drama, una oda de cien mil pares de versos, pero ciencia no.

Hace muchos años—en el siglo XVII—un frailecito bajo cuya sotana de jesuita vibraba el corazón del patriota, daba una norma de prudencia a los polígrafos... Aquél fraile «paciente para investigar, sutil para interpretar y no menos piadoso nabarro para sentir» decía así:... «de lo muy antiguo, en todos los reynos son muy cortas las noticias...»

Pero aquél frailecito—que era el P. José de Moret—nos dió en su historia la Patria, que es algo más que polvo de cráneos...

Con cortas noticias nos dió lo suficiente para que del polvo de las ruinas surgiera íntegra, vibrante y hermosa, nuestra Patria.

¿Es otra quizás la misión de los historiadores?

LA NOVELA «DOÑA BLANCA DE NAVARRA»

Se descubre, con este libro, un horizonte amado. Estamos en terreno conocido. No hay en todo el confín, una huella de vida que no sea nuestra. Es nuestra dulce tierra vinculada. En ella se fundó una monarquía de la que brotaron, como centelleos de su corona, otras más vastas monarquías: en ella se levantaron castillos y ciudades, Iglesias y Monasterios; en su seno reposan Reyes y Princesas, Magnates y Ricos hombres. Se empapó en sangre de nuestra sangre y hoy gracias a nuestro olvido, todo es como páramo, tierra erial sobre la que vuelan los vencejos que viven al calor de nuestros rencores...

¡Y nos daremos con un canto en la frente si libros como «Doña Blanca de Navarra» no se tienen por cuentos tártaros o Leyendas de la China!

Que mientras los amemos como a hijos de nuestra tierra, el amor puede reverberar, en el créspulo, como una esperanza. El amor es cohesión y fuerza. El amor es la antena que recoge todas las aspiraciones y las nutre de su vida y los convierte en realidades. El amor con el sudor de su sacrificio, con la perseverancia de sus afanes, puede hacer germinar en la tierra vinculada la vid ubérrima de los ideales...

«El odio—dice Ortega y Gasset—es un afecto que conduce a la aniquilación de los valores». El amor, por el contrario, «va ligando cosa a cosa y todo a nosotros, en firme estructura esencial». Mas volvamos a nuestro sendero.

Doña Blanca de Navarra—que el autor subtitula Crónica del siglo XV—es una novela histórica dividida en dos partes. Se refiere a la época desdichadísima de nuestra historia en que los Agramonteses y Beamonteses, secuaces fanáticos de dos familias rivales, despedazaron para siempre, a puñalada limpia, nuestro Reino. Comienza con el cautiverio de la hermosa e infortunada Reina Doña Blanca y termina con el breve reinado de Doña Leonor. La unidad del argumento está en las proezas de Jimeno de Acuña. Sobre su lanza valerosa se sostiene todo el armazón del libro. Conviene hablar con cautela y con la debida exactitud, acerca de este libro primoroso.

El P. Blanco García, refiriéndose a él, dice lo siguiente: «No agrada tanto como la primera parte, la segunda con que aumentó su obra el autor, estimulado por el éxito». Estas palabras, de significado bien transparente y lógico, no han sido interpretadas con fidelidad. Porque los críticos, posteriores al P. Blanco y con

los críticos, la mayoría de los lectores, coinciden en afirmar que la segunda parte «vale muy poco». Esta afirmación ya es distinta y bastante temeraria: una cosa es que la segunda parte no agrade tanto como la primera y otra que «no valga nada» o valga muy poco. El juicio del P. Blanco es relativo, el otro en cambio es de una omisión rotundamente categórica y absoluta y en él se descubre que o no han leído la obra o no la han comprendido en su conjunto.

«Doña Blanca de Navarra» en la intención original de Villoslada, solo se componía de los XIX primeros capítulos. En realidad, la razón del título termina en ese punto porque en él se pone fin a la vida de la desgraciada Reina. Y esos capítulos, sin más añadidura, solos, independientes, ya que muere la Reina y se rompe, contra los muros, la lanza del gran Jimeno, hubieran constituido una Crónica sin igual en las Crónicas caballerescas de la Edad Media. ¡Y tan bello es todo, tan emocionante y primoroso!

Mas no es de nuestra cuenta estudiar las obras como hubieran sido ni como pudieron ser, sino como son. Y a esos XIX capítulos es preciso añadir otros muchos, otra segunda parte y examinar la obra en su extensión actual.

Empezaremos por decir que las añadiduras dan generalmente, al conjunto un aspecto marcadamente defectuoso. Y es que la parte mecánica se resiente por falta de equilibrio y la parte emotiva por la rasgadura que necesariamente sufre la acción.

La unidad orgánica—que es la auténtica—exige condiciones ineludibles de coherencia y continuidad. Cuando el asunto parece que no está plenamente agotado, cabe una prolongación natural y reparadora. Pero en «Doña Blanca de Navarra», el capítulo XIX agota totalmente el primer propósito, el asunto que estaba en la intención primera y ya la parte segunda no es «Doña Blanca de Navarra», es decir, no resulta una cosa homogénea, vital, perfecta, y de ese defecto de técnica ha nacido el prejuicio de no ver belleza alguna en la parte 2.ª de la novela, que es valiosísima.

Pudiera haberse titulado el libro «Jimeno de Acuña» o «El Caballero de la Reina» o algo así concerniente al simpático amador de la Princesa de Viana y bajo tal título, hubierase disimulado mejor la soldadura.

Nuestro concepto de tal libro es así: Villoslada en Doña Blanca ha pretendido pintar la época más interesante, por lo dolorosa y trágica, de nuestra historia. A así como en Amaya tenemos la Epopeya de la exaltación del Reino, aquí se ve la disgregación, su ruina. Allí se vislumbra la aurora del renacimiento primitivo, aquí el ocaso sombrío y doloroso: allí se yergue el héroe en quien se cifran todas las esperanzas y se unifican todas las aspiraciones, aquí los cabecillas que rajan el territorio, ya empapado en sangre y abren la puerta al invasor. Amaya concluye con un canto matinal y pujante, Doña Blanca con un estertor de agonía. Son los dos libros que completan el ciclo de toda la historia de Navarra. Antes del primero, florecen, entre tinieblas, las leyendas de las tribus dispersas; después del segundo, comienzan a esbozarse los contornos oficiales de la provincia.

Basta un somero conocimiento de aquellos veinte lúgubres años de nuestro vivir histórico, para aquilatar el valor de esta novela de Villoslada. ¡Qué intensidad de colorido, qué firmeza de caracteres, qué seguridad en los trazos, qué acierto en la pintura! Doña Blanca, doña Leonor, Mosem Pierres y el Conde de Lerín: he ahí las personas que sobresalen en la novela, con el rudo y poderoso relieve con que la historia los ha repujado.

Esos cuatro espíritus formidables, con sus pensamientos, sus dolores, sus anhelos y sus planes tejen todas las escenas, desde el principio hasta el fin. Ellas marcan la ruta aventurera y prodigiosa de Jaime de Acuña, el tímido judío de Mendavia que es el Capitán feroz de las Bardenas, el libertador intrépido de la Reina, el Caballero famoso de doña Leonor, siempre generoso y enamorado, siempre audaz y aventurero, encarnación genuina de la Edad media y cuyas arrogantes proezas desfloran la última Leyenda sobre los campos yermos de Navarra que desaparece...

¿Cómo decir que vale poco esa segunda parte del libro, cuando es el glosario más intenso de nuestra agonía? ¿Cuándo es la imagen más viva de nuestro gran dolor y está en él grabada, como en acero, la mueca trágica del mayor infortunio?

Podrá decirse—sin faltar a la justicia—que el asunto de la 1.ª parte es más patético, que D.ª Blanca excita con mas hondo interés la piedad y el dolor, porque digna es aquella Princesa de que todos los ojos la lloren y de que todas las pasionarias de la tierra cubran su cadáver. Y puede también afirmarse que Villoslada ha hecho primores con la pluma al narrar aquellas escenas tan vibrantes de emoción y de belleza. El capítulo final es un acierto indiscutible. La emoción trágica no puede vibrar con más terrible sonido. Es un timbre de metal que hiere todas las fibras. La acción de Jimeno al romper la espada contra el muro, muerta D.ª Blanca, es acaso lo más bello y artístico de toda la obra.

¡Qué emocionante, qué dolorosa, qué llena de intensidad y de acento trágico es la escena en que D.ª Blanca, al beber de la copa en que el veneno hierve, dice aquellas palabras dignas de una Reina de Navarra:

«¡A la eterna reconciliación de dos hermanas que han de amarse de hoy en adelante por lo que han dejado de quererse hasta aquí! ¡Hermana mía! ¡Porque el Señor bendiga en tus hijos! ¡Porque te sientes en el trono de Navarra y te sucedan ellos! ¡Porque Dios te dé tal ventura que me ha negado, y se olvide de tus culpas como yo olvido y te perdono los agravios que me has hecho! ¡Hemos aquí ya para siempre amigas, para siempre hermanas!

El idear esta escena tratando el motivo histórico que todos conocemos, el haberla hecho resaltar con tan firme relieve de expresión, es suficiente para dar carta de ciudadanía en las Letras bellas a su autor.

Hay en estas dos mujeres rasgos dignos de Ofelia y de Gonerila,

los dos grandes tipos de mujer creados por el coloso Shakespeare. Literariamente, «D.ª Blanca de Navarra» es primorosa. Parece un esbelto ventanal gótico, abierto sobre un paisaje mutilado. Tiene la belleza augusta del dolor y de la muerte.

* * *

Pero la 2.ª parte tiene mayor cantidad de documento humano, de valor histórico. Oyense los rumores siniestros de toda una nación, el ir y venir de sus magnates, los tumultos y vocerío de la muchedumbre, el chocar de las espadas, en una palabra, todo el hervor de la colmena que se descompone, rota por todos los lados. «Las dolencias que aquejaban a Navarra—escribe nuestro insigne historiador—habían llegado al punto de gravedad en que ya no es posible detener los estragos.» El 28 de Enero de 1479 fué proclamada Reina D.ª Leonor. ¡Al fin la corona ceñía sus sienes! Pero su reinado no llegó a veinte días. Nuestro egregio analista pudo escribir con acierto: «entre todos los Reyes y Reinos de Navarra fué la que menos reinó, siendo quizás la que más lo deseó.» La coronación se verificó en Tudela y no acertamos a comprender el hecho de que Villoslada la pinte en Estella. ¿Fué ignorancia o fué necesidad del novelista?

Jimeno de Acuña, el bastardo del Rey Alfonso, es la figura mas sobresaliente de la novela: es el elemento de la ficción, el que ha brotado de la fantasía del novelista y hay en él ciertamente tanta carne y hueso como en los seres copiados de la realidad. Desde la primera página, en que estalla su sentimiento amoroso ante la política frialdad del Conde de Lerín, hasta la última en que abandona nuestro Reino acompañando a Inés y a Catalina, se vé en él, en sus frases, en sus rasgos, en sus acciones, la misma persona, valiente y enamorada, el mismo corazón, generoso y noble, el mismo carácter. Tan exactamente se mantiene en su integridad que al punto se reconoce a Jimeno en el misterioso personaje que platica con el monje al principiar la 2.ª parte de la novela. Es su fisonomía, su manera de ser, su individualidad, una y constante en aquel laberinto de episodios y de mutaciones.

Pero Jimeno de Acuña, aunque en todas las páginas se respira su aliento, no es consubstancial a la obra, es la figura decorativa que subsiste aún después de fenecido el asunto. Termina la novela y Jimeno parte para Granada donde nuevamente realizará otras proezas, dignas de un gran soldado. Las figuras que están adheridas con raigambres vitales al asunto son D.ª Leonor, Mosem Pierres, el Conde de Lerín, el Condestable D. Felipe, Chafarote, e Inés «la penitente». En estos nace el asunto, ellos forjan las aventuras. Jimeno es quien las enlaza, les da coherencia y hermosura y lozanía. Es una ficción de mano maestra, rebozante de humanidad y de gracia cautivadora.

Para mayor realce de la figura, se pueden enlazar escenas de una parte con escenas de la otra y esa confrontación engendra un notable efectismo artístico. D.ª Leonor se enamora del que estaba enamorado de D.ª Blanca: en la vehemencia de su amor intenta falsificar una ejecutoria de nobleza, aplicándola a aquel a quien ama para que pueda sentarse en el trono junto a ella. Esos documentos pertenecen a Jimeno a quien ella reprochó en Orthez de Capitán de Bandidos Jimeno confiaba en la Penitente: es su ángel tutelar y resulta que la Penitente es aquella Inés que libertó en Eguaras y que lo sigue, amante y dolorosa, eternamente vinculada a su corazón.

Son estos muy hábiles resortes de técnica cuya acertada yuxtaposición y perfecto contraste requieren una muy delicada y fina intuición de arte y Villoslada es maestro en este género. Hay que convenir en que las novelas de asunto histórico brindan muy propicia ocasión, pero Villoslada se muestra siempre muy seguro, muy oportuno y con un acabado acierto.

Hemos hecho notar que la 2.ª parte es más interesante para nosotros, como documento, como relación de cosas vividas, como pintura de personas y paisajes y sucesos, ligados a nuestra sangre. Macaulay tiene páginas en que se nos descubre, de golpe, una calle de Atenas, en el glorioso tiempo de Pericles. Es tan viva la pintura que los ojos ven los objetos en un sutil espejismo de realidad.

Así acontece con esta segunda parte: vemos las personas, las calles, los palacios, todos llenos de inquietud, de agitación, de planes, de celos, del ruido de las armas y del temor de los venenos. En ese sentido, todos los capítulos son interesantes y están como empapados en el hálito de nuestras cosas.

El que, a mi juicio, a todos supera en fidelidad, en expresión, en realidad y acierto es el capítulo X, titulado «De como las mujeres enamoradas no sirven para tratar los graves negocios del Estado». Es magistral, digno de figurar en una Antología así como también un trozo del capítulo XII «Cuyo epígrafe no está en latín». Es el trozo comprendido entre el párrafo «Buscó D. Pedro once hidalgos...» y «Después de esta aventura se encaminaron todos en silencio a la ciudad». Solamente un gran prosista, con las dotes de sobriedad, justeza y claridad de frase, tan difíciles de ser poseídas, puede escribir fragmentos como el indicado.

Y Mosem Pierres y el Conde de Lerín se mantienen siempre tan a su tono, tan dentro de sus caracteres sombríos, nebulosos, agrios, llenos de ambición y de odio que son retratos vivos.

No es posible concretar todas las bellezas de la novela. Otros temas requieren también su espacio. Son muchas las bellezas de estilo, de dicción, de diálogo, de paisajes, de fisonomías y de estados de espíritu. Esto obliga a perdonar algunos defectos que también podrían señalarse.

«Verum ubi plura nitent in carmine non ego pancis.

Offendar maculis quos ent incuria fudit.

Amt humana parun cavit nature» dijo Horacio y dijo muy bien.

ELADIO ESPARZA.

“ORREAGA”

“NAFARROAKO EUSKERA, IRAKURGAIETAN”

Nafar izkera, Nafarroako euskara, ez da nabari; itz-urtuetarik (impresos), ixilegui ari da.

Betidanik, euskalduna ez da luma erabiltzalea izan; eta oroiturak dioenez, nago, gutienena, nafar euskalduna dela.

Ala izanik ere; leen, andik edo emendik; sarriago edo bakanago nonbaitik zerbeit argirat ematen oizuten, euskeldun ikasiek.

Bedere, errialde bakotzarentzat bere duen izkelgian, argitaltzen zuten «*Kiristi-ikasbidea*»-Iruñe-ko, *Baztan*-go, *Ulzama*-ko, *Sarazai-zu*-ko, *Erronkari*-ko eta.

«*Kiristi-ikasbide*»-z landara, arras guti. «*Euskar-idazle*» gutiko lurra izandu da Nafarroa-ko bazterra.

Omen andia duena Lizarraga, apez jaun zena, Elkano-ko apez-aita (párroco).

Orain duela mende bat edo, jaun unek, argirat eman zituen, euszar-lanetan ditugun gutun ederrenetarik, bizpairur.

Bertze orduko «*bertso berriak*» ziren, itz urtuetan an-emenka erabiliatzen zituzten irakurgai bakarra.

Itz-urtuetan eman gabe ere gelditzen zire eskutitz-murriz; eskutik-eskura baizik etzizutzenak ezagutzen aal.

Gertakari andi edo gaitza; ikusgarri edo beldurgarri baten berri-eman naizutenean *bertso berriak* elkarri adiaratzen oizuten, nai zuten ura

Gudu azkenean bezala; alderdi batekoak bertze aldekoen lepotik, irri, narritamendu edo zirikatzan; elkarri itz lodiegiak erraten; ortarako erraten oi da *alakoeri edo, atera ditiozte «bertsoak»*; aren utsak argitarat edo aren obenak salatu diozte.

Humbolt eta Bonaparte jakintsuek nafarroako euskara ikasten egin zutenetik, orain artio egui egin den lan ederrena, Kanpion jaunak bururatu zuen, orai duela berrogeita bost urte.

Baiki: natarfarret, beñere ez dugu neurritz ordainduko, euskarari buruz, Kanpion jaunak egin duen lana.

Izkuntza jakintzarako eta nafarroako euskararen gora-beraz baliatze-ko, bidè oberena da, errialde bakotzatik edo erri guzietarik biltzea edo ikastea, nolaz itz-egiten den; izkelgi bokotxaren aldaireak; abotsean (fonética) aditzaren erabiltzeak eta itzen joskera.

Kanpion Jauna, beldur zen ere, nafarroako euskara ilen ote zen: emengo euskaldunak euskar gutunetan lanikegin gabe.

Eta orduan, euskaldunik ez, eta euskalgutunik gabe, netar-euskara ondutuko zela, aren ezagupideri utzik gobe. Ortarako argitasun zerbeit bilatzen zebilela, gogoratu zitzaion «*Revista Euskara*» delakoan, argirat eman zuen «*Orreaga*» deitu euskar irakurgai, Gipuzkoeraz egin, eredutzat artu eto Nafarrako euskal-errietan barna bial, erri-larri edo erri berezi bakoxeko jaun euskaldun netrodu bati, ari otoiztuz *Orreaga* itzulikatu zezan, aren erritarrak erabiltzen zuten euskarara, ots, euskara arruntean.

Gisa ortan bildu zituen emetzortzi itzulialdi, bertzeainbertze errialdeko izkeretan emanik, asi *Olazti*-tik eta *Erronkarirraño*.

Ala ba, Kanpion jaunari esker «*Orreaga*» gutun ederream bildualt baditugun emetzortzi nafar-izkera berezietan emana «*Orreaga*» aren euskar irakurga polita. Berariaz ortarako egin zuen, itz arrontetan eta gogoeta andik gabe, erraz itzuli daitekera; ori bai zen bearrezkoa nornaiak *euskal iztegi* gabe eta *euskal irakaspide* rik ibili bearrik gabe itzulikatze-ko.

Orgatik, erri bakotsean, orduan euskaraz egiten zen bezala, daude emanak.

Ezagutzen ditugun nafar euskar gutun zarren izkera eta orai bizi deketuetan erabiltzen duten arabera; nere irizpideko, Nafarroan, geienik eta Zabalenik mintzazu zuten izkera, orañik bizi da «*Erroibarren, Arriasoitín, Esteribarren, Anue, Odietan, Juslapeñan*», etc.

Una, orain, emen «*Orreaga*» eman zen izkelgi bakotxaren erriko izena eta egilea nor zen arena.

Burunda, Dorrau, Arakil, Araiz, Juslapeña, Ulzama, Saldis, Eratsun, Bertizarana, Bera, Urdazuri, Baztan, Luzaide, Erroibar, Oroz-Betelu, Aczkoa, Sarazai-zu, Erronkari.

Ez da orai garaia, ez eta ere au leku egokia, izkelgi orietaz zerbeit errateko.

Kanpion jaun berak «*Orreaga*» gutun orren azken orrietan, eman zituen xeketan argiak eta aren irizpideko oarmenak, batetik besterako bideak argi ikusteko.

Izkelgi bokotxaren itzak eta itzen joskerak. Aditza-ren aldarteak eta aditz-lagunaren aldaireak.

Leenik erran dudana; nafarroako euskeraz eta itz-urtuetan guti dugulako, orgatik; Kanpion jaunak egin zuen lana, ongi eldu zaigula, nai dugularik nafarroako izkelgi bakotxa, nolaz ari den, ikusi eta ikasi.

Ordutik unata, euskararen bazter mugak, bilduxeago daude, eta orduko aren lana, ezin ginuke orai. Eskerrik biziena, beraz, zor diogu «*Orreaga*» egin zuen lan ederrarengatik.

Izkuntza baten gora-berak erri batetik bertzerako dauzkaten berezmen eta bideak.

Aditzaren erabiltze-ko erak eta aditz-lagunarenak, naiz guti iduri aldaketa guziak badituzte beren ariak.

Ariak bereziten, ari-moko guziak bildu eta egiten da bide, izkuntza baten ikasteko; izkuntza bat, erdizka baizik ez da ikasten; baldin ez-pada, erabiltzen den bezala biltzen.

Ori egin gogozuen eta ori egin zuen, ene adiskide goresgarri den Kanpion jaunak.

Eskerrak ari, eta Jainkoak begira digula ainitz urtez; orañik lan egiteko gordin dugulakotz.

LARREKO.

“EL EUSKERA DE NAVARRA ESCRITO”

El dialecto navarro, el euskera navarro, apenas se manifiesta escrito, demasiado silencioso aparece por entre los impresos.

De siempre, el euskeldun no ha sido manejador de pluma, y si a la historia nos atenemos, el euskeldun que menos el navarro.

Aun siendo así, antes, de aquí o de allí, frecuentemente o de vez en cuando los euskeldunes letrados algo daban a la luz.

Por lo menos en cada valle o región del país vasco, cada cual en dialecto, publicaban la *Doctrina cristiana*, y así solía tener la suya Pamplona, Baztán, Ulzama, Salazar, Roncal, etc.

Fuera de la *Doctrina cristiana* muy poco; muy poco fértiles han sido en escritores euskéricos las tierras de Navarra.

El de gran fama, el sacerdote Lizarraga, párroco de Elkano (Egüés).

Hace como un siglo, este señor publicó lo mejor que tenemos en euskera navarro, las dos o tres obras suyas.

Las únicas lecturas en euskera que corrían los pueblos y los montes eran los entonces y ahora llamadas «*bertso-berriak*».

También en manuscrito, sin imprimirse, solían correr de mano en mano esta clase de lecturas.

Un suceso extraordinario, una gran desgracia, un suceso digno de ser oído o de ser temido, era de este medio que se valían para publicarlo.

Como en la última guerra carlista, los unos burlándose de los otros, haciendo mofa unos de los otros, injuriándose y para decirse y echarse en cara sus faltas y sus excesos, solían decirse «*a fulano o a los X les han sacado versos*».

De los trabajos que los sabios investigadores y etnólogos *Humboldt* y *Bonaparte* llevaron a cabo con el euskera de Navarra, hasta nuestros días, quizás el mejor trabajo lo realizó hace cuarenta y cinco años el ilustre navarro Sr. Campión.

Ciertamente, jamás pagaremos los navarros al Sr. Campión todo cuanto ha hecho por el euskera.

Para el estudio filológico y para la historia del euskera navarro el medio mejor es el aprender cómo se habla en cada pueblo, las diferencias de un dialecto a otro referentes a la fonética, a la construcción gramatical y sobre todo a las formas verbales.

Temeroso el Sr. Campión de la desaparición del euskera navarro sin que sus euskeldunes nos dejaran muestras de sus variedades dialectales.

Y entonces, no habiendo euskeldunes y no quedando impresos o escritos en euskera, éste iba a desaparecer, casi sin dejar señal o rastro para que la posterioridad lo pudiera conocer.

Buscando algún medio que pudiera dejar rastro le ocurrió la distribución de su «*balada Orreaga*» escrito por él mismo en dialecto guipuzcoano, entre euskeldunes letrados de la mayor parte de las regiones de Euskal-erría navarra, que pudieran mostrar alguna diferencia dialectal en su habla popular respectiva.

Suplicándoles la traducción de dicha composición en forma euskérica corriente en la localidad de su residencia.

De esta manera recogió 18 versiones de otras tantas regiones, desde Olazagutía hasta el Roncal.

Así pues, gracias al Sr. Campión tenemos en una hermosa obra recopiladas diez y ocho versiones euskéricas de Navarra, en *Orreaga*.

Expresamente hecho para que la traducción fuera fácil en palabras y frases corrientes sin finura de pensamiento ni locuciones, cuya traducción exigiera el empleo del diccionario o de la gramática.

Por eso, las traducciones están hechas lo mismo que en la respectiva localidad entonces se hablaba.

Por lo que conocemos de las obras euskéricas de Navarra y por lo que conocemos el euskera que actualmente se habla en Navarra, a mi juicio el euskera dominante ha sido el que actualmente se habla en el valle de Erro, Arriasoitín, Esteribar, Anué, Atez-Odieta, Juslapeña, etc.

He aquí, ahora, los nombres de los pueblos en cuyo habla se iniciaron las versiones de «*Orreaga*» y sus autores:

Burunda, Torrano, valle de Arakil, Araiz, Juslapeña, Ulzama, Saldías, Eratsun, Bertizarana, Vera, Urdax, Baztán, Valcarlos, Valle de Erro, Oroz-betelu, valle de Aézcoa, de Salazar y de Roncal

No es este el momento oportuno ni este el lugar apropiado para decir algo de lo que a cada uno de estos dialectos caracteriza ni sus diferencias.

El mismo señor Campión, en las últimas páginas de su libro «*Orreaga*», dedicó algunos párrafos a cada una de las versiones, fijándose en aquello que le pareció de mayor importancia y significación para el debido estudio gramatical.

Sin duda alguna, el estudio de las palabras, de su construcción y sobre todo las variaciones de las formas verbales y el uso de los verbos auxiliares, ha de ser lo que más luz de en el estudio de las distintas versiones.

Lo que al principio he dicho, siendo tan poco lo que de euskera navarro escrito tenemos, la obra del señor Campión tiene una real importancia, que hubiera sido difícil escapara a la intuición y clarividencia con las que ha juzgado siempre el estudio gramatical y filológico del euskera.

Será pues, esta obra, documento importantísimo siempre que queramos ver y aprender lo que fué y lo que es todavía, el euskera navarro.

Doblemente por que los límites del euskera hablado actualmente no son los mismos que hace 45 años, por lo que, lo que entonces hizo el señor Campión, ahora ya no lo podríamos.

Debemos expresarle nuestro más vivo y cordial agradecimiento por su hermoso trabajo.

“Navarra,”

En la cresta más alta y más bravía
de la Sierra de Andía,
como sagrada ofrenda,
con cincel que a los rayos pediría,
esta gran letanía,
esta dulce leyenda,
en honor de mi Patria grabaría.

Tierra de la nobleza.
Patrona de la gloria.
Arca de la belleza.
Perfume de la Historia.

Tierra nunca humillada.
La de invencibles bríos.
Tierra a Dios consagrada.
Descanso de los míos.

Patria de sabias leyes
y vírgenes montañas.
Patria de grandes reyes
y de épicas hazañas.

Tierra de caballeros,
de mártires y santos.
De los fuertes guerreros
y de los tiernos cantos.

La de páginas llenas
de audacias de sus gentes.
La de las Madres buenas
y los Hijos valientes.

La siempre vencedora.
La jamás oprimida.
La del habla sonora
que por Dios fué tejida...

Tierra de la nobleza.
Patrona de la gloria.
Arca de la belleza.
Perfume de la Historia.

.....

Eres, Navarra mía,
Fuente de hermosura.
Cumbre de la hidalguía.
Lago de la Fé pura.

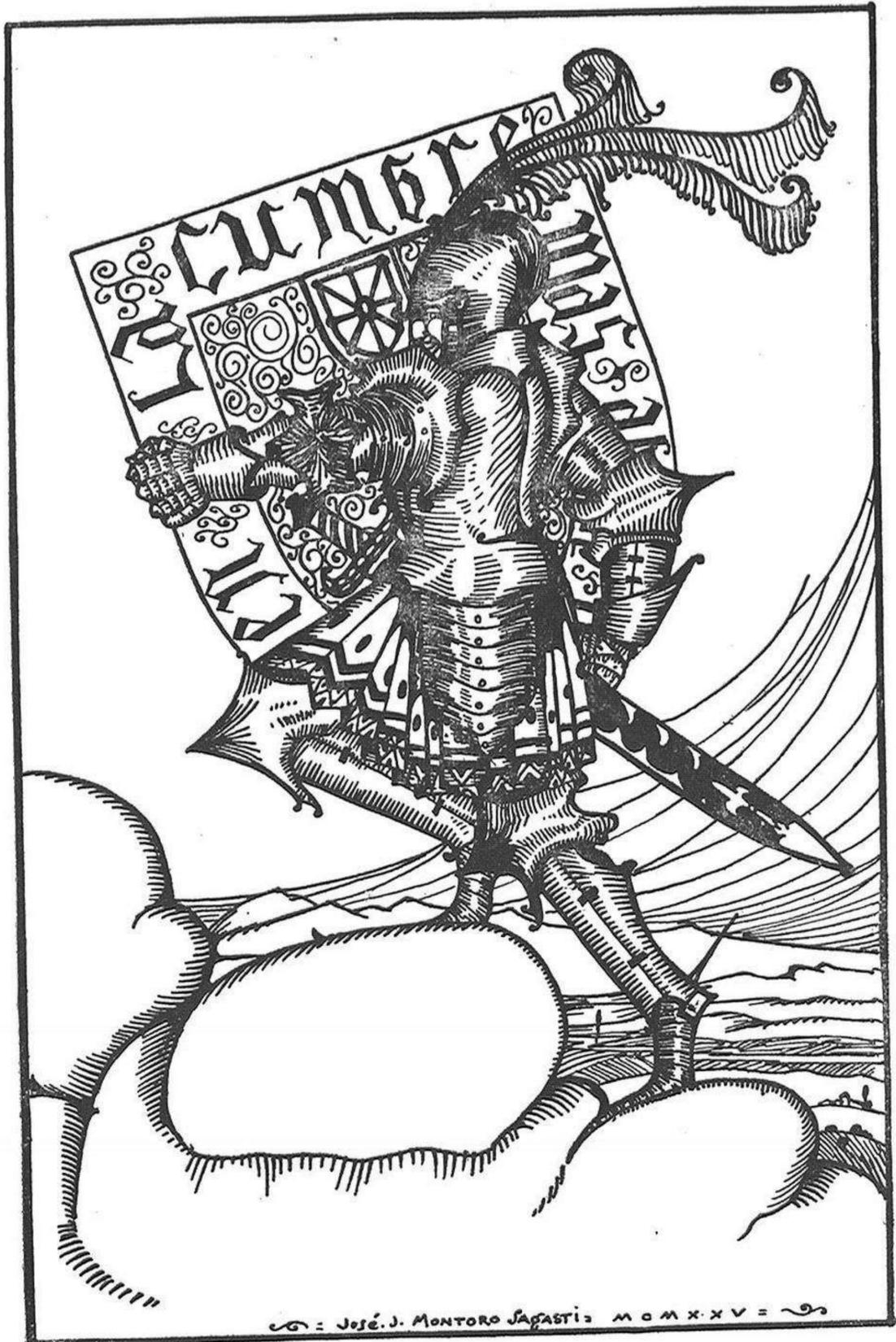
Luz que mi noche aclara.
Hostia de mis anhelos.
Incienso de mi ara.
Calma de mis desvelos.

Virgen de mis altares.
Aroma de mis flores.
Refugio de mis mares.
Biblia de mis amores.

Culto que mi alma abraza.
Sombra de mi camino.
Sagrario de mi raza.
Misal de mi destino.

Reliquia en la que adoro.
Salmo que mi voz canta.
Nombre de letras de oro.
Madre amorosa y santa...

.....



Por tí cantar quisiera
tus gestas legendarias,
tomando del Euzkera
las voces milenarias.

Tomando tus canciones
solemnes y viriles,
y los silbantes sonos
del viento en tus cantiles.

Y el aullar que en tu sierra
denuncia al lobo esquivo,
y el polvo de la tierra
de tu lbañeta alvivo.

Y el rumor quedo y grave
de tu lluvia más fina,
y la luz gris más suave
de tu opaca neblina.

Y la quietud silente
de tus noches serenas,
y el sol hosco y ardiente
de tus secas Bardenas.

Y al final de mi canto
que es dulce letanía,
ORA PRO NOBIS santo
con un beso pondría...

Tierra de la nobleza.
Patrona de la gloria.
Arca de la belleza.
Perfume de la Historia.

Navarra la que adoro.
Patria de mis mayores.
Nombre de letras de oro.
Madre de mis amores...

En la cresta más alta y más bravía
de la Sierra de Andía,
como sagrada ofrenda,
con cincel que a los rayos pediría,
esta gran letanía,
esta dulce leyenda,
grabara en honra de la Patria mía;
después por el zig-zag de oculta senda
a morir en sus brazos bajaría.

ALBERTO PELAIRES GARBAYO.

Poesía premiada con la *Flor Natural*
en los *Juegos Florales* de Pamplona (septiembre 1918)



MOSAICO INGENUO DEL TIEMPO DEL HIGO



Cierto que yo casi no recuerdo lo que hice ayer, y sin casi lo de hace dos días, pero en cambio, para lo muy pretérito, poseo algo de las propiedades del Olivo, fruto que si bien es tardo, tengo yo la ventaja que los míos son sin hueso, o sea sin mala intención.

Y si el recuerdo en la vida, es su perfume, el de los primeros años, tienen aromas de sándalo, porque viven junto al misterio del no ser, y poseen extrañas inquietudes, que son los primeros balbuceos de nuestro corazón y manifestaciones primas de la vida toda del hombre.

Hemos tenido la fortuna los que apenas nos hemos iniciado en la treintena, de asistir a la plena vida del Pamplona viejo, y ser la generación que ha dicho Adios a sus clásicas costumbres.

La vida en sus recuerdos, agolpa lo que más relieve presta. El día se iniciaba con un «hace mucho frío» y después de un despertar perezoso, oíamos los primeros balbuceos de la ciudad en aquél: «Lieheé...» que a nadie hubiera hacer podido pensar que 25 años después iba a ser repartida la leche en ligeros carros y sobre todo que fueran portadores de sonoras bocinas, que es lo que siempre me ha escandalizado, aunque esto marque el supremo progreso en el reparto de la principal discreción del más marcado símbolo del sueño de Faraón.

A mí entonces, me llevaban al Colegio de la mano, aunque alguno de los recuerdos que aquí apunto fueron en época en que a ratos me soltaba. Venía después la poco grata ida a comenzar las labores escolares, mientras oíamos las campanadas de los PP. Escolapios, que sonaban en nuestros oídos a faélicas en su llamar a misa de siete y media, y luego el eterno pasar de inacabable mañana, para volver después de comer, otra vez a las dos, a continuar la ingrata tarea.

¡Oh delicioso aspecto el de la Plaza del Castillo a esa hora! Un grupo de perros de todas razas, daban sus galopadas de aquí para allá en ruidoso jolgorio. Junto a las farolas habían colocado los estudiantes de cura, gramáticos, en grandes filas sus capas; llevaban en sus boinas una borla negra que todos llamábamos «higo» y los cuatro numerosos años de latín encarnados en nube de estudiantes, llenaban en animados grupos toda la plaza.

Y si la Historia divide el tiempo de su actuación en edades, y así llama la edad de piedra al lapso de tiempo en que la humanidad se servía de la piedra para sus utensilios y sus armas, y por igual razón llamará a esta época de prestilla material y espiritual, la «Edad del cemento» por ser de tan vil material sus viviendas, y muchos espíritus y corazones de sus moradores, por igual razón podemos llamar a la época que nos ocupa la «Edad del higo» por ser la característica que corona a nuestros recuerdos, en aquella edad feliz, en la que si bien existía lo tuyo y lo mío, era en cambio desconocida para nosotros la palabra disgusto, que sonaba en nosotros a algo extraño y raro, como las visiones subterráneas del último sueño de Tutan-Kamen

En ese sonoro jolgorio feliz, se iniciaban en la Plaza del Castillo a la hora radiante, por los del «higo» unas reñidas y ruidosas partidas de «chis» que el recordarlas nos causa un gozo inefable. Se colocaba el carrete con sus clásicos aditamentos, se medían las distancias, trazábase la raya, y comenzaba una épica descarga de ochenas «arrimadas» hasta que surgía conflicto: Se discutía si había o no, dado el paso. La discusión subía de punto, los respectivos «higos» se encrespaban hasta que mediaba un «filósofo» que se distinguía en que llevaba sombrero blando negro, los que a su vez se diferenciaban de los «Teólogos o Moralistas» por usar estos relucientes «hongos».—Terciaba el «Filósofo» en la discusión diciendo: Se ha dicho que sin paso; es así que tu lo has dado, ergo.... Perplejos quedaban los contendientes ante la influencia del silogismo en el «Chis» ante aquél argumento «ad crestam», dado el gran respeto que en el Seminario siempre mereció Aristóteles y sus huestes predecesoras. Había un momento de silencio, hasta que el perjudicado protestaba con un «givar este»; que era nexa de otros silogismos en «Bárbara» más contundentes, donde el puño es la premisa mayor.

Más allá, sobre tierra movida para la plantación de una acacia, varios mocetes abren sus doradas fuentes para poner en «condiciones» el terreno y comienza un «hinque» que tiene la gallardía de los viejos torneos, y si venía aquello de: «la tuya, la mía..., y a...» donde va V. a parar si mira el Diccionario....

Al lado, en terreno más modesto, y a una sola «fontana», se prepara una emocionante partida de «A la Galleta» con aquél «Reverte» final vistosísimo en el quedaba la navajilla cimbreado en el suelo con un ritmo inefable de bailarina oriental.

Junto al Teatro, aprovechando la subida de sus ventanas del cubierto, se organizaban los más movidos «Vales», mientras que al apoyo de alguna farola sostenía sufrido el que hacía de «madre» un «Mukiko-Mokayo» previo sorteo de quien «paraba» y venía aquella

fórmula cabalística: «Zurron, Buton de la Buta Butera, Zirriguili Fueva» de sabor euzkeldun y quizá de origen de Aquelarre. Cabalgaban «con vuelo» sobre los que paraban, y con emoción decía el primero de los cabalgantes: «Que es esto, cazuela, cazuelica, cazuelón, tijera, cuchillo, navaja, o antejo?» mientras con las manos imitara lo que era. Había un silencio en el que se oía un fatigoso «jorobar» de la «madre» y del que sostenía el mayor peso, y venía el acertar o no, la discusión y la pendencia. Todo esto se endulzaba con un «pase en ronda» de un frasco de espumoso regaliz, de donde viene el origen del «agitarse antes de usarlo» tan en uso en la Farmacopea.

Era también entonces el tiempo de las fototipias y figuras de goma, y la del Rey valía por dos; cierto que entonces las Monarquías estaban firmes; y váyase a saber lo que hoy valdría la de Trosky. En el verano se jugaba a «huesos» y los bolos eran de todo el año; había valorizaciones según eran o no de piedra que se probaban por el bote, y los de cristal eran de a 3 o 5 o según la pretensión de su dueño, que para probar su aserto, burlándose de Pasteur y de sus Teorías, metía el bolo en la brea y al minuto salía primoroso en sus radiantes colores; se efectuaba el cambio, y a continuación venía la frase que daba fuerza al contrato: «Sta. Rita, Sta. Rita, lo que se da no se quita, con papel y agua bendita, baja Dios y te lo quita» se arrancaba el primer contratante un cabello, y soplándole decía: Si lo encuentras se descambia» ¿Cabe, digo yo, ni en Roma, contrato más completo?

En otros grupos se organizaban pedreas entre los Colegios de Santo Tomás, Huarte, Escolapios y Seminario.—En otros, Alfonsico, cantaba por una cuatrena El Ri-ra y la Filokera y contaba el cuento de los bueyes—De pronto, una fuerza invisible animaba aquellos grupos, era Pinta Monas que pasaba con su cubo hacia la fuente de la Diputación; se desorganizaban las partidas, pero nuestro tradicional enemigo «El Futri» que estaba en acecho de otros mocetes que estaban colocando una costa junto a los andamios del Monumento a los Fueros, intervenía y se despejaba la situación.—¡Dios premie sus sufrimientos a aquellas pobres víctimas! Honguico, Pinta, El Mudo, Alfonsico y tantos otros que alegraron nuestra infancia.

Sonaban las dos, y quedaban dueños de la plaza los perros, toda la grey estudiantil despejaba. Comenzaban a llegar graves Señores al Casino, Jefes militares acudían al café; estos Señores vestían en forma opuesta a la línea que hoy lucen; entonces la teresiana, guerrera ajustada, y el pantalón rojo, ancho y abotinado, todos llevaban barba, y el sable arrastrando casi, anunciaba un continuador del Duque de Alba, con aspecto de gallarda fiereza; era así la moda. Para las chicas el ser militar debía ser algo como Arzobispo, pues eran los amos de los corazones, y venía aquello que decíamos de chicos el ver pasar alguna «tobillera guapa», el día que yo sea Teniente....

De la guerra de Cuba, teníamos ligera idea así como de la de los Yanquis; tan sólo recordamos que teníamos un amigo un tal Teodoro, hijo de un teniente, cuya esposa, tan larga en aprovechamiento como corta en paga de su marido, mediante promesa de caramelos, le sacábamos brillo a toda la casa, entre todos los amigos de su hijo entre los que se contaban los hijos del Gobernador y Alcalde; y recuerdo que en la modesta Sala, en un fanal, estaba un sombrero grande de paja, que era el que cubría la testa del Sr. Oficial en Cuba mientras estuvo destacado en un Forín. De todos modos, probado está que era más estrategia la Señora.

Las canciones infantiles, no eran las más ingenuas: «En el Museo de Pinturas; Un Capitán inglés; La sentimental; Ya vienen los quintos madre y la heroica; Y el que se resiste....» las que eran cantadas en excursiones y durante las clásicas partidas de «Tres-en-barra» y «Patúsca»; en este juego, cuando sólo faltaba de tirar el bolo una vez y las dos cuatrenas estaban sin volver, era necesario decir: «Imposible dona» que era una frase de influencia misteriosa.

Los cambios de época se conocían por el Calendario Zaragozano y por la aparición del Ciego Timoteo cantando con su mujer, una gorda: «Ya ha venido Timoteo—con el pato en la nariz....» Decididamente había que purgarse, venía la Primavera....

Las características de nuestros recuerdos son: Que el Obispo iba en un coche de mulas; que en el invierno se helaba algún centinela; que Goicoechea era amigo del Guerra; Los Erasos amigos de Sánchez Ocaña; de Gobernador y Alcalde nos sonaban Francia y Tuñón; así como que en el Colegio Huarte comía Sarasate y después les servían a los Gigantes un robo de habas a cada uno—Y con que nos daban quince céntimos de paga y que hallábamos muy guapas a Lola Barreiro y Juanita Troitiño; termino estos recuerdos del tiempo del higo, pues no siempre han de ser de los de la Juanita o de Mari Castaña.

GABRIEL DE BIURRUN

GAU-BESTA

MEDIADA la noche, me despertó un murmullo de voces varoniles. A la puerta de mi casa montañesa se había detenido un grupo de alegres jóvenes, que de la posada regresaban a sus caseríos lejanos, haciendo un alto bajo la luz de mi puerta, sin duda para liar el último cigarro.

¿Queréis fumar?—ofrecía uno a sus amigos. Pronto noté con disgusto que se quedaban bajo la luz, charlando larga y animadamente con esa elocuencia expansiva y cordial del vasco en las noches domingueras, después de cenar varios compañeros juntos y de beber bien...

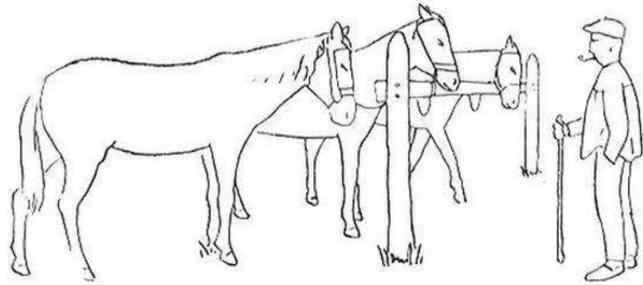
¡Aúfa! Yo sentía el sueño huir de mis párpados y en vano procuraba apartar la atención de aquellos apasionados comentarios sobre la pantagruélica cena y sobre los incidentes todos de la velada. Se eternizaban hablando. Y si alguno insinuaba algo relativo al día siguiente o a sus faenas, le interrumpían, para volver obstinados al tema favorito. ¿Perder? ¡Claro! ¡Quién te mandaría a tí querer un órdago a pares con dos cuatros..!

¡Oye, oye! Y Miguel Andrés que me hace echar a juego con su seña de treinta y una, y luego resulta a la Josepha que le guñaba... ¿Te parece fundamento?

Y quietos a mi puerta. Parecían haber echado raíces. ¡Cómo les dolía dar por terminada su fiesta y separarse! Alguno, ganándose inmediatamente mis simpatías, propuso:

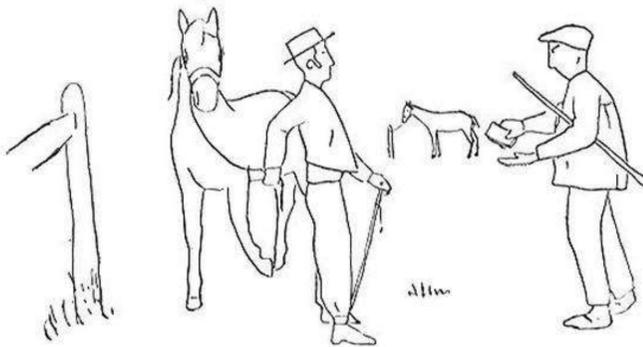
Bueno... ¿vamos? Aguarda un poco. Y de nuevo volvían al mus, a la cena y a la Josepha... La conversación y cierta petaca parecían inagotables.

¿Queréis fumar? Hicieron una pausa para encender y luego uno empezó a cantar. Los demás le imitaron, y yo, desvelado del todo, escuché sus bien timbradas voces entonando una canción humorística muy conocida en el país. Es un asunto vulgar,—el mismo de cierta fabulilla,—pero tratado con singular viveza descriptiva y no poca vis cómica.



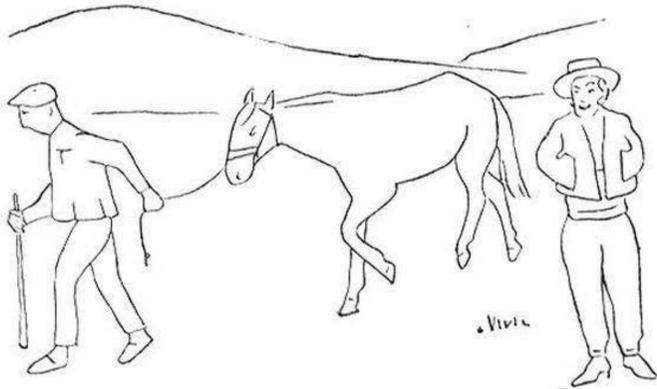
Oraingo Sanferminetan Iruñeko ferietan.

Relata la desventura del montañés que fué un año por San Fermín a la feria de Pamplona con intención de comprar una caballería.



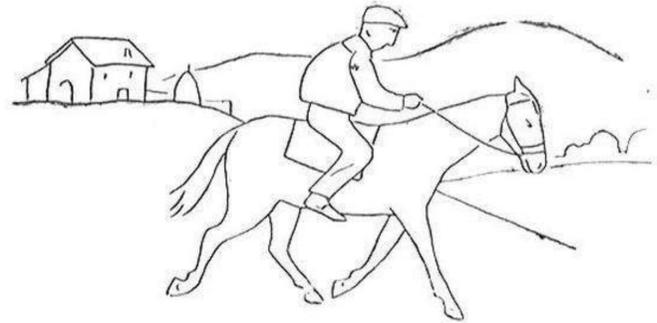
Ba zen pikarta zuria Artan zen ene begia.

Su elección recayó en un hermoso caballo pinto, y temiendo quizá la llegada de otro comprador que le arrebatará aquella ganga, se apresuró a cerrar trato con el dueño sin más exámen.



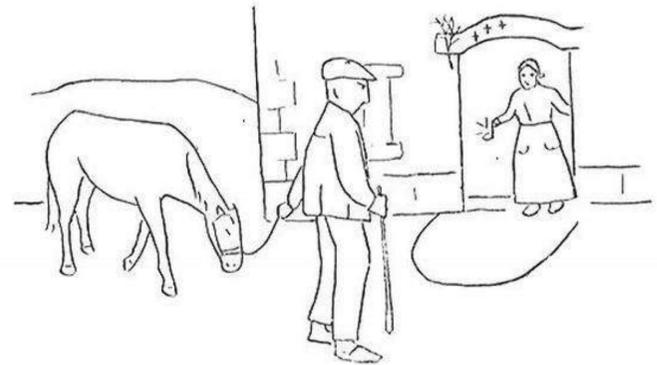
Orai suma kondazazu Gero miratukoduzu.

«Ahora cuenta el dinero», le decía el chalán gitano. «Después tendrás tiempo de mirarlo a tu gusto». Y tras de pagar en buena moneda tomó el ramal de la bestia que padecía incurable cojera... Sus protestas fueron inútiles y todo pesaroso tomó el camino de su pueblo. Durante el viaje se dió cuenta de que el caballo era tuerto, e hizo otros varios descubrimientos igualmente gratos, que el poeta se complace en detallar. Por las ventas de Velate pasó montado:



Belategiko bentetan Pasatu nintzen aldetan.

Pero pronto hubo de apearse porque la cabalgadura no podía con él. Por fin, llegó a su caserío, ya de noche.



Eni andria bortara Argiarekin atera.

Su mujer salió a la puerta con una luz. Y con el profundo sentido económico que poseen las ethekoandres vascongadas, con esa inteligencia que las hace en muchos casos superiores a sus maridos para los negocios, le bastó una mirada al rocín en la semioscuridad, para juzgar de sus brillantes condiciones...

¡Bi sosetan sal nitzazke Senarra eta abere!

«¡Por dos cuatrenas vendería el caballo y el marido!»

**

Y los mozos acabaron de cantar. Un irrintzi rasgó la noche.

Bueno... ¿vamos?

Aguarda un poco.

¡Cómo! ¿Todavía? Sin darme cuenta de ello me encontré medio vestido, abriendo con ímpetu la ventana e increpando con mi *quous-que tandem* a los trasnochadores.

Sorprendidos por mi aparición, me respondieron que ya se iban, que no sabían que molestaban... Y acabaron pidiéndome mil perdones. La fresca grata de la noche oreaba mi frente. Esta actitud suya tan humilde como inesperada avergonzome de mi brusquedad, y la consideración de que mi mañana sería de ocio y la suya de temprano trabajo, me impulsaba imperiosa a desagraciarlos...

**

Al día siguiente mi vieja criada,—que dormía al otro extremo de la casa y era más que un poco sorda,—no salía de su asombro al contemplar el desorden de una cocina que ella dejara arregladísima. Se santiguaba repetidas veces ante la mesa, que aparecía rodeada por media docena de sillas y sustentando otros tantos vasos con señales de uso mas un par de vacías botellas.

¡Jesús, María eta José! ¡Y luego dirá el señorito que no hay brujas!..

JOSÉ MARÍA DE LUZAIDE.

Dibujos del mismo.

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE QUE NO PODÍA DETENERSE

(CUENTO)

CUANDO regresó del cementerio Agustín se sintió más solo que nunca. Allí había quedado su mujer, la única cosa que le ataba a la sociedad de los hombres. Súbitamente se resolvió.

Salió de casa y echó carretera adelante. No había pensado nada. Sólo quería alejarse, perder de vista la ciudad y vivir sin ver a nadie.

Anduvo un par de horas y distinguió bastante cerca un bosque. Este será buen sitio—se dijo. Empezó a andar entre los árboles y llegó a un claro. El suelo estaba cubierto de una hierba fina y junto a los árboles corría dulcemente un arroyuelo. Agustín, cansado, se tumbó sobre la hierba. Al poco rato sintió hambre. Miró alrededor y vio un castaño lleno de frutos maduros. Se levantó y comenzó a recoger del suelo unas cuantas castañas que habían caído al pie del árbol.

—¿Qué hace usted?

Agustín levantó la cabeza. Un hombre armado de una carabina y con un ancho cinturón de cuero en cuyo centro brillaba una placa metálica salió de entre los árboles.

—Pues ya puede usted verlo—contestó Agustín. Cogiendo unas castañas para comer. Cuando no hay otra cosa...

—Y no sabe usted que esas castañas tienen dueño? Este bosque es del pueblo.

Pues entonces, de todos.

No, de todos, no. Usted no es vecino y no tiene derecho—repuso el hombre de la carabina.

—Derecho a qué?

—A coger nada aquí.

—Está bien. Ahí las tiene usted. Y Agustín dejó caer las castañas que había cogido. Nos acostaremos sin probar bocado, añadió, tumbándose en el césped.

—Pero no pensará usted dormir aquí!—dijo el hombre de la carabina.

—Y por qué no he de pensarlo?

—Porque yo no se lo permitiré.

Piensa usted hacer ruido mientras duermo?

—A mí no me toma usted el pelo—respondió el hombre, amoscado. Se va usted a largar de aquí inmediatamente.

—Pero con qué derecho...

—Soy el guarda del pueblo y no hay más que hablar. Conque largo!

—De modo que esto, que es de todos, no es mío?

—Vaya, vaya! Que no estoy para perder el tiempo. O se va usted o le hago yo marcharse—dijo enfadado el guarda.

—Bueno, ya me voy. Y Agustín echó a andar.

Empezaba a anochecer. Salió a la carretera. La pista, blanca y polvorienta, se perdía entre unas montañas lejanas. Anduvo largo rato sin detenerse. La noche estaba oscura. De pronto, la Luna asomó su cara fría y plácida. Agustín vio un puente. Bajo él pasaba un río de modesta corriente. Se apartó de la carretera y fué a echarse en un yerbín junto a la orilla. Al poco rato se quedó dormido.

Un golpe en la espalda lo despertó.

—Hala, arriba!

Agustín se incorporó. Ante él estaba otro hombre, también con su carabina.

—¿Qué, también es usted guarda?

Sí, señor.

Bien. Y qué desea usted?

—Que tome usted el portante a escape. Lo que siento es que no he venido antes para haberle cogido con las manos en la masa.

—En qué masa?—contestó Agustín.

—Bah! Ya me entiende usted. Cuando un vagabundo se encuentra cerca de los huertos no se necesita ser un lince para adivinar lo que ha hecho.

—No irá usted a suponer que yo he robado...

—Bueno, bueno! Ya se yo dónde me aprieta el zapato. Vamos! Levántese usted y coja la carretera.

—Pero hombre! No va a poder uno tumbarse y descansar donde le parezca, siempre que no estorbe? replicó Agustín.

—No, señor. Buenas andarían las cosas si eso estuviera permitido! En este mundo todo tiene su dueño y la tierra, como todo, pertenece a alguno. Pero éstas son muchas explicaciones. Largo, largo! A la carretera!

Agustín, aunque fatigadísimo, tuvo que salir al camino. Sin embargo, aún anduvo varios kilómetros. Las palabras del guarda her-

vían en su cerebro. «La tierra, como todo, pertenece a alguno», había dicho. Entonces, él, que no tenía nada, estaba condenado a errar eternamente, sin poder detenerse. Y su idea de vivir aislado de todos, cómo iba a poder realizarse?. Si no tenía dinero para comprar un trozo de terreno podrían despacharlo de todas partes. La fatiga le rendió. No podía más. Se apartó de la carretera y entró en un gran descampado. Se dejó caer sobre la tierra y cerró los ojos.

Pasó un rato. Un ruido de voces lo despertó. A su lado se encontraban dos hombres, con sus carabinas correspondientes.

—Vamos, hombre!. Qué sueño más pesado!—decía uno de ellos. Levántese usted y márchese.

—También de aquí?, contestó Agustín desolado.

—El señor duque no quiere vagabundos en sus tierras—replicó el otro hombre.

—Pero señor!. Dónde quieren ustedes que vaya?.

—Eso no es cuenta nuestra. El mundo es más grande de lo que usted se figura y no dejará de haber un rincón para usted en él.

—Si de todos los sitios me despachan!—objetó tristemente Agustín.

—Naturalmente!. Los vagos estorban en todas partes.

—Y los desesperados?.

—Esa me parece a mí que es otra forma de vagancia—dijo filosóficamente el otro guarda. Ande, ande!.

—Y a dónde voy?, contestó Agustín desanimado.

—Donde usted quiera, fuera de los dominios del señor duque.

—Pero no soy un hombre?.

—Nos parece que sí.

—Pues entonces debo tener derecho a que mi cuerpo disponga, por lo menos, de tanta tierra como le haga falta para descansar. Si no, para qué me ha mandado Dios al mundo con este cuerpo material?. O quieren ustedes que me tenga en el aire, sin tocar para nada la tierra?.

—Bueno, bueno!. Todo eso son filosofías. Usted tendrá todos los derechos que quiera, pero más derechos que usted tiene el señor duque.

—Le concedo todos los derechos que a ustedes les parezca atribuirle, menos el de acaparar suelo, que es bien común a todos, privando a hombres como yo, hasta de sitio donde poder dormir.

—Atiza!. Pero si es un anarquista!—dijo asombrado uno de los guardas. Ya se está usted marchando más que de prisa—añadió amartillando la carabina.

—No soy más que un pobre hombre de quien con toda verdad se puede decir que no tiene donde caerse muerto, contestó Agustín levantándose penosamente.

—La verdad, me da lástima—murmuró el otro guarda. Pero las órdenes del señor duque son terminantes. Los vagabundos le incomodan. Y añadió en voz alta: Por nosotros podría usted quedarse, pero nos han mandado lo contrario. Vaya usted con Dios y que la suerte le acompañe!.

—Preferiría que me acompañase la justicia. Entonces seguramente podría descansar y vivir. Y echó a andar lentamente.

El camino volvía a tirar de él, como una soga blanca enroscada allá lejos. En la tierra no hay sitio para mí—se decía Agustín. Estos países que llaman civilizados se han repartido el suelo por completo y han desposeído de él al que no tiene dinero, como yo. Sólo se nos consiente el paso, pero no podemos detenernos. Hay que andar, andar sin descanso. Y aun para esto hemos de caminar por senderos ya trazados de los que no podemos apartarnos. Aun la gente de los pueblos puede disponer más o menos, de un trozo de terreno. Pero las ciudades están llenas de seres a quienes se engaña con paseos y parques que dicen ser de todos y que no son de nadie. Y qué podría decir de mí mismo?.

De pronto le fallaron las piernas. Sintió un desfallecimiento y estuvo a punto de caer. Esto se acaba—pensó.

Aun siguió andando un rato penosamente. Por fin no pudo más. Se derrumbó en el suelo, reventado y famélico. Ahora, por lo menos—se dijo—mi cuerpo muerto tendrá que descansar sobre metro y medio de tierra que nadie le disputará.

A la mañana siguiente unos hombres encontraron el cadáver y se lo llevaron al pueblo. Fué enterrado en la fosa común. Ni aun muerto hubo en la tierra un sitio sólo para él.

LEONCIO URABAYEN

COMPLICIDAD

BOCETO DRAMÁTICO

Piso alto de una casa señorial.—Una estancia limpia y humilde cobija a los restos de una familia que en tiempos gozó de los favores de la fortuna.—En el ajuar también queda tal cual recuerdo del pasado amable.—Es una noche silente e invernal.—El aire azota los vidrios de una ventana de patio que aparece a la izquierda del fondo, guarnecida, o mejor vestida, por una cortinilla caprichosa.—Una luz potente reluce en lo alto del techo.—Sus destellos alumbran el trabajar en las vigilias interminables.

Ahora es una mujer joven y alguien dijera que también bella, quien se afana sobre una ropa de nítida blancura que tiene entre sus manos.— Trabaja infatigable con la noble cabeza inclinada sobre el pecho.—De vez en vez la levanta para respirar fuerte, y en el breve ocio tiende también su mirada hacia una puerta que se abre a su izquierda.

Así pasa mucho tiempo.

Por fin, aparece en la puerta una monja de blancas tocas y andar silencioso.

Alada ingrátida diríase que se desliza o que vuela a ras del suelo.—Entra.—Su voz es suave y melodiosa; tiene cadencias de coro monjil.— Mas antes de hablar, sale a su paso el mirar ansioso e incansable de la mujer que trabaja.—Los ojos grandes y enrojecidos por la cegadora blancura del lienzo, se fijan ahora escrutadores en la monja.—Y muy elocuentes deben ser en su demanda misteriosa, a juzgar por lo pronto que la religiosa los ataja con su voz.

SOR PAZ.—Está tranquila. Casi diríase que duerme.

OTILIA.—¡Pobre madre mía! Ya no recuerda lo que es dormir. Ese ahogo la desazona, la mata.

SOR PAZ.—Le hace mucho bien la obscuridad. Apagué la luz y desde entonces no sobrealienta. Me encargó que viniese a hacerle compañía.

OTILIA. Gracias, hermana.

SOR PAZ. Si no quiere que me las haga quien todo lo premia... Yo soy, quien debe agradecer la ocasión de compartir en bien poca cosa su ejemplo de virtud y abnegación.

OTILIA.—Por la Virgen, hermana.

SOR PAZ.—No lo dude. Desde que la admiro me siento incurrir en el pecado de la envidia. ¿Qué significa lo que yo hago, lo que hacemos nosotras, comparado con lo que hace V.?

OTILIA.—Por mi madre... Sin embargo Vs...

SOR PAZ.—Nosotras lo hacemos por Dios, que no es menos.

OTILIA.—Sí, eso es verdad.

SOR PAZ.—Y todo nuestro mérito es éste de velar, mientras los que trabajan por el día duermen. Pero V... ¡Es admirable!.. Trabaja y vela sin descanso, sin reposo. Necesita V. toda la ayuda de Dios.

OTILIA.—(Presa de ligero sobresalto). ¿Ha oído V.?, parece que llaman.

SOR PAZ.—No he oído nada, está tranquila seguramente.

OTILIA.—Sin embargo yo juraría que me llamaba. Voy a ver. (Sale de puntillas seguida por la monja). (Al punto vuelven ambas).

OTILIA.—¡Bendito sea Dios que le concede descanso!

SOR PAZ.—Bendito sea que le concede a V. fuerzas para no descansar. (Tornan a sentarse).

OTILIA.—¡Qué supondría mi cuidado si nó trabajase! Vigilar a mi madre es ahuyentar a la muerte, nada más... trabajar es llevarle la vida. Hay que trabajar; no basta con vigilar. (Vuelve a su labor).

SOR PAZ.—Así comprendo que se ansíe vivir; para no morir nunca. Es V. una santa.

OTILIA.—No diga desatinos, hermana... y perdóneme si la ofendo. No soy más que una pobre mujer, que, no se si llego a ser buena siquiera.

SOR PAZ.—¿Por qué no ha de serlo?

OTILIA.—Y ¿por qué lo soy? ¿Es que hay maldad ni bondad en cuidar y alimentar a una madre? Hay instinto nada más.

SOR PAZ.—Admirable modestia.

OTILIA.—Instinto, instinto ciego como el de los animales. (Poniéndose en pie). ¿Pero no oye V. ahora?..

SOR PAZ.—No no, es su preocupación sin duda. Esté tranquila, no conviene molestarle.

OTILIA.—Déjeme que vaya de puntillas. (Sale por la izquierda).

SOR PAZ.—Es verdad, llaman; pero no ahí, es la puerta. (Sale por el fondo y vuelve a poco seguida de un nuevo personaje).

SOR PAZ.—Supuse que sería V., don Santos. (Este don Santos es un hombre de edad relativamente avanzada y continente sere-

no. Un amplio mostacho blanco, presta arrogancia a su figura. Viene en traje de casa y con zapatillas.

DON SANTOS.—No quise acostarme sin una nueva visita. Esta tarde la encontré decaída y estaba preocupado. ¡Estas enfermedades del corazón!..

SOR PAZ.—¿Teme V. que tal vez esta misma noche..?

DON SANTOS.—Espero, temo que sea pronto. ¿Se acostó Otilia?

SOR PAZ.—No transige de ningún modo. Acaba de entrar ahí.

DON SANTOS.—¡Qué sacrificio el suyo! Apesar de los años de práctica siento verdadero ahogo de ver como se va esta vida de las manos. Y no tanto por lo que muere como por lo que queda. ¡Pobre muchacha!

SOR PAZ.—Yo no sabría explicar la admiración que por ella siento; no concebía que en el mundo hubiera criaturas tan desgraciadas.

DON SANTOS.—Se honra V. con esos sentimientos, hermana. Yo llevo media vida,—ya tan larga,—de ejercer este ministerio de la medicina y nunca, nunca, he visto alzarse ante mí, como ahora, la terrible tragedia de la muerte... ..y de la vida. Estoy cansado de oír lamentaciones y quejas, y probablemente es este silencio resignado lo que más me apena. Alguna vez, rara vez, he compartido el dolor de los que viven por lo que muere; en este caso, hermana, percibo toda la honda tragedia de lo que muere por lo que vive.

SOR PAZ.—Dios le pagará lo que por ellos hace.

DON SANTOS.—Nadie contrae conmigo ninguna deuda, hermana, y solo las deudas se pagan. Lo nuestro es simplemente latidos de humanidad, impulsos del corazón más difíciles de refrenar que de dar suelta. La indiferencia contraria, sería un crimen, una monstruosidad de la cual sí que tendríamos que dar estrecha cuenta. ¿Tomó la enferma la última medicación?

SOR PAZ.—Justamente según sus instrucciones. Y a juzgar por el resultado parece que le sienta bien.

DON SANTOS.—Es posible.

SOR PAZ.—Yo tengo confianza en que V. haya acertado.

DON SANTOS.—¿Plenamente?

SOR PAZ.—Por completo.

DON SANTOS.—Mal médico me cree V. entonces.

SOR PAZ.—(Hace mención de intentar una disculpa).

DON SANTOS.—Me explicaré. Es norma elemental, de medicina, la de que cada naturaleza necesita su medicamento distinto de las demás. Mi enferma en este caso está sometida a mi exámen, de demasiado antiguo, para que yo no conozca los quebrantos que padece.

SOR PAZ.—Por eso que no dudo...

DON SANTOS.—Perdóneme. Primero fui su amigo, su igual, cuando todavía no había muerto el padre de estos hijos. Después he seguido siendo su amigo protector, cuando aquella muerte dejó tras de sí una estela de miseria y privaciones, enjugadas a medias por las manos de mujer que bordan incansablemente esa ropa.

SOR PAZ.—¡Benditas manos!

DON SANTOS.—No sabe V. todo el bien que hicieron. Pore so cuando temblorosamente estrechan las mñas al final de cada visita-me creo pagado con largueza liberal. Esas manos menudas y femeninas, son capaces de todo el bien que pueda V. imaginarse. Yo conozco su historia. Empezaron siendo el asidero de su pobre padre, cuando viejo y privado de vista necesitó un lazarillo sumiso; más tarde fueron las que inspiradas por una energía sobrenatural vistieron amorosas su cuerpo muerto... y ahora, ya lo ve V., trabajan incansables, acarician solfcitas, no descansan nunca, si no es que las inmoviliza el pinchazo cruel de la aguja o el ganchillo.

SOR PAZ.—Hermoso ejemplo de resignación.

DON SANTOS.—De resignación y de energía. A Dios en ocasiones no basta con la mansedumbre; necesita también la acción, la energía, el movimiento.

OTILIA.—(Desde la puerta). ¡Oh, D. Santos! ¿Por qué se molesta a estas horas? Está mejor, yo creo que está mejor. ¿Verdad hermana?

SOR PAZ.—Nunca la vimos tan sosegada.

DON SANTOS.—Pues es preferible no molestarla. Ya le tengo dicho que para ella no existe mejor remedio que la tranquilidad, el sosiego... volveré mañana a la hora de costumbre si antes no hiciera falta. De todos modos cualquier anormalidad que noten no tienen más que llamar por la ventana. No me cuesta nada tirarme de la cama y subir.

OTILIA.—¡Como pagarle a V., don Santos!

DON SANTOS.—Calle, se lo ruego, basta conocerla para quedarle obligado.

SOR PAZ.—V. descanse.

DON SANTOS.—Ya lo saben, tranquilidad, mucha tranquilidad; que no sufra ese corazón el menor sobresalto. Necesito hacerle una advertencia, Otilia. Sé que es poner el dedo en una de sus llagas más dolorosas, pero lo estimo indispensable.

OTILIA.—V. me dirá.

DON SANTOS.—El otro día observé en su madre una agitación que hacía más trabajosa que de ordinario su respiración. Ya recuerda V., me refiero a la tarde que vino su hermano con la pretensión de que V. lo socorriera.

OTILIA.—Si señor. Se excitó bastante la pobre mamá cuando se enteró de lo ocurrido.

DON SANTOS.—Por eso es preciso evitar a toda costa escenas como aquella. Su hermano es un... perdóneme que no lo califique. Y su madre no está para disgustos. El menor sobresalto podría ocasionarle un ataque fatal.

OTILIA.—Gracias. Le aseguro a V. que me sobraré voluntad para imponerme.

DON SANTOS.—(Poniéndole paternalmente la mano en la cabeza). Es V. conmovedora. Pero, acuéstese, descanse....

OTILIA.—No puedo dormir.

DON SANTOS.—No importa, acuéstese, al menos es posible que pueda soñar... (Mutis de D. Santos).

SOR PAZ.—Tiene razón el médico, se está V. quitando la vida y eso Dios tampoco lo manda. Debe V. retirarse a descansar. Por otra parte es depositar poca confianza en mí.

OTILIA.—Le suplico que no crea tal cosa. Es algo más fuerte que mi deseo y mi voluntad lo que me retiene. Pero la obedeceré, hermana. Vaya V. adentro y tan pronto como acabe esta labor empezada, intentaré descansar.

SOR PAZ.—No quiero creerla capaz de mentir. (Mutis). (Otilia intenta reanudar su labor y no lo consigue. Sus párpados enrojecidos se cierran, sus manos diestras no obedecen. Entáblase una terrible lucha entre su poder y su voluntad. Hay un instante en que parece que triunfa la inexorable necesidad fisiológica del descanso, pero un estremecimiento sacude sus nervios y automáticamente, como movida por un resorte, se pone en pie).

OTILIA.—¿Qué es esto? Juraría que habían llamado en la puerta. Sí, sí... llaman. (Desaparece en el fondo). De pronto aparece en la puerta un hombre joven y descajado. Su rostro, su indumento y toda su persona tiene el sello inconfundible de la más crápulosa degeneración. Tras él, desorbitada y llena de espanto, Otilia.

OTILIA.—¿Qué quieres a estas horas? ¿Por qué vienes..?

CARLOS.—¿Y tú quién eres para preguntármelo? (Habla con ligero

zarzalleo de borracho y su voz es más alta de lo conveniente). Vengo por que me dá la gana, por que esta casa es mia... y por que me dá la gana, otra vez.

OTILIA.—Calla, no grites, por Dios... está mamá muy mal. Solo esto le faltaba.

CARLOS.—Déjame a mí de cuentos, que hoy no me asusto por nada ni por nadie.

OTILIA.—¡Calla, por la Virgen, Carlos..! ¡No levantes la voz! ¿Qué es lo que quieres?

CARLOS.—Que me dejes de cuentos te digo, y no te hagas de nuevas. Quiero lo del otro día y hoy no admito esperas. (Se dirige hacia un armario).

OTILIA.—¿A dónde vas?

CARLOS.—(Intentando abrirlo). ¿Es que ya se te ha olvidado lo que guardas aquí?

OTILIA.—Calla, por la vida de nuestra madre... calla... calla; (intentando arrancarlo).

CARLOS.—¿Dónde tienes el dinero, dí; dónde lo tienes?

OTILIA.—No hay, es para ella... es su vida...

CARLOS.—Ahora verás. (En un supremo esfuerzo intenta forzar el armario.)

OTILIA.—(Transfigurada, loca, cogiendo instintivamente del cesto de la labor unas tijeras y saltando hacia él). ¡Carlos!

CARLOS.—¿A mí con amenazas? (Se agarra a ella bruscamente intentando derribarla). ¡Maldita sea tu alma..!

OTILIA.—(Forcejeando). ¡Silencio... por caridad... silencio!

CARLOS.—(Forcejeando también). ¿Estas viendo la perra esta? Suéltame por que si nó...

OTILIA.—No te soltaré si no callas. ¡Silencio... silencio! (Le da con la tijera un golpe. Carlos vacila un instante y se desploma).

OTILIA.—¡Silencio... silencio, así!

OTILIA.—¡Chist... silencio V. también..! (Corre desesperadamente al cuarto de su madre).

SOR PAZ.—¡Dios mío, hay un hombre tendido! (Abalanzándose a la ventana que abre y llamando). ¡D. Santos... D. Santos... pronto... aquí!.. (Sale corriendo por el fondo). (Al cabo de unos momentos Sor Paz y D. Santos).

SOR PAZ.—Ahí... ahí está... mírelo V. (Señalando el cuerpo de Carlos).

DON SANTOS.—Es Carlos... su hermano, el hermano de Otilia... (De rodillas sobre él). ¡Y está herido..! Con estas tijeras.

SOR PAZ.—¿Qué es esto? Son las suyas...

DON SANTOS.—¡Está muerto!

SOR PAZ.—¿Es posible que lo haya matado ella?

DON SANTOS.—Es, seguro.

SOR PAZ.—Pero y ¿qué hacer.....? será preciso avisar dar parte.....

DON SANTOS.—¡Qué dice usted.....!

SOR PAZ.—Algo es preciso.

DON SANTOS.—(Con solemnidad). Usted y yo la única precisión que tenemos es la de salvar aquella anciana.

SOR PAZ.—Pero ¿y éste crimen que tenemos delante.....?

DON SANTOS.—Lo han cometido las mismas manos que antes bendicimos juntos, destinadas a sublimarse más aún, por ser las elegidas para este supremo sacrificio..... ¡Benditas y mil veces benditas y abnegadas manos de mujer, de hija y de mártir!. Yo no vacilo en elegir; mi viejo corazón me dicta a voces cual es mi deber. Decida V. ahora.

SOR PAZ.—¡Dios mío, ilumíname.....!

DON SANTOS.—Somos el médico y la hermana de la caridad que vinimos a esta casa a salvar una vida de la muerte. Por salvarla, una santa mujer derramó sangre de sus venas. Todavía alienta aquella vida..... ¿Cual es nuestro deber..... diga V. hermana, cual es nuestro deber?

SOR PAZ.—Es verdad..... debo salvarla.

DON SANTOS.—(Sacando una estilográfica) ¡Pronto pues..... un trozo de papel! Certifico que Carlos Valderrey, falleció de una angina de pecho.....

SOR PAZ.—¡Virgen del Amor hermoso..... perdóname.....!

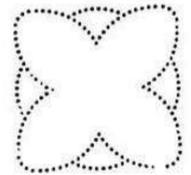
(TELÓN)

MARIANO ANSÓ.



ABILEÑO

CUENTO REGIONAL



1

Con la escopeta al hombro regresaba de una jornada de caza por tierras de la Ribera de Navarra, fecundas en ánimos esforzados y buenos vinos. Era una tarde de estío; el sol se ocultaba tras unas lejanas colinas, difundiendo en el horizonte una rutilante luminosidad sobre cuyo fondo eran las siluetas de las cosas más negras y más pronunciadas. La tarde caía: de los rastrojos, de los copudos olmos, de unas lagunas próximas, se elevaba la melancólica sinfonía con que saluda la llegada de la noche todo un mundo de efímera existencia: los grillos, las cigarras, las ranas, confundían sus voces en el armónico conjunto que, escuchado atentamente, era un ritmo cadencioso de indescriptible belleza.

La noche se aproximaba anunciándose serena y magnífica, sin nubes en el cielo, con una hermosa luna que en dirección opuesta al crepúsculo, asomaba su disco grande y rojo sobre la redondez de la tierra.

Larga y dura la expedición, persiguiendo constantemente la caza que jamás se puso a tiro, hube de recorrer insensiblemente largas distancias; y ahora, al regreso, echaba de ver, juntamente con la fatiga corporal y la proximidad de la noche, lo mucho que me alejé de poblado y lo mucho que aún tenía que recorrer.

Aprovechando la luz crepuscular, traté de orientarme. No cabía duda: me hallaba en los terrenos de una afamada ganadería de reses bravas, y solo la preocupación por mi regreso y el rumor de los campos, me habían distraído lo suficiente para no escuchar desde hacía un buen rato el distante sonido de los cencerros de los cabestros, que a un lado del camino, confundidos con los toros de lidia, pastaban tranquilamente, levantando de vez en cuando la cabeza para otear el horizonte, espantándose los tábanos con los largos flecos de sus colas.

¡Eh, señor!..—gritó una robusta voz a mi espalda—¡Párese por lo que más quiera, que en ello le vá la vida!..

Volví con presteza y me ví frente a frente de un pastor, típico ejemplar de la raza. Bien conformado y no muy alto, tenía rictus de energía en los labios, lumbre de vida en los ojos, vigorosa musculatura en los miembros y agilidad y soltura en todos sus movimientos: iba en mangas de camisa con una blusa azul echada sobre el hombro; cruzaba su pecho la correa de un zurrón y esgrimía con ambas manos, estudiando su resistencia y flexibilidad, un grueso garrote.

A poco me alcanzó y sin esperar mis explicaciones me dijo:

—Le he avisado, porque a poco si se topa con el toro huído.

—¿Con el toro huído?—inquirí.

Y me explicó que en ocasiones, se suscitan luchas entre los machos de las vacadas, y el vencido, rencoroso y humillado, se separa de los demás dispuesto a desfogar su rabia contra el primer objeto que llama su atención. En la ocasión presente, el huído, se hallaba al otro lado del camino que sus compañeros, y en mi curiosidad por admirar las reses, me iba acercando sin advertirlo hacia el mortal peligro.

Siguiendo las indicaciones del pastor, ví al toro bajo la sombra de unos álamos negros que formaban un grupo aislado en la llanura:

era un toro de hermosa lámina, negro como la noche, de fiera mirada y astas largas y afiladas.

—Lo mejor será—me dijo el pastor—que se ponga detrás de aquel repecho por si se aproxima, mientras yo veo de echarlo hacia la manada.

Y se dirigió con la mayor naturalidad hacia el negro animal exclamando:

—¡Cabileño!!!..

Siguió una escena muda de indecible horror y grandeza.

El toro hundió su bello en el suelo mostrando la muerte en los afilados pitones; braceó lanzando a ambos lados torbellinos de polvo; sacudió sus flancos con la cola... y partió como una flecha contra su enemigo.

Este, lejos de huir, había hincado una rodilla en tierra y con valor verdaderamente temerario, oponía al peligro su brazo izquierdo débilmente protegido por la blusa arrollada, mientras en su mano derecha vibraba el garrote.

Involuntariamente cerré los ojos, que la curiosidad me hizo de nuevo abrir, con la triste convicción de presenciar una bárbara escena de sangre y de muerte... pero con gran sorpresa observé al pastor en la misma posición, mientras «Cabileño» retrocedía bramando.

¿Qué había pasado? Pronto lo iba a comprender.

Ví de nuevo a la bestia prepararse para el ataque; ví aquel ojo sangriento girar en la órbita, iluminado con siniestros fulgores; ví las pezuñas hendir el polvo en nerviosos movimientos... y otra vez cargó el toro contra el hombre.

Esta vez tuve serenidad para mirar. Cuando el animal humillaba la cabeza pa-

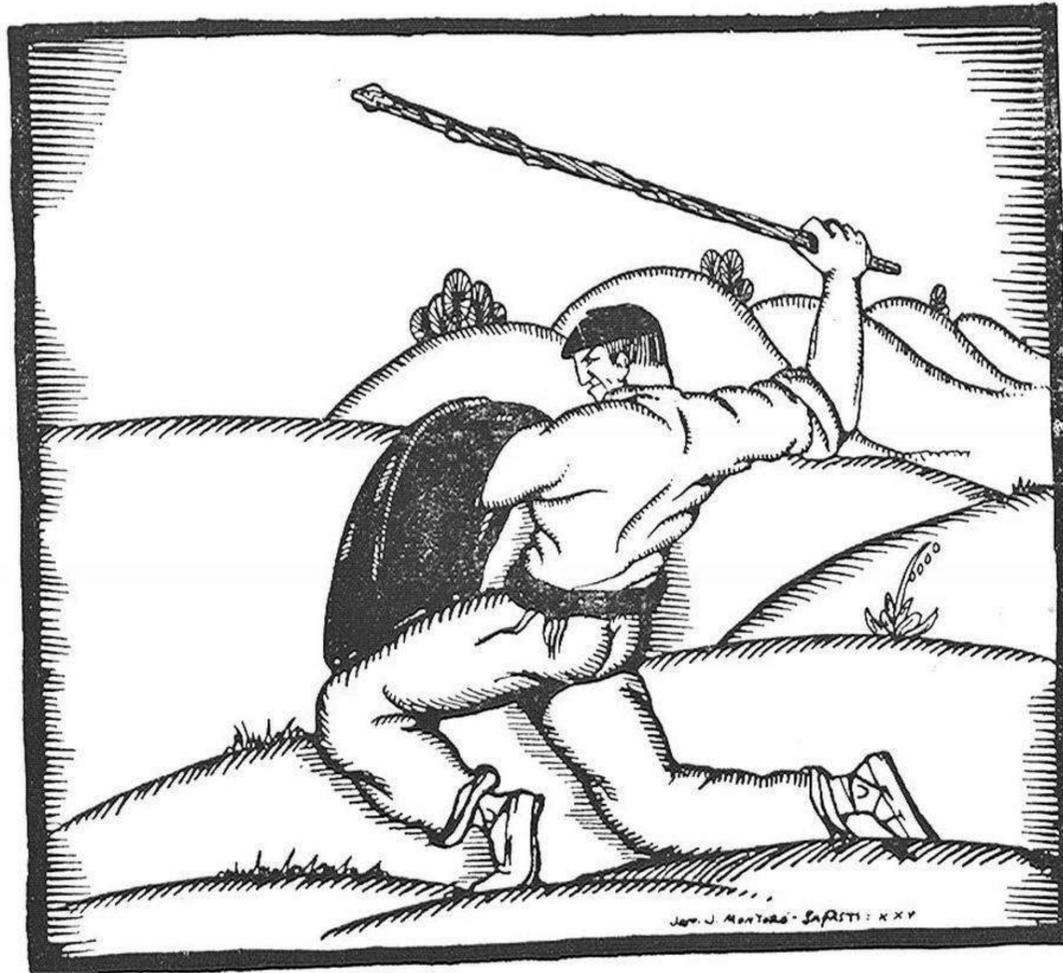
ra herir, un golpe brutal del garrote, recibido en los cuernos, detenía su ímpetu obligándole a retroceder, retroceso que aprovechaba el valiente navarro para ganar un poco de terreno a su adversario.

Y fué de esta manera lenta, arriesgada y soberbia, como cruzó el toro el camino reuniéndose al fin con sus compañeros.

Felicité al pastor quien me respondió con ingenua sorpresa de quien no dá importancia alguna a los riesgos de su vivir, y seguidamente añadió:

—Me llaman «El Rojo», para servir a Dios y a usted, y con varios compañeros acampamos en una cabaña que desde aquí se echa de ver. A lo que parece, usted se ha extraviado y no es buena la noche para caminar solo por estos campos: cabalmente tengo que marchar al pueblo a comprar provisiones, pero la distancia es mucha y me parece que no está usted para caminatas por ahora: quédese con nosotros en la cabaña, donde cenará nuestra pobreza que buenamente se se ofrece, y mañana será otro día.

La proposición era excelente, sobre todo para quien estaba muerto de fatiga: estreché, pues, su mano y en breve me ví sentado con varios pastores en torno de una frugal y sustanciosa refección, que fué precedida de una plegaria, e interrumpida y terminada con sendos tragos de un excelente vino, que la bota hizo circular entre el concurso: en tanto, el *mojón*, colocado por el pastor de más edad, quien presidía el ágape, en el centro de la cazuela, ponía el veto al apetito



de los comensales, mientras que la bota, tras el recorrido acostumbrado, no volvía de nuevo al reposo.

Despidiose luego el Rojo de nosotros, y la distancia borró poco a poco las notas de la canción con que amenizaba su caminar.

II

Realmente era la noche soberbia y tranquila: la luna lucía en el firmamento y el ambiente era suave y perfumado. En el interior de la cabaña, sin más comunicación con el exterior que un hueco a guisa de puerta siempre abierto, tendido en un lecho de hojarasca y cubierto con una gruesa manta de pastor, trataba en vano de conciliar el sueño. La novedad de la instalación por una parte, y por otra el vivo recuerdo de la pasada escena, me lo impedían. A mi lado, mis compañeros los pastores, aparentaban dormir arrullados por el rumor de los cencerros, que fuera, en la pradera, era una monótona canción de paz y de reposo.

Indudablemente debíamos presentar los cinco hombres que ocupábamos la cabaña un extraño aspecto, tendidos e inmóviles a lo largo del muro, como los cadáveres que se alinean en un depósito judicial.

Estaba embargado por estas reflexiones, cuando súbitamente sentí en las proximidades del modesto refugio, el callado rumor de unas pisadas, y en el cuadro de luz que la luna proyectaba sobre el pavimento a través de la puerta abierta, ví dibujarse una sombra monstruosa, la sombra, de perfiles vigorosos, de una enorme cabeza rematada por unas astas de afiladas puntas.

Creí morir: volví la cabeza imaginando infantilmente que al no mirar, escapaba al horror de la situación, y quedé sumido en una especie de sopor que me impedía darme cuenta exacta de las cosas; mas conservo el recuerdo de que una mano asíó convulsivamente la mía por debajo de las mantas y una voz queda, más bien un suspiro, susurró en mi oído sigilosa:

—¡No se mueva usted!..

Y siguieron unos segundos horribles de angustiada ansiedad, en los que a través de mis párpados cerrados, tuve la sensación de que

el siniestro visitante recorría uno por uno los petates, olisqueando a los durmientes y resoplando con fuerza el aire de sus vigorosos pulmones. Sentí a través de mi manta el fuego de su aliento: sentí en el rostro el viscoso contacto de su baba... y por segunda vez tembló el suelo al peso de su andadura y de nuevo debió dibujar la luna una sombra monstruosa sobre el pavimento de la cabaña.

Puestos ya en pie los pastores, salieron al exterior: y fué a gritos y pedradas hábilmente disparadas por las hondas, como encauzaron hacia la manada a un toro de hermosa lámina, negro como la noche, de fiera mirada, y astas largas y afiladas.

—¡Cabileño!..

LUZ DE OCASO

Tus palabras me hirieron de muerte en el ocaso
triste de aquella tarde grisácea y sombría;
el eco repitió de mi pecho mil suspiros,
¡y tú reías!

Como las hojas mustias tronchadas por el hielo,
mi corazón con frío dolor se reforcía;
y tú con mudos ojos, miraste aquel martirio
¡y te reías!

Brotaba la amargura en mi pálido semblante
sin que tú consolaras mis crueles agonías;
tú viste cómo el llanto manaba de mis ojos,
¡y te reías!

¡Oh flor que te inclinaste marchita y sin perfumes
al beso del ocaso más triste de los días!
¿Por qué al verme llorando con tanta pena, dime,
por qué reías?

PEDRO ARELLANO.

Logrado al fin su empeño, se me acercaron sonrientes y el de más edad dijo:

—Buen susto se habrá llevado usted: pero crea que mayor se lo hubiera llevado «El Rojo» si se encuentra con nosotros esta noche... El toro, venía por él.

Entonces comprendí que la venganza no es solamente una pasión humana, y tal vez por eso deshonra a los hombres que la practican. Cabileño, el toro huído, el vencido primero por un compañero y luego por un hombre, aprovechó la ocasión que se le brindaba para sorprender a su enemigo, valiéndose de su maravilloso olfato, cuando inerme, desprovisto del temible garrote y de la blusa torera, sólo podría ser un muñeco trágico entre sus mortales pitones...

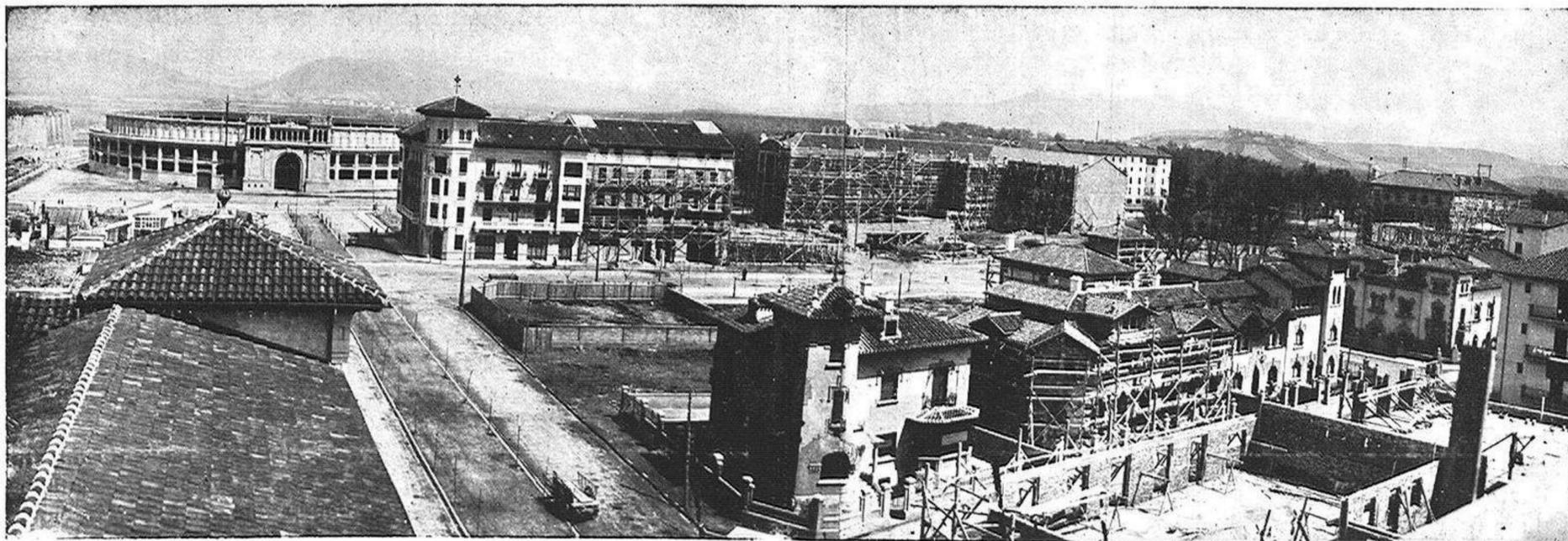
III

Al día siguiente reanudé mi excursión satisfecho de haber salido con bien de dos peligrosas aventuras, pero hondamente preocupado por la suerte de esos héroes anónimos, que conviviendo a diario con las bestias temibles, se juegan también diariamente la vida.

RAFAEL VALENCIA GOICOECHEA.

Pamplona, Mayo 1925.

Dibujos de José Joaquín Montoro.



La legendaria Iruña, el vetusto pueblo de seculares costumbres, ha roto un trozo de las murallas que le aprisionaban y se desborda por el campo en supremo afán de progreso. Sobre los fosos tristes y evocadores de antaño, yérguense ahora edificios alegres y suntuosos, precursores de una gran ciudad floreciente y bella

PAMPLONA SE DIVIERTE

Diseñar en breves líneas la perspectiva de unas fiestas tan polí-cromas y poliformes como las de San Fermín de Pamplona es algo un tanto difícil; me encuentro en un aprieto tan grande como el que tuve años atrás al solicitarme el «Heraldo de Hamburgo» que describiese en un artículo mi impresión sobre el «Schütting Museum» de Bremen, que era un museo en el que se exhibían cuadros futuristas, cubistas, puntillistas e impresionistas, de una variedad enorme y de un absurdo un tanto agradable.

Al recordar nuestras clásicas fiestas, se entrecruzan en mi memoria los mil ruidos ensordecedores de la mocina bullangera, las gaitas, los chistus, las figuras grotescas de los gigantes, la sangre de los toros, el oro de los trajes de los toreros, el humo de los cigarros puros, las bellas manolas, los heridos de los encierros, el olor nauseabundo de las tripas en el patio de caballos, el de los fuegos artificiales en la plaza del Castillo, el del carburo de las barracas, el de los perfumes de las damas... Todos estos ruidos, olores y colores, toda esta algarabía atropelladora y hedionda en la que el hombre pacífico del resto del año se confunde, me recuerda, no se por qué, aquellas perspectivas tan absurdas como agradables de los cuadros cubistas, puntillistas, futuristas e impresionistas que años atrás contemplaba en el «Schütting Museum» de Bremen.

En nuestras fiestas, desde que el gran D. Pablo Sarasate dejó de asistir a ellas, no existe la nota delicada, de fina cultura, que dé a los que en sus días nos visitan la sensación admirable de energía viril y de sentimiento artístico y refinado. ¡Es una lástima! Son fiestas populares, en las que la muchedumbre se desata y el mercader hace pingües negocios.

Una ciudad contenida, con vida eternamente limitada, que cierto día rompe con todos sus convencionalismos sociales y se desborda en una promiscuidad muy democrática; ésa es Pamplona en plenas fiestas. Naturalmente, yo soy enemigo de todo alboroto por popular que sea, y más cuando es producido por el exceso de libaciones.

El pueblo vasco, el sentimiento vasco, la alegría euzkérica es todo lo contrario. ¿Entonces, es que nuestra gente al alegrarse y celebrar sus fiestas tal como lo hace, adquiere un carácter postizo, extraño, importa un humor de afuera como quien trae naranjas de Valencia o cocos de La Habana? No, tal vez no. Lo que resulta es que nuestro pueblo tiene su carácter contenido y un día u otro todo él se desborda en forma estruendosa y maloliente para caer enseguida en un letargo de muerte producido por el cansancio y la falta de dinero.

¿Qué soluciones, qué reformas podemos, por lo tanto, implantar para que ese tráfigo ensordecedor se suavice y el júbilo estruendoso se amortigüe? Es difícil contestar a ello.

El fundamento de la organización de nuestras fiestas es económica. El Excmo. Ayuntamiento organiza el jaleo para la atracción de forasteros que vienen a Pamplona y que gastan con furia. Aquí, esos días, el único que conserva en perfecto estado todas sus facultades es el mercader que desde su cuchitril contempla la algarabía callejera y aguarda al forastero que ha de desplumar cuanto pueda. Por esto, hay que fijarse en que nuestras fiestas son ferias y fiestas. La fiesta es el pretexto para la feria; la feria es el zoco genuino, reminiscencia de la dominación judío-árabe, en la que la demanda es mucho mayor

que la oferta y por consecuencia, en la que el precio en venta de toda mercancía es enorme, es quizás absurdo, es, tal vez, inmoral.

Como al organizar y explotar todo eso, que dicen es un sentimiento espontáneo de nuestro pueblo alegre, solo se desea gente y más gente, no se preocupan de la parte cultural de nuestras fiestas; porque la cultura es privilegio de los menos y éstos como son pocos no interesan a los organizadores.

Se habla mucho de la vitalidad de nuestro pueblo, de nuestra raza, y aunque la base fundamental es la económica, no está mal que se pretenda acrecentarla con espectáculos de color y de ruido, pero esto es solo un aspecto, una faceta del conjunto de las facultades de vida de un pueblo; el otro es el que determina la valoración máxima de la vitalidad de una raza y él lo olvidan quienes debieron atenderlo y sobre tal olvido va mi protesta insignificante, pero enérgica. ¿Es, acaso, extemporánea? No lo dudo, pero conste así, ya que por encima de todas las corridas de toros y encierros, de fuegos artificiales y funciones de circo, está esa exaltación de los ideales intelectuales que son los que plasman y definen a la postre la cultura de una raza.

¡Oh, policromía trasnochada y ensordecedora! ¡Oh, gleba efervescente! Detente un momento y piensa, si puedes pensar, que el valor de un soneto, que la sonrisa de un niño, que la disertación científica de un técnico, que un artesonado artístico, que una melodía delicada y suave, de tu país, valen más, muchísimo más, infinitamente más que esas fiestas que no son regocijo del espíritu, sino exaltación del cuerpo, producto de unos espectáculos de importación, que más que definir las diversas modalidades culturales y étnicas de un pueblo y una raza, dan la sensación de un desbordamiento de baratijas extrañas que aletargan con su estrépito todos los sentidos.

¿Quién no se siente fatigado después de las fiestas? La boca seca, el estómago estropeado, las piernas flojas por el cansancio y el exceso de sueño; éste es el resultado de tanto ajeteo. ¡Ah, pero nos hemos divertido mucho! Sí, en efecto; hay quien lo pasa bien vociferando en los toros, emborrachándose por las noches, molestando al vecindario que tiene que dormir o al enfermo que padece. Mas tendremos que reconocer que si así se divierte nuestro pueblo no puede farse de culto y civilizado porque la significación de estos vocablos está reñida con los excesos corporales.

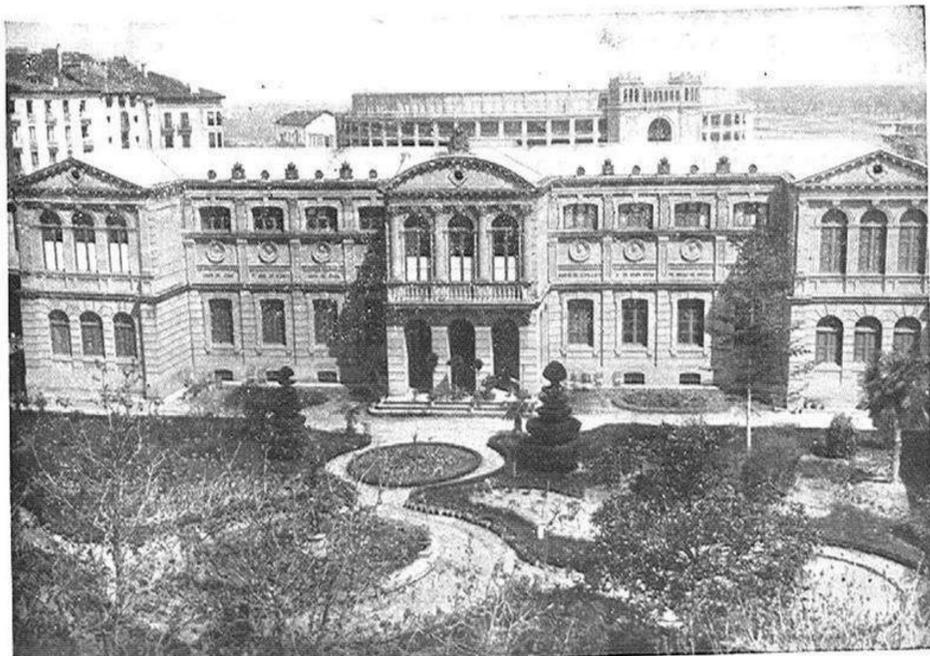
Recapitemos, pues; pretendamos que nuestra alegría sea de gente culta, de personas conscientes en todo momento... aunque no demos tan buenos rendimientos a los que al organizar la atracción de forasteros, olvidan, ya por cálculo o quizás impensadamente, el elemento indispensable de sabor intelectual en nuestras fiestas.

Pero, en fin, este año ya no puede ser la reforma, es demasiado tarde; esperemos a las fiestas del próximo.

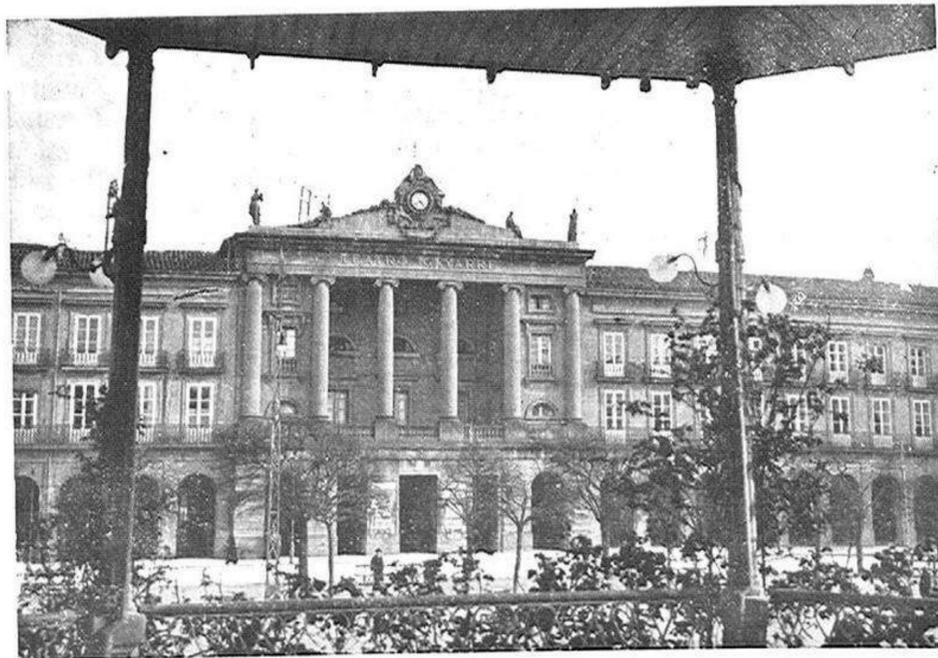
¡Oh, encanto del recogimiento en un cuarto de estudio, de la sensación de una melodía vasca, de la alegría de un niño o de un anciano en un momento de expansión tranquila y sana. ¿No podréis inspirar a quienes organizan nuestras fiestas un número más en la lista de los que completan nuestros carteles anunciadores?

Así lo espera este entusiasta admirador de los valores intelectuales y sentimentales de nuestro gran pueblo vasco.

VICENTE MARTÍNEZ DE UBAGO.



PAMPLONA.—Archivo de Navarra



PAMPLONA.—Teatro Gayarre

Saludo de la Ribera a S. Fermín

TRIPTICO

I

SALUDO Y ENVIO

Al glorioso Patrón de Navarra, al sublime decapitado en Amiens por defender la fe de Cristo; al primer Obispo de Pamplona, el excelso San Fermín, envía su saludo ferviente, respetuoso, entusiasta y vibrante la Ribera de su tierra... La Ribera que se baña en el Ebro, en el Aragón, en el Arga; la que fabricó Tudela, Olite, Cascante, Tafalla... La hermosa, la fértil Ribera cantada por nuestros poetas y por nuestros caudillos espirituales santificada, la que presentan como sublime las pinceladas de la Historia Universal, acude y llega hoy hasta las gradas de su imagen de plata para rendirle pleitesía y homenaje; para prodigar en su honor las alabanzas más tiernas y sentidas, mientras murmura sus más fervorosas plegarias...

Los ribereños, ¡oh Santo Patrono!, son morenos como Vos y como Vos, valientes y audaces. Son morenos, porque el sol que preside sus rudas labores campesinas, curte sus rostros bronceándolos; son valientes y audaces, porque así como Vos, tremolando la antorcha de la fe en la Iruña legendaria y sobrándoos celo y valor caminasteis hacia tierras lejanas en pos de almas que convertir y vidas que civilizar, ellos erigieron Fitero y La Oliva y pródigos de energía, arrancaron de las canteras tafallesas la piedra para levantar las edificaciones de vuestro pueblo natal. Sus guerreros, sostenidos por vuestras doctrinas, traspasaron los mares y fueron a Jerusalem, a Grecia, a Túnez... En las Navas, defendiendo la causa que Vos defendíais, crearon nuestro actual escudo, cuyas gloriosas cadenas son el símbolo de nuestra victoria sobre el islamismo y la trabazón espiritual de todos los navarros. ¡Que antes salten hechos pedazos los férreos eslabones de nuestro emblema venerado, que decaiga la fe de todo un pueblo que supo y sabe ser grande porque lleva siempre con constancia, con orgullo, cual heraldo redentor en todas sus empresas, la enseña de la Cruz..!

Y vedlos aquí, Santo bendito, hincada la rodilla, la faz erguida, saliente el pecho, implorando sumisos que la savia de vuestra fe penetre en sus corazones para poder llevar a su tierra el inefable regalo de vuestra protección infinita. Su piedad la avalan los rezos de sus novias, las plegarias de sus madres; os ofrecen como presente: girones de su cielo límpido, frutas de sus ubérrimos huertos, aroma de sus campos fecundos... Han pedido a Tudela la fe de Sancho el Fuerte, traen moneda de Cascante, nobleza de Olite, valor de Marcilla, de Fitero sabiduría, y evocando los poéticos amores de los tafalleses Sancho de Agramonte y Leonor de Zaldívar, a Vos se dirigen ofreciéndoo los suyos para santificarlos y en demanda de vuestra bendición para los que en casa quedaron.

También a vuestra ciudad reservan su cordial, su afectuoso saludo, pues quien es buen hijo sabe ser hermano y junto al cariño paternal que Vos les inspiráis y os ofrecen los Riberos, no ha de empuñarse si no antes bien agrandarse, el fraterno abrazo que esta tierra llana envía al resto de Navarra.

Son los descendientes y les acompaña el espíritu de damas y varones ilustres que comulgaron en vuestra fe y honraron a su patria: recordemos a Malón de Chaide, Guillermo de Tudela, el notario Fernández, los artajoneses Lasterra y D. Pedro de París, doctísimo y piadoso obispo de Pamplona a quien donó en 1186 el Prelado de Amiens la preciada reliquia de vuestra cabeza que hoy ostenta el pecho de vuestra imagen; el escultor Vascardo, el pintor Valdemira, Villoslada, Alesón, García Goyena, Yanguas y Miranda, Alonso; el tafallés Melchor de Mencos y Medrano con los tres reyes indios por él convertidos; el gran caballero Baratuerta, esforzado corellano que triunfó en Alcozar junto al rey D. Pedro en 1096; el temerario capitán tudelano Berrozpe; la académica de San Fernando doña Angela Pérez Caballero, de Caparrosa; la V. M. Vicenta López de Vicuña, cascantina; San Raimundo Abad, fundador de la orden de Calatrava...

Glorioso San Fermín, venerado patrono de Navarra: extended vuestra protección a todos los que de Vos la esperan; bendecid por igual a cuantos nacimos en esta tierra, rica y digna presea de la corona de España; que vuestro báculo sea el sostén de nuestras fuerzas, de nuestras energías, de nuestros entusiasmos y que vuestra fe nos vivifique, nos anime y nos impulse a laborar siempre por el bienestar de nuestro solar querido.

II

EL VIAJE

Día 6 de Julio: Despedidas bulliciosas, risas, gritos, rostros jubilosos de los que parten, movimiento inusitado en la amplia Plaza... Miradas entre envidiosas y despechadas de los que quedan en el pueblo; advertencias y recomendaciones dichas quedo por las mozas prometidas a sus galanes, pues no en balde van a separarse unos días que invertirán ellos en divertirse y ellas en recordar a su mozo... Parte el auto lleno de sangre joven, de gente fanfarrona, ebria de ganas de diversión, y pesadamente, bajo el sol implacable, surca la carretera polvorienta en busca del férreo recipiente donde depositar su carga

humana que marcha a fiestas de Pamplona. ¿Qué navarro que de tal se precie y nada se lo impida no habrá hecho, hace y hará lo propio: ir por los Sanfermines a Pamplona?...

En la estación se unen, se mezclan a los que en ella esperan y se funden unos con otros engendrando las típicas cuadrillas de *blusas blancas* que engrosadas en cada parada del tránsito con nuevos elementos animados de idénticos deseos, llegan a la capital y son durante los festejos una simpática y brava nota de color... Libando en la cantina, brincando, cogidos por los hombros, entonando coplas alusivas, piropeando a las mozas que acuden a presenciar su bullanguera partida, ofrecen un espectáculo de difícil copia cuya característica es siempre el buen humor sano, la franca alegría, la nobleza de su temple... Se oye el aviso de llegada del tren, se le divisa, se le ve avanzar estrepitoso, arrollador, con su negro penacho de humo que se evapora y desvanece en el aire formando mil caprichosas figuras. El andén semeja un revuelto mitin, de ensordecedor griterío; docenas de pañuelos de boinas, de botas—las clásicas botas de vino—se agitan desde el tren respondiendo a otras tantas que desde la estación saludan su entrada. Aun no ha parado por completo el convoy y ya los estribos se ven asaltados, las ventanillas abiertas y el andén se va despoblando mientras los coches se abarrotan; salen en tropel los de las cantina, empujando el uno con la palma de su mano un barquillo que acaba de introducir en la boca, resto del mantecado que ha bebido, y que más se deshace que llega al paladar... otro corre con la bata en la diestra y la pechera de la camisa salpicada de gotas de vino que cayeron al empujarle mientras al alto bebía; aquél se despide del puro que saboreara y que sirve de alfombra a miles de piés por obra y gracia de tamaño barullo; voces estentóreas llamando a los amigos, pregones de ¡pastillas de café y leche!, ¡gaseosas frescas!, rodar de carretillas, protestas por falta de sitio....

Se acomodan por fin donde y como buenamente pueden, sentados, de pié, asomados a las ventanillas, asidos a los porta-equipajes, en los estribos de los vagones y en ésta disposición arranca el tren perezosamente, penosamente, como consciente del viaje que le espera, patinando las ruedas en supremo esfuerzo de sus dos máquinas que lanzan penetrante silbido y arrojan a sus costados chorros de agua hirviente....

Y hasta el fin del trayecto, así continúan: sudorosos, entre cantos y risas y tragos de vino y humo de cigarros y rasgueos de guitarras y redobles de tambores, y golpes de ingenio.... prensados, como sardinas en banasta, van recogiendo en cada estación nuevos compañeros, y aumenta la alegría, el entusiasmo y el deseo de encontrarse en Pamplona. En ese ambiente inconfundible de fortaleza, de exceso de vitalidad, de aguante ilimitado, rinden el viaje y llegan a la ciudad en fiestas, ni rendidos ni cansados, pero sí satisfechos.

III

FIESTAS

La vieja Iruña, semejante a una austera matrona que por justificado y grande motivo diese licencia a sus familiares y servidores para poder holgarse a sus anchas y obsequiar a los huéspedes, encierra durante quince días toda la gravedad, la quietud y la solemnidad con que vive su vida el resto del año, y, tolerante, goza al ver desbordarse el entusiasmo, la alegría, el vigor y la fortaleza de los navarros durante días y días que parece no han de terminar sin que caigan extenuados y rendidos todos.

Sus silentes calles son hormigueros humanos multicolores que gritan y bailan y ríen; oyen los *chistus* y tamboriles, escuchan cornetas, huelen a aguardiente y aceite frito; cobijan a millares de personas que, soñolientas de la víspera, apenas amanecido inauguran el nuevo día templando sus nervios ante la brutal grandeza de los encierros de los toros, espectáculo único, que exige piernas de acero y corazones sanos. Por ellas desfilan con grande aparato y grave continente, solemnes procesiones precedidas de los gigantes y *kilikis*—delicia de los muchachos—y acompañadas de respetuosa curiosidad y devoción; en sus paseos, por sus anchas aceras discurre abigarrado gentío confundido en encantadora democracia...

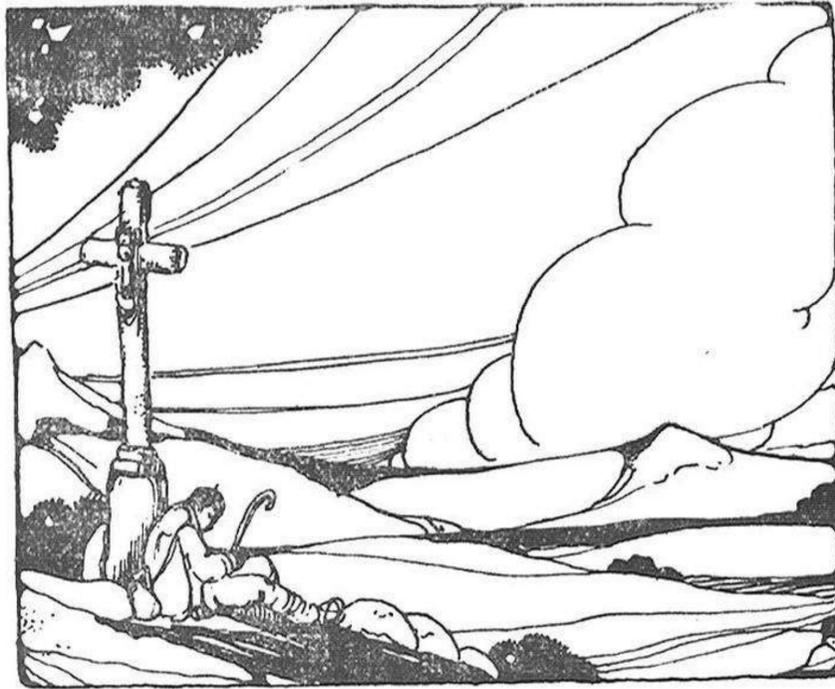
Sus renombradas corridas, sus clásicos partidos de pelota—el viril y elegante deporte vasco—sus hoy apasionados encuentros de football, sus famosos conciertos dignos de esta tierra de músicos, que hacen evocar a Gayarre, Sarasate y tantos otros genios de universal renombre, que en ellos ponían antaño junto a su alma de artistas, su corazón de navarros...

¡Fiestas de San Fermín, fiestas de la vieja capital navarra!! Díjese sois la Feria de Muestras de nuestra raza, de la raza navarra engendradora de héroes y caudillos, de artistas y sabios... Con el mayor entusiasmo, con la mayor admiración y reverencia, un ribereño os dá la bienvenida y se retira para daos paso...

EUGENIO SALAMERO RESA.

(EUSALA)

Corella MCMXXV.



Ecos de la Montaña

(TRIPTICO)

I

¡Montañas de Navarra!
Yo os contemplo con veneración...
Cada picacho vuestro al viento narra
una epopeya o una tradición.

Aquí, cima del monte,
yo me siento fecundo...
Dilátase a mi vista el horizonte
y en la llanura desaparece el mundo.

.....

Cuan suave se desliza
el murmullo del viento,
del viento tenue que las nube riza
bajo la limpidez del firmamento.

Las brisas montañosas
arrastran armonías ignoradas;
son voces pastoriles y amorosas
que recuerdan leyendas olvidadas.

Vosotras me dijisteis
las épicas hazañas de los vascos...
Vosotras, las que visteis
las huestes godas de fulgentes cascos...

.....

Los vientos han traído
de la llanura el toque de oraciones.
Ya enmudece la guzla y en su nido
el ruiseñor ahoga sus canciones...

La tarde va muriendo,
y sobre la agonía de la luz,
se yergue, las montañas protegiendo,
la sombra gigantesca de una Cruz...
¡Oh placidez! ¡Oh calma!
Desde las bravas cumbres,
mirando al mundo se engrandece el alma
libre de dudas y de pesadumbres...

Con devoción hierática
medita la montaña... Yo presencio
cómo a la tierra extática
envuelve la armonía del silencio.

Pamplona, Mayo 1925

II

Yo he tenido un coloquio con el mañana incierto...
He interrogado al bosque... he preguntado al mar...
Mi corazón yacía igual que un libro abierto
en que nadie leyó... Parecía desierto
el mundo, y me anegaban deseos de llorar.



Solo vosotros, ¡robles! calmasteis mi inquietud,
vosotros ¡oh gigantes! cuya existencia encierra
insondable misterio de amor y juventud...
Vosotros ¡resignados colosos de mi tierra!
hermanos del que vive y será mi ataúd.



Cada rama es un sueño, cada tronco una vida,
cada renuevo símbolo de una bella ilusión,
cada hoja arrastrada, esperanza perdida...
En tu corteza el dardo del sino causa herida
pero es invulnerable tu duro corazón.



Bien quisiera imitaros y afrontar a la suerte...
Ver morir un ensueño al par que otro nacer...
Erguirme al desengaño imperturbable y fuerte...
Pero mi pecho es débil y recelo mi muerte
porque mis ilusiones son algo de mi ser.



.....

Yo he tenido un coloquio con mi ignoto destino...
He interrogado al bosque y he temblado al oír...
La vida es breve, y luego ¿qué queda en el camino?
Rosas de amor cristiano entre espino y espino...
Sin embargo, sentía deseos de vivir.



III

«He nacido sonriente
del seno de la montaña
y en mi linfa transparente
el Pirineo se baña.

Entonando mis locuras
admiré en los verdes prados
a las «maitagarri» puras
de los undosos frezados».

Así cantaba, jovial,
entre la espesura grata,
un alegre manantial,
sonoro como el cristal...
brillante como la plata...

Descendía, presuroso,
atraído por el llano,
cuando en remanso fangoso
un pobre sauce, lloroso
detuvo su afán liviano.

—¿A donde vas riachuelo?
—¡Voy hacia el valle profundo!
—¿Naciste cerca del cielo
y bajas, cantando, al mundo?

No hizo caso y prosiguió
hacia el yermo su camino...
Mas pronto se arrepintió...
Quiso volver y lloró,
pero era sordo el destino.

Desde entonces, añorando
su antigua felicidad,
sigue su curso cantando...
ya no salta, recordando
la pérdida libertad.

Sin poderse detener,
su voz nostálgica entona
dulces recuerdos de ayer
en la montaña vascona...
¡Ay! quien lograra volver...

MANUEL IRIBARREN.

Todo en el mundo cambia y se transforma. Lo mismo en el orden físico que en el espiritual, el ser que no progresa muere.

La ley, como norma reguladora de las relaciones jurídicas entre los hombres, debe seguir y aun adelantarse al progreso para que la actividad humana encuentre siempre el cauce necesario para su ordenado desenvolvimiento.

Por eso no puede sostenerse a nuestro juicio en cuanto a los problemas forales de Navarra se refiere, el principio de la inalterabilidad del pacto que sirve de base a nuestro régimen privativo.

No hay que olvidar que las leyes de 25 de Octubre de 1839 y y 16 de Agosto de 1841 que llevaron a cabo, con desdichado acierto, la modificación foral de Navarra, al suprimir el órgano legislativo que desde antiguo regía sin limitaciones la vida del país, produjeron un estancamiento en nuestro derecho foral; y por muy sabias y progresivas que fueran las leyes que aquellas Cortes dictaron, no pueden ser eternas, y al cabo de los siglos forzosamente tienen que resultar anticuadas e incompletas.

Los mismos preceptos del pacto foral del 41, en cuanto regulan las relaciones entre Navarra y el Estado, son ya deficientes puesto que no pueden comprender las numerosas e importantísimas manifestaciones de la vida actual.

Todo lo referente a la legislación social y obrera, instituciones de previsión y ahorro, aguas, minas, sanidad, ferrocarriles, teléfonos, telégrafos y otras muchísimas instituciones de origen posterior a la fecha de aquel convenio, se hallan ya fuera de toda estipulación y sometidas por entero a las prescripciones del derecho común.

Aun en el orden tributario, ¿cómo es posible regular con los es-

casos y deficientísimos preceptos del citado convenio la complicada trama del sistema tributario del Estado? De aquí proceden los graves conflictos que a diario presenciamos para determinar la vigencia de determinados impuestos, conflictos que el Estado, convertido en juez y parte, resuelve, como es natural, en sentido favorable a sus intereses.

Lo mismo podríamos decir respecto de las facultades forales reservadas a la Diputación y Ayuntamientos, quintas, montes y demás extremos que son objeto de regulación especial en dicha ley.

Navarra, pues, a nuestro juicio, no debe eludir, sino anhelar, por el contrario, la revisión de su tratado foral. Lo que importa es mantener con firmeza el principio esencial de autonomía en que se hallan inspirados sus preceptos, y sobre todo garantizar, con la posible eficacia el ejercicio de esa autonomía contra futuras invasiones a la manera que lo hicieron nuestras Cortes creando Instituciones tan admirables como los derechos de sobrecarta, promulgación, peticiones de agravio y pago del donativo.

Y esta labor de revisión no ha de alcanzar solamente al pacto foral sino también a todo nuestro peculiar régimen administrativo en forma que, completando la labor de las antiguas Cortes, y siguiendo el brillante historial de nuestra administración, podamos disponer de un Cuerpo legal tan perfecto y eficaz como pueda serlo el mejor de los promulgados.

LUIS OROZ ZABALETA.

SECRETARIO DE LA EXCMA. DIPUTACION.

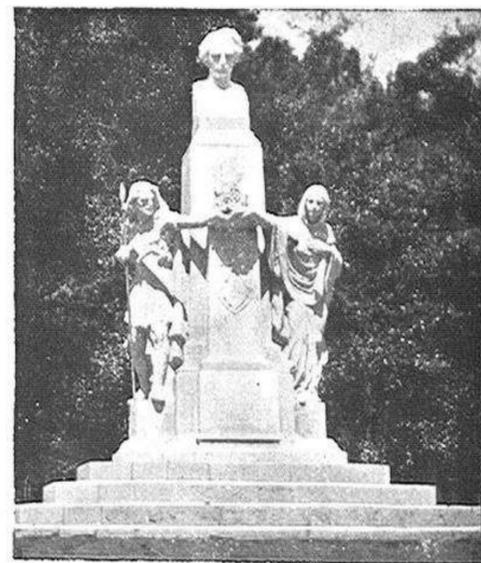


Una vista del Pamplona Viejo. - La calle de los Descalzos
FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA DE M. GOICOECHEA



Monumento a Sarasate

En los jardines de la Caconera se levantan dos monumentos sencillos, pero bellos: el de Francisco Navarro Villoslada, insigne novelista, y el de Pablo Sarasate, eminente músico pamplonés



Monumento a Villoslada

HEMBRAS CÉLEBRES DE NAVARRA

LA MARQUESA DE FALCES

HISTORIA

"Sofrir non quiso mancilla,

Digno de más hábil pintor y no de mi ya vetusta paleta es, lector amable, el cuadro que te ofrezco. El marco maravilloso de la escena que voy a reproducir, está constituido por la espléndida Ribera navarra, paraíso fértil por su suelo, fúlgido por su horizonte, poético por sus vergeles, esmaltado por sus ríos y canales, codiciado por sus productos, seductor por los variados matices de su vegetación, simpático por su liberal hospitalidad y altruismo ilimitado, admirado por el vigor físico de sus naturales, y en todos tiempos celebrado por la reciedumbre de la heroica raza ribereña.

Como eje de esa próspera comarca, cármén fecundo y lozano que a mil encomios sobrepasa, se encuentra Marcilla, tan esclarecida por sus hijos valerosos, como por sus patrióticos fervores.

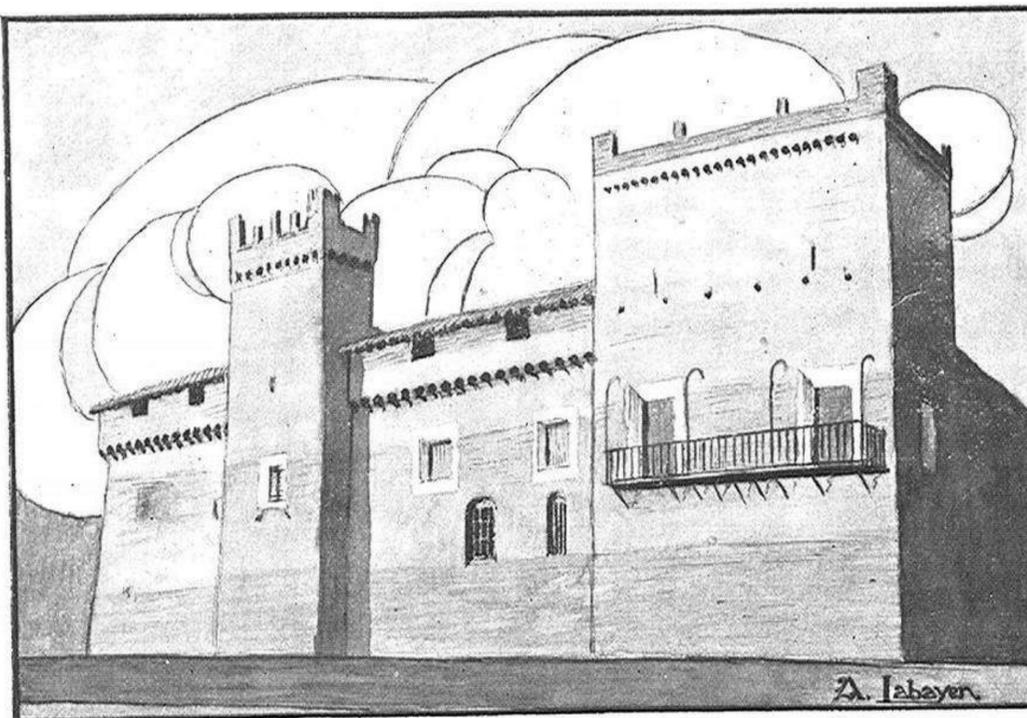
De ellos dió insigne testimonio en el memorable año 1212, cuando echados en olvido generoso hondos agravios del azotado en Alarcos por el látigo musulmán, y a ejemplo del Rey Fuerte, el esforzado monarca postrero de la pura raza euskara, respondió con ejemplo entusiasmo al llamamiento del invicto guerrero vasco y a la voz de los Cruzados de Occidente.

Marcilla entonces acudió con lucida hueste a la obra de redención del linaje hispano, a la épica jornada de Muradal, torneo titánico desarrollado en las Navas de Tolosa, duelo resolutivo entre la Cruz y la Medialuna, donde tras de hercúlea lucha, había para siempre de quedar resuelto el porvenir de los Reinos cristianos de Occidente.

Al resonante triunfo obtenido por la Cristiandad en el día solemne 16 de Julio de 1512, cooperó la villa ribereña, llevando al frente a su Infanzón

y Capitán Fermín de Marcilla; de la bizarría de este guerrero que denodadamente combatió al lado de su monarca temerario y de los Radas y Zúñigas, Monteagudos y Peraltas, Iñiguez y Medranos, Oteizas y Subizas, hallamos prueba concluyente en *Las Trovas* de Mosén Jaime Febrer, dedicadas a los más bravos caballeros del bélico episodio, aunque preteridas por Balaguer en su *Historia de los Trovadores*, si bien divulgadas por el minucioso historiador Mondejar y por mí reproducidas en el librito *El séquito del Rey Fuerte en la batalla de las Navas de Tolosa*.

Tal origen reconocen las emblemáticas cadenas, que, orlando el blasón heráldico de Marcilla, constituyen un signo de su hidalguía, al igual que acontece con otras varias nobles localidades, a las que don Sancho el Fuerte otorgó el mismo honroso símbolo, a luego de la épica jornada.



La ilustre villa testificó de muy antiguo su ilimitada adhesión al pirenaico trono y a imitación de otros muchos pueblos, erigió su castillo, potente fortaleza, transformada por las vicisitudes de los tiempos en palaciega morada, cuya vista presento al lector en estas páginas.

Sin incurrir en grave error cronológico podríamos atribuir su construcción al siglo XIV, ateniéndonos a los vestigios que de su prístina arquitectura militar ostenta, evocante de las feudales mansiones de Pau y Orthez, en el Bearne; de Bidache, Montspan y otras de la Baja Navarra contemporáneas del afamado de Marcilla.

Tal clasificación autorizan en el orden poliorcético sus robustas torres de recios sillares labradas, coronadas de punteagudas

almenas, sus angulosas saeteras y corridas barbacanas, las esbeltas torretas-atalayas, los festoneados matacanes, el circundante foso, el levadizo puente y hasta los escudos de águila imperial que en los frentes de dos torres lucieron con altivez la heráldica enseña. Tal fué este castillo al que conceptúo uno de los titulados *mayores* en el Reino Navarro.

Villa, entre la ancestral nobleza, predilecta, beneficiáronla con pródiga mano los últimos Sanchos y llegó a contar en la XIV.^a centuria hasta el setenta por ciento de sus pobladores en la privilegiada clase de hidalgos. Su castillo estuvo siempre fiado a servidores acreditados entre los más fieles a la Corona, desde el abad del monasterio de La Oliva, primero de aquellos, hasta el celeberrimo Mosén Pierres de Peralta entre los últimos, si bien este fuere de negra recordación.

¡Cuántas históricas tragedias se han desarrollado en esas oscuras residencias! Ateniéndonos tan solo a dramas políticos y familiares, a rivalidades cortesanas, a crímenes perpetrados con el puñal o

la ponzoña ¡qué cúmulo de infamias se ocultan en las mazmorras sombrías, como en las tapizadas estancias de esos recintos donde camparon la soberbia, la envidia, la traición y la intriga! Si llegáramos a conocer los horrendos episodios que los artesonados techos de esas mansiones y sus lóbregos subterráneos presenciaron, ¡cuántos inadecuados apelativos arrancaría la Historia a ciertas figuras que cronistas aduladores y serviles, cómplices muchos merced a valiosas dávidas, nos presentaron nimbadas con la aureola de impositas virtudes!

La torre de Londres donde fueron asesinados dos hijos de Eduardo V; el castillo de Pontifrac donde pereció apuñalado Ricardo II; el de Versailles donde Damiens murió martirizado;

el de Fontaineblau, donde Cristina de Suecia hizo matar a estocadas a su escudero y amante; la torre de Nese, desde la cual se arrojaron al Sena tantas víctimas para desvanecer orgías, bacanales e ilegítimos amores; el castillo de Simancas, donde tal vez un puñal asesino se disfrazó de instrumento suicida en la persona del nobilísimo mariscal D. Pedro; el mismo castillo de Pamplona, donde el veneno arteralmente servido, acabó con la vida preciada del perfecto caballero y leal soldado Velaz de Medrano, como en Orthez terminara con la existencia de la princesa D.^a Blanca... y tantos y tantos otros...

Ninguna tétrica sombra de esa especie se cierne sobre el castillo de Marcilla (a), antes bien le circunda la corona de entereza femenina, como verá quien me leyere.

De la suntuosidad interna de esa fortaleza poco me es dable afirmar y esto no más que por vagas referencias: desde el año 1429 y por delegación del Rey D. Juan II, de triste memoria para Navarra, mandaba en este castillo el ya nombrado Mosén Pierres de Peralta, de quien descenden los marqueses de Falces, los cuales conservaban, hace pocos años, en su armería, varias espadas-estoques, dagas, misericordias, celadas milanesas, armaduras y rodela (tal vez algunas fabricadas en Eugui), más la celebrada Tizona del Cid, llegada aquí por no sé cuales relaciones de descendencia; de deducción en deducción, podría permitirse la fantasía de algún lector, la hipótesis de los tapices historiados y mitológicos, las sedas y bordados, cojines,

(a) En este castillo desarrolló el fecundo y malogrado Hermilio de Olóriz la inspirada leyenda poética del remordimiento de Mosén Pierres de Peralta, a luego del asesinato perpetrado por éste, del Obispo Chávarri en las cercanías de Tafalla.

damascos, arcas y bargueños, que, con las panoplias refulgentes decorasen las estancias del Castillo: el autor no propende a aventurarse tanto.

* * *

Sonó con el verano de 1512 la hora postrera en el reloj del viejo Reino de Navarra. La incauta presa acechada de años atrás; debilitada por maldecidas guerras civiles; engañada por no muy fieles cortesanos; minado el trono por la astucia y la perfidia enmascaradas con el antifaz de la adulación; rastreando la ingratitud accionada por míseras rivalidades; laborando en las sombras los traidores ambiciosos, viéronse los últimos monarcas sorprendidos por el eco estridente de atabales y clarines, nuncios marciales de un enemigo potente que hacía imposible la defensa.

Los fieles a sus reyes tramaron desde el destierro el reparador desquite, pero el intento entusiasta careció de eficacia; y la previsión aguda de Fray Francisco ordenó la demolición de los castillos del Reino, incluso el de Marcilla, mandado por el Marqués de Falces.

Ante sus pétreos muros aparecieron las huestes conquistadoras delatadas por el polvoriento torbellino de sus refulgentes escuadrones; los alienígenas pendones que el viento riza y tremola les denuncian, por momentos, más cercanos; requieren la paz, fraternidad y sosiego de Navarra, pero las llamas y saqueos que a su paso dejaron en Mendavia, en Estella, en Mendigorri y en Lerín, desmienten sus promesas.

Sus caballos cubiertos de ricos arneses; sus jinetes salvaguardados por repujados yelmos, damasquinadas armaduras y deslumbrantes celadas, en cuyos brillantes aceros quebraban los solares rayos, iban seguidos de numerosas falanges de piqueros, cuyos petos y espaldares, capacetes y coseletes, lanzas, lanzones y partesanas, multiplican al infinito los reflejos de las armas.

A corta distancia del castillo hacen alto; circulan las órdenes rápidamente y acto seguido rodéanle con presteza, evolucionando en geométricos y tácticos movimientos y denunciando en su actitud resuelta, la próxima ofensiva. Dos jinetes se destacan hasta el rastrillo de la fortaleza. Hernández de Villaiba, la hiena implacable, manda en persona aquella hueste.

Mientras tanto ¿qué ocurre dentro del murado recinto? Ausente de la fortaleza el Marqués de Falces, conocedora su esposa, D.^a Ana de Velasco, de las órdenes dadas al miserable Villaiba, ha dictado las oportunas precauciones, reunido y armado su guarnición numerosa y asumido el mando, cual lo hubiera ejecutado el más experto caudillo. Aparejados de sus mallas y capacetes, lorigas y coseletes, provistos de mazas y chuzos de brecha, dagas y tarjas según su puesto y categoría, de ballestas con sus gafas y cranequines, arcabuces y culebrinas de mano, según los cometidos asignados a cada cual para el combate, enfiladas las armas y prontas al combate, cubren por completo las torres, almenas, saeteras y matacanes.

Al frente de sus vasallos se encuentra la marquesa, ataviada con rico traje de rojo terciopelo, brocado de oro y pedrería, ostentando sobre el curvo seno el grifo alado de su señorial escudo, pendiente de la cintura el blanco limosnero a la derecha y corta daga de cincelado puño y damasquina hoja al lado izquierdo.

Los jinetes de airoso porte, destacados del contingente sitiador, llegan al foso demandando audiencia; desciende lento y rechinante el levadizo puente; de par en par ábrense las hojas del amplio portalón; y seguida de sus capitanes espada al brazo y otras tantas alabardas en ristre sostenidas por los más hercúleos soldados, aparece en primer término, serena y firme la arrogante figura de Ana de Velasco, rubia y majestuosa, reflejando en su hermosura el férreo temple de su alma y la entereza inmovible de la raza navarra, a la par que el sello de superioridad sobre el indigno jefe enemigo.

Altiva, con la mirada impávida de quienes llevan en el corazón arraigado el convencimiento de su dignidad, sin consentir a los enviados proferir palabra, díjoles de esta manera: «*Venís a intimarme la rendición de esta fortaleza, para sumarla a la obra de devastación y ruina, incendio y pillaje, torpemente decretada. Confiais os entregaremos estas torres y estas armas olvidando nuestra dignidad y vuestra vileza: Sabed que no hemos de rendir a vuestros pies el honor de mi casa y comunicad, gavilla de incendiarios, mi solemne determinación a vuestro sanguinario Jefe.*»

Alzose el levadizo; crujieron sus goznes; rechinaron los quicios; cerrose el portalón; y entre densa nube de polvo galoparon los dos jinetes para transmitir a Villalba la rotunda negativa.

Horrenda blasfemia de aquel aborto del infierno, siguió inmediata y requiriendo a los suyos, en desenfrenada carrera lanzose hacia el castillo, ante el cual con soeces imprecaciones requirió la rendición sin plazo, respetando, por esta sola vez, las vidas.

Súbita emergió en el adarve la soberanamente hermosa dama; y con el acento de heroína, imponiéndose a sitiadores y sitiados con sus peculiares arrogancia y dignidad, pronunció tan solo estas palabras: «*Lo dicho a vuestros enviados, repetido sea. Si al rey nuestro señor place mi castillo, venga por él; que yo no he de rendirle al más villano de los soldados, cuyas manos envilecidas por el crimen, jamás empuñarán las llaves de este recinto.*»

Y volviéndose a los suyos finalizó con esta orden: «*¡Mis vasallos, a las armas!*»

Una hora más tarde se alejan de Marcilla galopando hacia las Bardenas los escuadrones del inmundo Villalba; y es fama que no volvió ya a intimar la rendición de otros castillos, si bien no es menos cierto que muy poco después murió entre horripilantes torturas e infernales blasfemias, como un sapo venenoso, en castigo que la Justicia divina le impusiera por su ferocidad y por su brutal amenaza al Arcángel de las milicias celestiales, venerado por Navarra entera, en la cumbre del Aralar, baluarte de la fé de esta tierra cristiana.

JULIO ALTADILL.

A N A V A R R A

*Dulce tierra bendita, patria de mis mayores;
Rico florón de España, musa de mis amores;
A tí elevo mi lira con todo el corazón.
Por tí pulso sus cuerdas con dolor y alegría
por tí, por tí tan sólo gozosa en este día
quiere volar cantando mi pobre inspiración.*

*¡Navarra! Tierra amada, la de los pechos nobles;
La de enhiestas montañas con sus robustos robles;
La de rico palacio, la de pobre cabaña.
La madre de mil músicos, poetas y pintores,
donde nacieron Santos, nobles predicadores
que la fé divulgaron por las tierras de España.*

*¡Navarra! La invencible muralla del francés;
La que mató a Roldán, la que humilló a sus piés
al viejo Carlo-Magno con sus pares de Francia.
La que supo ser libre y vió días dichosos,
y conquistó laureles con sus hechos gloriosos
y al luchar con bravura venció sin arrogancia.*

*¡Navarra! Con respeto se pronuncia tu nombre
en los hechos gloriosos: de tu tierra ni un hombre
un instante te olvida aun en su hora postrera.
Por tí, madre, tus hijos su sangre derramaron;
Por tí, madre, tus hijas tierno llanto exhalan
al ver caer sus padres al pié de tu bandera.*

*Tus nobles defendieron con gesto bravo y rudo
tu solar venerado; y en tu rojizo escudo
pusieron con orgullo tus férreas cadenas.
Pues no sufren el yugo de gentes invasoras
tus hijos que supieron verter a todas horas
su sangre vigorosa con vigor de Bardenas.*

*¡Navarra! Patria mía que me viste nacer;
Tu maternal abrazo obtendré al fallecer?
En tí pasé mi infancia y ví la primera luz.
Cuando mis pobres restos estén bajo la fosa
colócame sobre ella como guirnalda airosa
la bandera Navarra tremolando en mi Cruz.*

VICENTE DE MIGUEL

TRES VIRREYES PAMPLONESES

EN AMERICA

Extenso campo y abundante tarea se ofrecen al que quiera y pueda gravar las siluetas de los navarros que, ora como conquistadores o gobernantes, ora como prelados o misioneros, influyeron en la historia de América, contribuyendo en alta proporción a la obra civilizadora de España en el Nuevo Mundo, que es el mayor título de gloria de nuestra patria en la Historia Universal. Habría que recordar, entre otros cien, a los varios Ursúas (uno de ellos fundador de Pamplona de Colombia y otro primer Conde de Lizarraga-Bengoa), al Venerable Arzobispo Palafox, a D. Miguel José de Azanza (uno de los más íntegros y beneméritos virreyes de Nueva España), a D. Sebastián de Eslava, que comparte con D. Blas de Lezo la gloria de haber defendido heroicamente a Cartagena de Indias contra los ingleses, al primer Conde de Guaquí, D. José Goyeneche, a los Díaz de Aux Armendáriz, al virrey del Perú D. Manuel Guirior, (creado Marqués de Guirior por Carlos III en 1876, a Javier de Mina, el emperador Itúrbide, el Arzobispo Martínez de Compañón, los obispos Goyeneche, Elizacochea y Zubieta, al V. P. Esteban de Adoáin, al virrey del Perú Jáuregui, el intendente honorario D. Pedro Simón de Mendinueta, el misionero P. Francisco Lapihte... sin olvidar tampoco al genialísimo D. Tiburcio de Redín, si admirable como Barón de Bigüezal, más admirable aún como Fray Francisco de Pamplona. Por hoy, empero, debo limitarme a consignar en estas cuartillas unos pocos rasgos de tres pamploneses que en nuestras colonias americanas ejercieron el altísimo cargo virrey.

Amable lector; si además de amable eres también curioso y has subido por las escaleras de nuestra Casa Consistorial, habrás reparado en una lámina de bronce que la Ciudad de Pamplona fijó en la pared, en 1731, en atención a los excelsos méritos de su hijo el Excmo. Sr. D. José de Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte, Caballero del hábito de Santiago, Capitán General de Guipúzcoa, Capitán General de los Reales Ejércitos de S. M., Virrey y Capitán General de Tierra Firme y del Perú. Efectivamente, fué este señor un personaje de cuenta, hombre de gran carácter y previsor gobernante, además de pamplonés muy amante de su pueblo y generoso donante de espléndidos regalos.

Extractaremos lo que acerca de este ilustre militar y republico dice el historiador catalán Coroleu.

A mediados de mayo de 1724 entró en Lima el nuevo virrey D. José Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte.

Era un general proverbialmente ordenencista, cuya inexorable severidad no aplacaron jamás los ruegos ni intimidaron las amenazas,

Habiendo tenido el Santo Oficio la desdichada idea de hacerle comparecer a su presencia, creyéndose capaz de medir con él sus fuerzas, trasladóse a la Inquisición acompañado de un regimiento de infantería y dos cañones. Entró en el local donde celebraban sus sesiones los inquisidores, y poniendo el reloj sobre la mesa les participó que si pasados quince minutos no habían desalojado el edificio lo haría derribar a cañonazos, no dejando en él piedra sobre piedra. Los inquisidores huyeron a escape sabiendo que era muy hombre para hacerlo.

Como suele suceder con estos gobernantes proverbialmente severos, fué el marqués muy querido de los humildes por la humanidad con que escuchaba y atendía sus quejas.

Habla este virrey en su memoria de la Universidad de Lima, fundada en 1551 por el emperador D. Carlos y ennoblecida por Felipe II en 1572, hasta el punto de merecer el dictado de *la Salamanca de América*. Decía de ella que en menos de dos siglos había dado más grandes varones que otras de Europa en muchos tiempos».

Respecto a la decadencia de la población, tenía el de Castel-Fuerte sus opiniones particulares. Desde luego hace notar, aduciendo numerosos ejemplos, que toda raza conquistada ha decaído y acabado por extinguirse, por que «el traspaso que hacen los conquistadores del mando, de la estimación, de la riqueza, de la abundancia y lozanía de la nación conquistadora, naturalmente es un obstáculo para la prolongación y la crianza de los hijos que no pueden mantener».

A este propósito hace constar que las leyes españolas han hecho lo humanamente posible para evitar estos males, de modo que en esta parte casi ha llegado la equidad a escrupulo y el desagravio de los indios a perjuicio del propio patrimonio.

El marqués del Castel-Fuerte atendió también con especial solicitud a la defensa del país mejorando y completando las fortificaciones de Lima y del Callao.

Refiere Ricardo Palma (y oportunamente lo ha recordado el infatigable escritor D. J. P. Esteban) que en el Perú llamaban a D. José Armendáriz *Pepe Bandos*, por su enérgico carácter. Un día recibió esta redondilla anónima, que aludía a la rebelión de Cochabamba, capitaneada por un tal Calatayud;

Pepe Bandos, ahí te mando
nuevas de Calatayud,
por si tienes la virtud
de librarte con un bando.

El virrey navarro exclamó: «¿Esas tenemos, Cochabambines? ¡A mí con coplillas de ciego! Vamos a ver si en vez de Pepe Bandos me llamáis Pepe Cuerdas!».

Don José Ezpeleta y Galdeano, primer Conde de Ezpeleta, Teniente General, perteneciente a la ilustre familia de Ezpeleta de Beire, fué nombrado en 1789 Virrey de Nueva Granada, cargo que desempeñó durante ocho años y en el que se granjeó la popularidad y el cariño de los Colombianos, que aún conservan de él el grato recuerdo. Hizo mucho en favor de la Religión, de la cultura y de la prosperidad del país, de acuerdo y en connivencia con el insigne Arzobispo de Santa Fé D. Baltasar Jaime Martínez de Compañón, natural de Cabredo. Creado Conde de Ezpeleta de Beire en 1797, fué después Capitán General, teniendo la desgracia de hallarse al frente del ejército de Cataluña en el momento de la invasión francesa, en aquellas circunstancias especialmente comprometidas para el militar esclavo de la disciplina y del honor, por lo que se puso en duda por algunos su patriotismo vindicado claramente después.

El señor Coroleu menciona a Ezpeleta y Las Casas como los dos gobernadores de Cuba que, en el período de 1783 a 1819, se distinguieron por procurar la buena administración y promover el bienestar y mejoras del país.

A propósito de su gestión en Nueva Granada, merece consignarse el siguiente testimonio de un historiador colombiano, aducido por el erudito D. J. Argamasilla de la Cerda y Bayona.

«Ezpeleta, hombre de gobierno, avezado ya en el de la isla de Cuba, hizo florecer las misiones, que, en su tiempo, llegaron a contar hasta 20.000 indios reducidos; fomentó el Hospicio de Bogotá, lo organizó y desenredó sus cuentas; hizo enlazar las principales calles de la Capital; abrió el paso llamado de la Alameda, y creó un cuerpo de Policía Urbana, fundó la oficina de anotación y registro de hipotecas; auxilió a Tomás Ramírez en la construcción del único teatro que tiene Bogotá; pidió a Europa médicos para el servicio del Hospital, e instó para que se fundaran cátedras de Medicina; estableció escuelas parroquiales en la capital con las rentas que, de las suyas les había señalado a éstas el Arzobispo Martínez Compañón; fomentó el Colegio de niñas de la enseñanza; hizo que el ingeniero Esquiagui construyese el Puente del común, llamado así por que fué costado con cien mil reales de las rentas del Cabildo de Santa Fé, a fuerza de economías y de orden amortizó la Deuda Pública, que era de 2.140.000 reales, y aumentó las rentas en 358.000; mantuvo un Ejército de 7.500 hombres, y terminó la costosa obra de la bahía de Roca Grande, la muralla Norte de Cartagena, y los baluartes, etc. etc.».

Otro de los pamploneses que se distinguieron en América como virreyes fué el ilustre D. Francisco Javier Elío, desgraciada víctima de los odios de sus adversarios políticos, que le dieron muerte, después de una apariencia de proceso en Valencia el 4 de septiembre de 1822, dándole con ello ocasión para mostrar en sus últimas horas una resignación heroica y ejemplar. Había nacido el 4 de marzo de 1767.

Don Javier de Elío fué un militar ilustre y desventurado, que recientemente ha tenido un biógrafo y vindicador digno de él en

el R. P. Alberto Risco. Desde su más tierna juventud, ya desde 1783, fué jefe valerosísimo, que defendió a la patria en Orán, en Ceuta, en el Rosellón, en Navarra, recibiendo en estas campañas dos honrosas heridas. En 1805 fué nombrado Comandante de la campaña de Montevideo. Esta capital estaba, cuando él llegó allí, en poder de los rebeldes; pero Elío, solo y disfrazado, poniéndose a merced de un guía indio, con atrevimiento que recuerda el de Alfredo el Grande, se puso al frente de las fuerzas que debía mandar y comenzó una brillante campaña. Derrotados los ingleses en 1807, en Buenos Aires, el General navarro se apodera de Montevideo y comienza su gobierno; pero en 1809, desde que llegaron allí las noticias y comenzaron a sufrirse las consecuencias de los gravísimos sucesos ocurridos en España en marzo, mayo y julio de dicho año, comenzó a indisponerse con el virrey don Santiago de Liniers (que por entonces era su superior), por juzgar Elío, en su delicado españolismo, sospechosa de afrancesamiento la conducta del virrey. Esto le originó grandes disgustos. Llegó un día en que recibió una orden terminante y urgente para regresar a la Península. Obedeció inmediatamente y se presentó a la Junta Suprema, cuyos individuos se asombraron al verle, porque ni lo esperaban ni le habían llamado. La supuesta orden era un ardid de los enemigos de Elío. Este, después de luchar aquí contra los invasores franceses, nombrado por la mencionada Junta virrey del Río de la Plata, llegó en enero de 1811 a su destino.

Momentos eran aquellos en que los territorios suramericanos eran teatro de la anarquía y no era fácil entender ni lo que hacer convenía para los intereses de España, ni quiénes eran allí los buenos españoles. En Buenos Aires se había constituido una Junta separatista. Con ella entabló negociaciones Elío y ensayó medios de conciliación para reducir a los sublevados argentinos; pero los rebeldes bonaerenses se negaron a reconocerle como virrey, rechazando todas sus proposiciones, e hicieron necesaria la ruptura de hostilidades. A consecuencia de la derrota sufrida en Las Piedras el 18 de mayo, las tropas españolas tuvieron que

desalojar al colonia, dejando al virrey señor Elío reducido a la plaza de Montevideo. Continuando en aumento las difíciles circunstancias, firmó Elío el 21 de octubre un convenio con la llamada Junta Conservadora, estipulando que la Banda Oriental quedaría enteramente desocupada por las fuerzas argentinas y sujeta a la sola autoridad del virrey, y éste por su parte levantaría el bloqueo de Buenos Aires, dejando libre la navegación de los ríos que desaguan en el de la Plata. Por ello le censuró duramente el partido genuinamente español de Montevideo, según recuerda el notable historiador D. José Coroleu.

Libre de la pesada carga del virreinato, pero atento siempre de los dictados de su patriotismo, recibió y cumplió el encargo de reorganizar el segundo y el tercer ejército, y con las fuerzas de su mando cubrió Cataluña y parte del reino de Valencia en los dos últimos años de la guerra de la Independencia o sea de 1812 a 1814.

Cualquiera que sea el juicio que debamos formar del acierto de su actuación en América, (pues de su patriotismo y buena fé no cabe duda), debemos recordar que pocos años más tarde, como Capitán General de Valencia, promovió celosamente el bienestar de la hermosísima ciudad, la embelleció, combatió eficazmente al bandolerismo y dió pruebas de su amor a la ciencia propagando la vacuna.

El ilustre literato valenciano D. Teodoro Llorente, que llama a Elío, *aquel militar de carácter de hierro y corazón de oro* y también *una de las víctimas más ilustres de las luchas políticas de nuestro siglo*, dice que restableció en todas partes el orden y la autoridad y que la capital le debe el Jardín del Real y el hermoso paseo de la Glorieta.

De otros hechos que le dieron alto relieve político y nombradía, en el reinado de Fernando VII, no hay por qué tratar aquí.

ROGELIO J. MONGELOS

Mi Bandera

*Te adoro patria mía Navarra venturosa
Encanto de una raza feliz y vigorosa
Compendio de una historia sublime y sin igual.
Al eco de mi lira sonora y argentina
Entre los suaves brazos del aura matutina
Te envío con cariño de lejos mi cantar.*

*Hoy canto emocionado a tu inmortal bandera
Que ondeando en el espacio gloriosa y altanera,
Mil veces con orgullo, bajo tu cielo ví...
Al cuadro bendecido de férreas cadenas
Ganado por mis padres con sangre de sus venas,
Que veo entre sus pliegues radiante presidir.*

*Bandera bendecida... escucho la armonía
El místico concierto, la dulce sinfonía
Que cantas cuando ufana tus pliegues das al viento.
En tu lenguaje mudo percibo la cadencia
De gritos de combate, de arrullos de inocencia,
De glorias... de trabajos... de juvenil aliento.*

*Es música que canta, la fé y la bizzarria
De aquella raza fuerte, magnánima y bravía,
Corderos en sus casas, leones al luchar,
De aquellos que blandiendo su ezpata en Roncesvalles
Cubrieron de franceses sus montes y sus valles
Do osaron atrevidos y ufanos penetrar.*

*Es eco de gloriosas y antiguas tradiciones
E historia de los viejos y sencillos vascones
Que por su tierra dieron la vida y el hogar.
El canto de Teodosio desnudo y penitente
Que brota como un eco tembloroso y doliente
Del fondo de la cueva del pico de Aralar.*

*Es mística plegaria de religiosa gente...
El himno sacrosanto soñoliento y valiente,
Que encarna las creencias de una raza de fé.
El himno que aun retumba en los arcos ojivales
En los robustos muros y claustros medioevales
De Leyre y de La Oliva, de Irache, Iranzu, Ujué.*

*Es canto a su patrona la reina soberana
La madre de Vasconia su guía y capitana
La Virgen, que a Navarra escogió para reinar.
El grito que Ibañeta al Puy de Estella lanza
Y por el campo fértil de la Ribera avanza
Después de detenerse en Ujué para rezar.*

*Es canto a estas montañas altivas azuladas
Que muestran con orgullo sus testas coronadas
De nieve que no puede romper la tempestad.
El eco de rumores, silbidos y plegarias
Que lanzan por la noche las hayas centenarias
Turbando de la selva la dulce soledad.*

*Es canto a la Ribera, risueña, encantadora,
Mas bella que la púrpura y el nácar de la aurora
Retazo desprendido del manto del Señor.
Vergel donde entre rosas, violetas y azucenas
Las hijas de Navarra valientes y serenas
Asientan sus hogares pleróticos de amor.*

*Es eco de tristezas, de glorias y canciones,
De luchas, de alborozos, de ensueños y oraciones,
De notas y armonías de la gentil guitarra...
El canto que Altobiskar desde su cumbre lanza
Y por el campo fértil de la Ribera avanza...
El grito enardecido de «Todo por Navarra».*

ZACARIAS ZUZA BRUN

FILÓSOFOS NAVARROS

Siendo la Filosofía la ciencia de las cosas por sus últimas causas y gozando el hombre de la innata tendencia a la curiosidad, esto es el afán de investigar y profundizar en los más íntimos recovecos de cuanto le rodea, no parece muy fundada la clasificación que de la filosofía se hace al dividirla en tantas clases como pueblos existen. Pues qué ¿no es específicamente la misma la naturaleza humana? ¿o es que la circunstancia, nó el principio, inmutable, uno y único, es lo que dá el ser a una ciencia? Por eso, hablar de filosofía francesa, o alemana, o española, paréceme tan fuera de razón como hablar de filosofía navarra, la razón es la misma; mas como la Historia de la Filosofía recoge los nombres de aquellos que o por su originalidad, relativa desde luego, o por sus personales comentarios son dignos de figurar en el cuadro de honor de esta ciencia, quiero recoger unos pocos de los que han honrado nuestro país, digno, en verdad, de ser mejor conocido.

El simpático cuanto desgraciado D. Carlos, Príncipe de Viana, no gastó sus ocios solamente en el solaz que puede proporcionar la poesía, ni en la íntima satisfacción que del cultivo de la historia mana, sino que tradujo las ÉTICAS de Aristóteles, «que Leonardo de Areto de griego en latín trasladó, por los aver el Frayle, que la primera traducción fiziera, mai e perversamente convertido», y en la «Epístola a todos los valientes letrados, etc.» expone un amplio programa de Filosofía moral, digno de ser tenido en cuenta por los gobernantes.

Pocos años después de la erección de la Universidad en Alcalá de Henares, escucharon sus celebres aulas la voz de un navarro, Sancho Carranza de Miranda, tío del Arzobispo de Toledo, Fray Bartolomé; fué, además de Catedrático en dicha Universidad, Magistral de la Iglesia de Sevilla y autor de una obra titulada «Libellus de Alterationis modo, ac quidditate in paradoxum Augustini Niphi Suessani», publicado en Roma, 1514, y dedicado al Cardenal de Santa Cruz don Bernardino de Carvajal.

Aunque heterodoxo, no por ello debe ser omitido el nombre del tudelano Miguel Servet (1511-1553), víctima de la intransigencia protestante, entregado vivo a las llamas en la plaza de Ginebra precisamente por practicar el principio del LIBRE EXAMEN; «único hombre de ciencia español—escribe Cejador—muerto en la hoguera y no por la inquisición española, perseguidora de la ciencia, como dicen los que dirán lo que quieran, pero en ello no dicen verdad.» Más que como filósofo, es conocido por descubridor de la pequeña circulación de la sangre; sin embargo en las páginas de sus obras hállanse diseminados no pocos conceptos de marcado sabor místico-panteísta, resabio de la llamada escuela de Alejandría. Entonces y después, mal que pese a ciertos pedagogos de ogaño, la cultura estaba en muchos codos más alta que ahora, y no chocaba verter, como al desgairre, ideas que hoy no están al alcance de algunos SUPERHOMBRES, aún en obras cuyo carácter apenas se roza con la filosofía: sirva esta advertencia para más adelante.

El Dr. Huarte de San Juan, natural de San Juan de Pie del Puerto (sexta merindad de Navarra), asiduo y aprovechado lector de la filosofía y medicina griegas, supo compendiar en su obra «Exámen de ingenios para las ciencias» las más atinadas observaciones filosófi-

cas y científicas de Platón y Aristóteles, de Hipócrates y Galeno, y adornarlas con las suyas personales, que no son pocas ni poco acertadas.

Prueba de ello son la alta estima que alcanzó entre sus contemporáneos, en aquel siglo de Fox Morcillo y Vives, Gómez Pereira y Sabuco de Nantes, Laguna y Vallés, Cardillo de Villalpando y Suárez, y las numerosas ediciones y traducciones del «Exámen», que hicieron a la pluma de Menéndez y Pelayo estampar la frase: «Suerte igual no ha alcanzado ningún otro libro de Filosofía española». En el se asientan los principios frenológicos que más tarde habían de desarrollar, aunque apartándose del espíritu católico del Dr. Huarte, Gall, Lavater, Spurzheim, Broussais y otros, y es según Borinski, el precursor de una nueva ciencia experimental, de una nueva psicología empírico-estadística, y primer ensayo de una topografía científica del cerebro y de la teoría de selección.

Estas doctrinas, que en nuestros días han degenerado en el más repugnante materialismo, revisten carácter espiritualista en la obra de Huarte, quien jamás prescinde de la causa primera ni de su influjo, ni de la inmortalidad del alma.

No poca es la filosofía que en las obras teológicas y místicas se encierra; excederíamos los límites de un artículo con solo pasar muy por encima de las de Martínez de Ripalda, Pérez, Esparza, Elizalde, Erice, Estella, Malón de Echaide, etc., etc. ¿No están ambas ciencias íntimamente enlazadas? ¿No es la Filosofía la sierva de la Teología?

El ilustre hijo de Muruzábal, D. Juan Juaniz de Echaz, obispo de Mondoñedo, Calahorra y La Calzada, profesor de Filosofía y de Teología en Salamanca, publicó y dedicó al Apóstol de las Indias, su «Philosophia», que abarca la Dialéctica, Física, Psicología y Metafísica (Lyon, 1654), en las cuales resplandecen profundo conocimiento de las materias y agudeza de ingenio en la exposición y explicación de las mismas; juicio prudente en la elección de las opiniones y claro método.

El trinitario Fr. Manuel de la Concepción vió la luz en Azagra; y después de haber profesado en el Convento de Pamplona desempeñó el cargo de Catedrático en la insigne ciudad del Tormes. Dando de mano a las obras dogmáticas y morales y al Compendio que hizo de

las de su tío Fr. Leandro del Santísimo Sacramento, verdadera lumbrera en el campo de la Moral, me he de fijar solamente en su «Cursus Philosophicus», publicado en Salamanca de 1681 a 1683, en el que resplandece singular sutileza unida a una gran claridad causa de que su «Cursus» alcanzara gran boga y aceptación en las Cátedras; y por último, fresca está aún la memoria del P. José Mendive, cuya cuna se mecía en Liédena (1836-1906); hizo sus primeros estudios en el Seminario de Pamplona, e ingresó en la Compañía de Jesús a los 20 años. Profesor de Teología en Salamanca y en Oña, publicó, entre otras obras que le conquistaron el nombre de teólogo y apologista, sus «Institutiones Philosophiæ Scholasticæ ad mentem Divi Thomæ ac Suarezii», que después tradujo al castellano. En ellas campean el método y la claridad escolásticos; el criterio del autor no se deja fascinar como quiera.

JOSÉ ZALBA.



Imagen de «La Soledad» prodigiosa escultura perteneciente al Excmo. Ayuntamiento de Pamplona, que se venera en la Iglesia de San Lorenzo.

DIVAGACIONES

No solo el vulgo, desdeñoso para toda científica disciplina, sino muchos que por ilustrados se reputan y se cuentan ciudadanos de la república de las letras, tienen del estudio de las cosas que a la Historia atañen conceptos equivocados y asaz pequeños. Las consideran insoportable tabarra o, a lo sumo, curioso pero inútil entretenimiento. Proceden tan estultamente como procediera yo si negara una altísima utilidad a la Filosofía porque desconozco su maravillosa elaboración en los selectos espíritus que al correr de los tiempos en todas las civilizaciones la han cultivado o como si yo desdeñara la Matemática porque me marean sus fórmulas. Contra esos desdeños de que somos víctima los historiadores está, para consolarnos, —¡regalado y confortador consuelo!— la literatura seria, de fondo, en Europa. Últimamente la historia ha tenido la virtud de ocupar las más serias y poderosas plumas de la literatura europea. Chesterton, el gran escritor inglés, compone una originalísima «Pequeña historia de Inglaterra» desde el punto de vista del público, con lo cual, además de otras cosas, prueba que al público le interesa o debe interesarle la historia; Wells ocupa su ingenio sagacísimo en trazar el «Esquema de la historia universal»; Jørgensen, el genial literato danés convertido al Catolicismo, dedícase a monografías de santos en las que como en «San Francisco de Asís» y «Santa Catalina de Siena» ahonda el estudio de épocas tan interesantes para la historia eclesiástica como el siglo XIII y el gran cisma de Occidente, y el mejor libro de estos años, según Ramiro de Maeztu, y, desde luego, el más sugeridor, del que se habla ya más que de la Relatividad de Einstein es un libro de historia: «La decadencia de Occidente», de Oswald Spengler.

Se me dirá que aquí también, en Navarra, hemos gastado, en ocasión reciente, lo mejor de nuestras energías en polémicas históricas. Es verdad que hemos reciamente contendido en torno de algún problema de nuestra historia y que el público presenció con interés la pelea. Pero no despertaban aquél interés ardimientos por la ciencia sino la política, el espíritu de partido. Y de esto, de sórdido espíritu de partido tenemos y hemos tenido, de luengos siglos acá, por desgracia, más que de limpio espíritu de cultura. La cuestión ha sido siempre pelear unos con otros; mordernos, olvidando que mordiéndonos no nos matamos nosotros sino que matamos a Navarra. Sí, la cuestión era pelear fraternalmente: La conquista de Navarra, las bulas de Julio II, Amayur... eran, sobre todo para muchos de los apasionados expectadores del torneo, la ocasión, la circunstancia del momento, lo accidental, como en otros tiempos lo han sido—no para todos, claro está, que la generalización absoluta es, siempre, falsa—el Syllabus o el Mal Menor. Ni tampoco prueban mayor afición a la historia, el interés, cada día más excitado entre nosotros, por las averiguaciones genealógico-nobiliarias, que no censuro ni desprecio, que me parecen muy bien, pero que son signo de amor al propio linaje familiar más que de amor a la tierra y a la raza. Afirmo, en conclusión, apesar de esas aparentes manifestaciones de interés por la historia, un general desdén, en nuestra tierra, acerca de ella. Y aún añado otra cosa más lamentable aún que ese general desdén. Y es: La entrada de la política en la reducida cofradía de los historiadores navarros. Esto es peor, todavía, que aquéllo. «Los políticos—como dijo de perlas Don Vicente de La Fuente—al meterse por el campo de la Historia quieren hacer

servir a esta para fines de partido, aún a costa de la verdad y la imparcialidad, *torciéndola* sinó viene a su derecho».

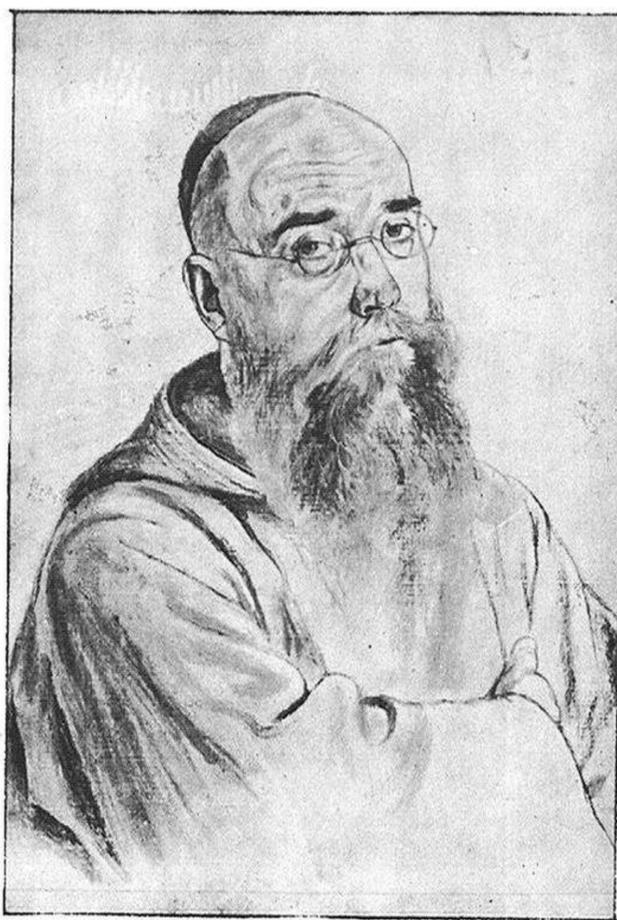
Es preciso, pues, sustituir el general desdén por una general atención. Ello interesa grandemente al país. La vida actual y la vida futura no existirían sin la vida anterior. Ya no hay quien cree pueblos. Todo es sucesión y derivación y continuación. Y es, por tanto, necesario conocer nuestra vida pasada. Conocerla y cultivarla, porque es la raíz de ahora y del futuro. Y hay que evitar las torceduras, las deformaciones de la historia, echando de los laboratorios en que se cultiva, a los políticos. Hay que buscar la verdad, poniendo en el empeño una intención recta, en primer término. Y guiando esa intención recta que es esencial, primordial, pero no suficiente, por los buenos métodos científicos. Porque otro de los males de que han adolecido aquí los estudios históricos ha sido la ausencia de la metodología. Lo mismo que los lingüísticos han estado,—salvo excepciones y es la primera, en una y otra de las disciplinas, la histórica y la filológica, el maestro Campión—en manos de *amateurs*. Estos *amateurs* son peligrosos. Podríamos referir casos estupendos de disparates y errores cratísimos en que han incurrido.

Es enorme la labor que hay por delante para levantar una buena construcción histórica de nuestro viejo Reino: La heurística está, en muchas épocas y en muchos aspectos, sin iniciar. En cuanto a síntesis y conclusiones, son muchas las que exigen revisión y reforma y aun demolición violenta. De encuadramiento de nuestras cosas en el correspondiente marco de época y sucesos generales, apenas se ha hecho nada. Por el contrario, han sido, en general, nuestros eruditos solitarios y xenófobos...

**

Consignadas quedan esas divagaciones, desordenadas pero sinceras, cerca del estado actual de Navarra en relación con el estudio de su historia. La mano en el pecho suscribirán, sin duda, todo eso los pocos y mal unidos historiadores navarros. No tendría finalidad digna la publicación de esas divagaciones si, después de señalar defectos y necesidades, no se propusieran sus remedios. Son varios. Pero uno solo el primordial: el que me toca señalar. No es de índole económica ni de carácter científico. Es de índole espiritual. Digamos todos—yo el primero—*Yo pecador*. Confesemos ante Navarra nuestra culpa de haberla servido y amado, a veces, menos

que a nuestra pasión. Abandonemos, en este punto a nuestros correligionarios o afines políticos. Que sean ellos solos quienes envenenen al pueblo con la cicuta de la discordia. Nosotros, bajo el lema de los eruditos de «*Monumenta Germaniæ* histórica» que reza *Sanctus amor Patriæ dat animun* trabajemos por Navarra en la fraternidad de Dios, de la Patria y de la Ciencia.



R. P. ALFONSO DE MORENTIN

Dibujo del laureado artista tudelano Miguel Pérez Torres

Jesús Estay

¡RIAU-RIAU!

Estamos en un salón de casa de Huarte. Por los balcones abiertos entre el bullicio de la cocina que espera la terminación de la Salve para regresar en cortejo cívico cantando el «Riau-Riau».

En el antiguo sofá, están sentados Mistress Walton y Pilar. La inglesa es pequeña y morena; Pilar parece una *girl* encantadora, con su deliciosa figura de portada del «Pictorial Review». Entran y salen otras muchachas y señores que se acodan un momento a la barandilla, ríen de las ocurrencias de los alegres mocetes de las calle y bajan luego al patio, donde los gaiteros beben antes de lanzar su vibrante invitación a la jota que bailarán infatigables, frenéticos, los conductores de los Gigantones. Un momento, hemos quedado casi solos en aquél salón isabelino, cuyos retratos descoloridos ha mirado curiosamente la inglesa haciendo mil preguntas a José María. De pronto, Pilar se levanta del sofá con un enfado cómico.

—¡Por Dios, José María! ¡Ese turco! No me quita los ojos de encima; me dá miedo!

Y señala la fiera cabeza del musulmán gigantesco, plantado de pie en la estrecha calle, frente al balcón; parece que su mirada codiciosa entra en la sala y quiere hacer su cautiva a la niña de rosa y oro.

—Porqué, miedo, Pilar? Al contrario! Ofrécele esa flor que llevas en el pecho y verás como alarga sus brazos, te toma en ellos y te arrebatá, y te lleva lejos, a ser la sultana, la reina del harén, arrancándote de esta vida tediosa y pobre de capital provinciana.

La española ríe; la inglesa suspira y se imagina ver al gigante abriéndose paso entre la multitud apiñada, con su torva cimitarra de cartón, para llevarla en un galope quimérico hasta un palacio con columnas de mármol y refulgentes techos alicatados.

Pero el Gigantón no piensa en tal cosa; no piensa en nada, está vacío, con los brazos caídos, apoyado en la barroca portada del antiguo Palacio del Virrey, en cuyos balcones asoman, curiosas y un tanto ganado el espíritu por el alborozo de la gente joven, las monjas que en él habitan. Además, el Rey moro tiene junto así a la Reina, que parece aburrida.

Alineados en la misma acera; están los Monarcas navarros (que Dios guarde) y los Reyezuelos Cafres, y los Mandarines.

—¿Hay alguna tradición sobre estos gigantes? ¿Alguno de ellos representa a su heroico paladín, el esforzado Roldán, el de Roncesvalles? —inquiere la inglesa.

—En este pueblo tan tradicional, la tradición no interesa gran cosa. El vulgo, aún el de sombrero, apenas conoce más Roldán que el fotógrafo de la plaza del Castillo. Acaso el monarca represente a Felipe IV de España y VII de Navarra, pues se parece al que está pintado en la Casa Consistorial, con muy poca fidelidad a juzgar por los retratos que hizo Velazquez del mismo Rey, informa el historiador. En el Municipio se conservan algunas cartas sobre su procedencia, y también en los Archivos de la Catedral. Cuando las bodas de Don Felipe II con Doña Margarita de Valois se quemaron dos gigantones que eran de fuego de artificio, como un *sesen-zusko*. En el siglo XVII se encargaron unos nuevos a Tolosa, que deben ser estos, los mismos que bailaron cuando la visita de su paisano Lord Wellington. Baleztena, ese joven con aire de guerrillero de Mina, a quien he presentado a Vd., ha escrito algo sobre ellos en el «Pensamiento Navarro» y en «Iruñerías»...

Yo quiero lucir también mi erudición.

—Estos son los pobres restos de aquellos cortejos opulentos y paganos que precedían al carro de la Eucaristía en los tiempos

en que la Iglesia Celebraba la fiesta del Corpus como los grandes emperadores la de su coronación. ¡Oh aquella procesión de Aix de 1462! Iban en ella todas las divinidades del Olimpo con sus atributos y su corte: Cupido con sus amorcillos, Neptuno con los vientos danzarines, Baco con sus ruidosos borrachos, Pan con su flauta, seguido de Ninfas gráciles y cornudos sátiros, Plutón con sus atormentados y Diana y la Juventud y la Fama, y la Coquetaría, vestida (dicen las crónicas) «a la última moda» y el dios Momo con el cetro de la Locura, y el desfile de las Horas... Iban también «los duques de Urbino» caricaturizados, montados en burras y unos *caballos fogosos*, «que lo eran tanto, que ocasionaron más de una desgracia, por lo cual hubo que sustituirlos por otros de cartón».

—¿Entonces, este es el origen de los *zaldicomáldicos*?—interrumpe la rubia maravillosa.

—Exacto—apoya José María— Esa es la significación del vocablo y esa la fuente de la costumbre. Antes, los Gigantones, eran propiedad de la Catedral y vivían en ella como en su casa. Todavía tienen los de Toledo este privilegio y no son los únicos, en España. En algunos lugares comparten este honor con el Dragón o Tarasca que aún sale delante de la Custodia, espantando a los chicos y solazando a los grandes; la Tarasca de Lérida está ya muy vieja, casi baldada y ya no puede salir.

—¡Extraña mezcla de lo profano y lo religioso—observa la inglesa, que *se dá* a la literatura—En nuestro país parecería una impiedad. Y no es que allí abominemos de lo grotesco en las ceremonias, pero no lo admitimos en las religiosas. Al contrario; recuerde Vd. los trajes y peluconas de nuestra magistratura, los cortejos pintorescos como el del

Lord Mayor de Londres, donde salen figurones absurdos y ridículos, y los desfiles y manifestaciones cívicas en los que «la gente seria» forma con una jovial comicidad... Pero en los actos religiosos...

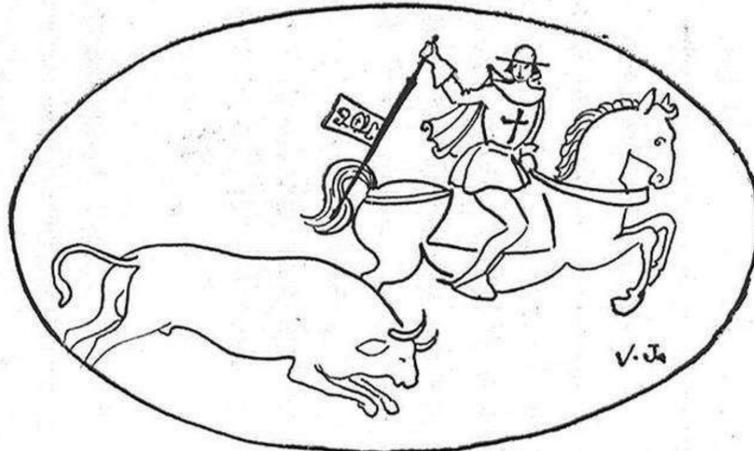
—¡Oh, Mylady! Ustedes, los protestantes, nos han corrompido la grandeza y la magnificencia de las ceremonias religiosas, han roído las doradas patas de los tronos de los Pontífices del Renacimiento. ¡Ay, aquellos tiempos en que Julio II, el Terrible, y el no menos terrible Miguel Angel, levantaban la Iglesia de San Pedro, como un alarde sublime de su poder terrenal, que es la única fábrica humana que puede acoger con dignidad a los peregrinos del mundo entero! ¡Ay, aquellos tiempos en que las meretrices de Roma que seguían a los soldados pontificales en sus campañas precedían, las carrozas de los príncipes de la Iglesia en las fiestas de Consagración! ¡Los tiempos en que, el Gonfalon de Cristo, que había sido Obispo de Pamplona, mataba en la plaza de Roma brindando la suerte al Papa, cuatro toros de cuatro estocadas formidables!

—Cesar Borgia, verdad?—Pregunta Pilar.

—Precisamente, Cesar Borgia, muerto y enterrado en Viana, y cuyas cenizas, tendremos que rebuscar los navarros; porque no sería extraño que de ciertas recientes investigaciones naciese la idea de santificarle—dijo el erudito—como hemos santificado a Juana de Arco, a la que los obispos ingleses quemaron en la hoguera por haberse vestido de hombre y por cortarse el pelo a lo garson, entre otros delitos.

—¡Sensualidad y misticismo, todo tiene la misma raíz, el mismo tronco erguido, las mismas ramas ardientes! ¡Oh los Santos soldados inquietos, Pablo, Ignacio! ¡Oh los aventureros piadosos Mañara el sevillano y Redín el pamplonés!

Los ojos de la española se iluminan de entusiasmo, los de la inglesa se velan, se cierran para no ver la «abominable» escena



—¡No es serio, no es serio! Aquello era la corrupción; por eso vino nuestra Reforma salvadora.

—Aquello era la grandeza, el sumo poder de la Iglesia Universal, que vuestros pobres diablos han empequeñecido.

—Me gusta, me gusta eso del cardenal torero!—palmoteaba Pilar.—¿Es noble y gallardo verdad?

—El correr toros era común entonces entre príncipes y altas dignidades de la Iglesia; han sido muchos los obispos que tuvieron fama de hábiles lanceadores; en más de un seminario español el Misacantano se tenía que obligar «a no correr toros más que por Salamanca o Toledo». Luego le enseñaré unos curiosos papeles en los que consta la promesa. Y, en nuestros días, ¿no dicen los carteles que las fiestas (toros y bailes inclusive) son en honor de nuestro Santo Patrón?

Un alborotado clamor llega de la calle e interrumpe al erudito. Nos asomamos. Un amigo, desde la acera, junto a la vieja «Quiliqui», nos explica que el señor Corregidor no quiere que se cante el «Riau-riau» por parecerle poco serio, y que el pueblo se amotina.

—Igual sucedió—comento yo—en el siglo XVI, con la procesión de Aix. El arzobispo quiso suprimir la parte profana pero el pueblo amenazó con quemar el palacio arzobispal y la fiesta se restableció con todo su esplendor hasta 1789.

—¡Cuántas cosas sabe Vd., doctor!—me dice Pilar, guiñando un ojo con un gesto picaresco que resulta inesperado en aquella cara virginal.

—Me las enseña este roedor de biblioteca—replico señalando a José María—Yo espero que los pobres fantasmones de cartón y percalina vuelvan un día a la Catedral, a dormir para siempre en algún olvidado subterráneo y se restablezcan las antiguas pompas. Yo creo en un nuevo y suntuoso Renacimiento. Ya la Reforma fracasada vuelve a Roma y entra en las naves de la Gran Basílica y se quiebran las iglesias disidentes; si algún fraile quiere hacer de Sevónarola, no pasa de Calasanz. Se extingue el reinado de la escayola dorada. Tendremos, otra vez, procesiones del Corpus con menos pendones y más carrozas y vivientes alegorías.

—¿Y tendremos, otra vez, obispos toreros?—Pregunta la rubia.

—Me parece que no. Quizá futbolistas. «Hace tiempo que, entre los sacerdotes vascongados hay famosos pelotaris. El bullicio callejero se acentúa. La Salve ha terminado y los Gigantones y Quiliquis se encaminan hacia San Lorenzo. Entra en el salón un tropel de amigos de la casa, que traen la noticia de que el conflicto se ha resuelto autorizando a cantar el Riau-riau a grito pelado.

—¿Y porqué no? Es un vitor entusiasta, es una salutación al convecino, al forastero, a la autoridad que nos gobierna, al Santo. *Riau, riau*, quiere decir: «Es nuestra fiesta, hermanos; alegrémonos de haber nacido y de vivir en esta tierra...»

—¿Porqué no hacemos unas coplas para cantarlas con la música de este vals popular?—propone Pilarica.

—Cualquier copla sirve como primera estrofa; para el resto, basta un estribillo fácil. Veamos.

Copla:
¡Viva la flor de Navarra!
La Juventud de Pamplona
Hoy su alegría pregona
Con tamboril y guitarra.

Estribillo:
Ya se acabó el trabajar
Hay que beber y cantar
Y aquél que pesque una mona...
Puede enseñarle a bailar.

Riau-Riau.

Por San Fermín, me enamoré
Por San Fermín, te cortejé
Por San Fermín, me casaré
Por San Fermín
te traeré un chiquitín.

Riau-Riau

—¡No está mal! Vamos a cantarlo desde el balcón!

Ya viene la ola de gente; ya chillan las dulzainas y los muchachos, corren los Cabezudos, se bambolean los Gigantones...

—¡Mire, mi marido!—exclama mistress Walton señalando al inglés cuya cabeza rubia y congestionada sobresale media vara del apiñado grupo de pamplónicas que le acompañan cogidos del brazo.

Ya se oye la música y acoplamos a ella la canción.

Por San Fermín me casaré.

El inglés está frente a nuestro balcón, y busca con la mirada turbia a su mujer. Seguimos cantando:

Por San Fermín,
te traeré un chiquitín.

El inglés, sin mover los labios, lanza con voz estentórea, como un fiero ladrido,

¡Riau, Riau!

Y todos nos echamos a reír. La fiesta, es así.

V. JUARISTI

EL PAMPLONICA

— I —

Verás, lector querido, a grandes rasgos, cómo yo voy a hacerte la semblanza del mozo pamplonés por excelencia, espejo limpio y claro de la raza. Es ese de presencia muy noble y muy gallarda, de carácter abierto y expansivo, en el que, de relieve, se retrata su íntima alegría, que se pega en seguida a quien la palpa; el tesoro sin par de su franqueza que le hace con cualquiera, sin jactancia, gastarse las pesetas y hasta por el balcón tirar la casa; su hermoso corazón, toda carino, sentimiento sincero que se escapa del fondo de su pecho a raudales que todo lo avasalla, en pos de la amistad con unos y otros, sin tapujos que valgan. Y es así, por ventura, igual cuando la dicha es la que manda que cuando el infortunio con toda crueldad clava sus garras, ¡pues sabe ser amigo de tal forma que en hechos fraternales brilla y raya! Es ese que durante el año entero, con celo y honradez, formal trabaja porque quiere a su hogar y a su familia con las más grandes ansias, y es el padre y la madre su ilusión más excelsa y más amada. Es ese que posee la hidalguía siempre caballeresca y legendaria, que a la mujer defiende decidido si la ve en sus virtudes agraviada. Es ese que en los labios tiene a punto, cual trovador que porta laúd y espada, un verso musical, dulce y galante, para la dama extraña —forastera gentil que llega altiva, y enferma de querer torna humillada. ¡Ella que pretendió rendir de amores a galanes apuestos a sus plantas, y se lleva muy dentro de Cupido una flecha atravesada!— Es ese que al que llega hasta su lado de ciudades lejanas, al instante le otorga en un abrazo toda su confianza, aunque haya de pagarle sus bondades con negra ingratitud y acciones malas. Es ese que a sus fieros enemigos no les sabe guardar odios que matan, y que al vencido presta su apoyo y del suelo en que yace lo levanta. Es ese que a su tierra fino adora y a las glorias y timbres que la encarnan, y a sus rancias costumbres, y a los fueros, y a sus mil tradiciones soberanas, ¡pues es incalculable su entusiasmo por Pamplona y Navarra!... ¡Tal es el pamplonica castizo de verdad, puro y sin trampa!

— II —

Es ese que en las fiestas comienza ya de víspera a gozarla, siguiendo, por lo pronto, a nuestro Ayuntamiento, cuando marcha junto en Corporación a San Lorenzo, para dar digna entrada a nuestros *Sanfermines* estupendos, ante nuestro Patrón que allí se alza.... Es ese que a la ida y a la vuelta, por la calle Mayor, forma la masa que se mueve y se agita, en gran bullicio, en pos de tamboriles y de gaitas, revuelto con gigantes y killikis, dando la nota típica más alta, impregnando de vida el primer acto con que empieza a brillar la Gran Serrana. Es ese que en la Plaza del Castillo por la noche, en la música, no para, bailando sin cesar con guapas chicas, o dando, en torno, vueltas continuadas, entre cantos y saltos y asedios a los grupos de muchachas. Es ese infatigable que al despuntar el alba, por las calles se ve, lleno de gozo, al frente de las dianas, y que luego se planta en la Estafeta para correr, valiente y con templanza delante de los toros, y alguna vez, encima de las astas.... Es ese que después, con cualquier trapo, se pone a torear las reses bravas, y que, cuando le arrear un trompazo, se echa mano al.... lugar, y se lo aguanta. Es ese que, tras de sabroso almuerzo, se pasa la mañana llenando la ciudad, fresco y garboso, de inmensa animación plena de gracia, y entonando mil coplas de la jota al vibrante sonar de su guitarra. Es ese que a la tarde, en la corrida, en cuadrillas soberbias y compactas, al tendido de sol cae, sin miedo a que el fuego le quemara con sus llamas. Y allí, metido en juerga, con tambores, con *chistus* y con flautas, en todo el espectáculo ningún rato descansa, y tan solo da tregua a su barullo ante la gran cazuola de las magras que *empuja* con los tragos de un *vinico* que sabe a gloria y templada la garganta, siendo a continuación algo imponente el estruendo que arma. Es ese que, después, a la salida, desfila en epopéyica avalancha al ritmo de una música de cuerda o al ruido colosal de una charanga. Y en el Real de la Feria, y donde quiera, su divertír sin límites derrama y la atmósfera invade de su aterrorante y clásica algaraza. ¡Así es el pamplonica castizo de verdad, puro y sin trampa!

— III —

Es ese que no olvida las prácticas cristianas del más limpio abolengo, que aún perduran en su entrañable patria prácticas que aprendió desde muy niño bajo el techo que amante le guardara, escuchando—al rumor de voz sublime— celestiales plegarias que al repetirlas hoy, hecho ya un hombre, siente el orgullo santo de su casta. Es ese que no deja de acudir, con placer, a la llegada de San Miguel de Excelsis, el precioso *Angelico* de amplias alas, cuando viene a Pamplona en ese lunes que precede a la gran florida Pascua. Es ese que en el mismo portal de Taconera, ansioso, aguarda a que el otro *Angelico*, el de la *Meca*, le reciba, besándole en la cara; y que luego a la iglesia se dirige para adorar la Efigie veneranda, y le pide que colme de venturas al Reino de su guarda, y que su protección jamás le niegue sobre todo en los tiempos de desgracia. ¡El subirá algún día a su santuario del ingente Aralar—¡oh gran montaña!— y allí, cerca, muy cerca de los cielos, le ofrecerá las flores de su alma! Es ese que a la Virgen del Camino la fiene por Patrona, y a su *Octava* asiste con fervor, y de memoria sabe cantar sus lindas *Sevillanas*. Y en nuestra procesión de Viernes Santo es ese que no falta vestido de mozzorro, erguido y grave, como el caso solemne lo demanda, o luciendo, marcial, vistoso traje de romano, con égida y con lanza y con brillante casco; y más, aquellos que forman en la guardia pretoriana. Y es ese que a la noche, después del Santo Entierro, con su hacha, sigue a la Dolorosa, que es del pueblo, cuando torna a su templo, acompañada por un largo cortejo de juventud lozana, que así muestra su afecto a quien, divina, es del Dolor la imagen más exacta. Es ese que observando la faz bella de *nuestra* Soledad tan bien labrada, se emociona y conmueve y hasta vierte quizás algunas lágrimas.... Tal es, lector querido, a grandes rasgos, del sin par irruñsheme la semblanza, del mozo pamplonés por excelencia, espejo limpio y claro de la raza, y al cual, desde la víspera de fiestas, lo verás ya dispuesto a bien gozarla. ¡Que así es el pamplonica castizo de verdad, puro y sin trampa!

Baldomero BARÓN RADA.
(ROMEDOBAL)

"El bien es de suyo comunicable"
"Bonum est sui diffusivum"

En mi deseo, pues, de gozar juntamente contigo, mi querido lector, de los dulces encantos del Arte, mayormente del arte transmitido hasta nosotros, a través de las edades, por nuestros antepasados, que lo amasaron con su sudor y aun con su sangre, me permito invitarte, de modo particular si fueres nuestro huésped, a dar un paseo



Puerta llamada "Preciosa"

Una nave transversal al eje de la iglesia, de igual altura que la mayor, córtalas en el crucero, de extremos pronunciados, y las separa de la cabecera, o Capilla mayor, y girola, ambas erigidas con arreglo a un plan tan raro cuanto ingenioso.

Ese marmóreo altar que aparece en primer término, es el trascoro: detente unos momentos para contemplar esa magnífica escultura de Cristo muerto en la Cruz.

Nada superior ha producido la gubia del Renacimiento a esta obra del pamplonés Ancheta (?) a quien ciertamente se debe en la escultura religiosa española la magnífica sillería del Coro, cuyas ciento y pico de sillas, labradas en roble, te darán no poco que admirar, así como también la soberbia reja plateresca que las guarda.

Eclípsala, sin embargo, allí enfrente la del Presbiterio, forjada en gótico florido al principio del siglo XVI por Guillermo Ervenat, según reza la inscripción en ella calada. Sus vaciados, filigranas, doseletes con estatuitas, grupos o pasajes evangélicos, copiosos entrelazados, grumos y frondarios, agujas y angelitos con alas extendidas, que las coronan, hacen de ella una red sutil, un encaje aéreo de una flexibilidad y belleza tales, que no reconoce rival y la proclaman reina de las rejas españolas.

No ofrece semejante interés el enorme retablo mayor, aun cuando tiene relieves deliciosos, como el de la Titular; pero sí, y muy grande por cierto, la imagen bendita de nuestra Madre del Sagrario, a quien está el templo consagrado, y lo estuvo, en tiempos, la ciudad entera.

Inmensa su historia (la de la Diócesis misma); inmenso su interés arqueológico, a pesar de las alteraciones experimentadas, en el transcurso de las edades, por las vicisitudes de que ha sido víctima durante guerras e incendios; señalada entre las más insignes de todos los tiempos, es Ella quien presidía nuestras Cortes, y ante Ella velaban sus armas, la noche precedente a su coronación, los reyes de Navarra y en presencia de ella eran ungidos.

Hijo de Iruña, San Fermín, para cuyo sepulcro se erigió la mejor Catedral francesa, tipo admirable del arte ojival: y tan vasta que sobrepasó los lindes actuales del Reino navarro y derramóse por ambas vertientes del Pirineo, dejando sentir su influencia en las Diócesis de Tarazona, Tudela y Calahorra, y nutriéndose de ella las de Jaca, Bayona y, recientemente, Vitoria.

Es la fachada, tal cual la contemplas, obra greco-romana del célebre Ventura Rodríguez, llevada a cabo en las postrimerías del siglo XVIII por el arquitecto D. Santos de Ochandategui, en el sitio probablemente donde se alzara el Capitolio durante la época romana, cuyas líneas parece recordarnos.

Ese jarrón de azucenas, sombreado por una corona, que en el tímpano divisas, es el escudo heráldico del Cabildo canónico, y el gran medallón de mármol blanco sobre la puerta central representa el misterio de la triunfal Asunción de María, Titular de la Catedral.

Cualquiera que fuese la impresión que te haya producido y a pesar de las acerbadas críticas de que ha sido objeto, no puede negársele cierto aire de solemne grandiosidad y hemos de agradecerle además la cualidad de preparar sorpresas que lleven el espíritu de asombro en asombro hasta el entusiasmo.

Pues ¿quién podrá figurarse que tras ella se oculta un puro joyel del arte gótico, donde éste, en su decadencia, dejó una de sus mejores páginas escritas?

No es tan diáfana, por dentro, como la de León; ni tan vaporosa, por fuera, como la de Burgos; ni tan grande como las de Toledo y Sevilla: pero el plan de construcciones góticas que la integran no tiene rival en España y hacen, sin disputa, de ella, una de las mejores del mundo.

Franqueemos sus umbrales: a su sombra hace buen estar, por todos conceptos.

Esto ya es otra cosa, ¿verdad? He ahí una cruz latina tendida ante tus ojos.

Cinco naves, convertidas en capillas las extremas, doble en dimensiones la mayor, alumbradas todas de escasos vanos; con grandes paramentos consiguientemente desnudos, destinadas, por acaso, a triforio o policromía, que no llegó a realizarse, lo que le presta cierto aire de austera belleza.

por algunos rincones, los menos frecuentados ciertamente, mas no por eso los menos interesantes de nuestra vieja ciudad.

¿Que cuál es ese gigantesco edificio, que, calle arriba, yergue su mole, al extremo de la de Curia?»

Pues nada menos que la Catedral de Pamplona, cuyo mayestático bordón habrás, tal vez, oído durante la procesión del Santo Patrono de nuestra ciudad.

Es la Iglesia matriz de esta Diócesis, tan antigua que ya, cuando menos en el siglo III, contaba por su primer obispo al glorioso



La Virgen del Sagrario

¡Postrémonos reverentes, con efusivo y filial afecto, ante sus benditas plantas! y prosigamos nuestra visita.

Aquella portada flamular de la derecha, que hace simetría con su frontera, nos llevará a la Sacristía y Tesoro, donde podremos admirar muchas cosas notables, algunas únicas y supremas en su género, como la arquilla ebúrnea, de fama universal, superior a la del Cabildo de Palencia existente en el Museo Nacional, y la de Kénsington, en Londres.

Después de echar una ojeada al campo desde el balcón que cae a la muralla, busquemos la misma puerta de entrada para volver al templo, detengámonos de paso, al salir, un momento ante los dos retablos góticos de la izquierda, y, pasando el brazo meridional del crucero, ganemos ese cancel barroco que ahí cerca se presenta.

**

¿Callas, querido huésped?

Comprendo la causa de ese elocuente silencio, que no me atrevo a interrumpirlo...

Goza, sí; como yo he gozado ininidad de veces, y gozo diariamente en las varias que debo atravesarlo.

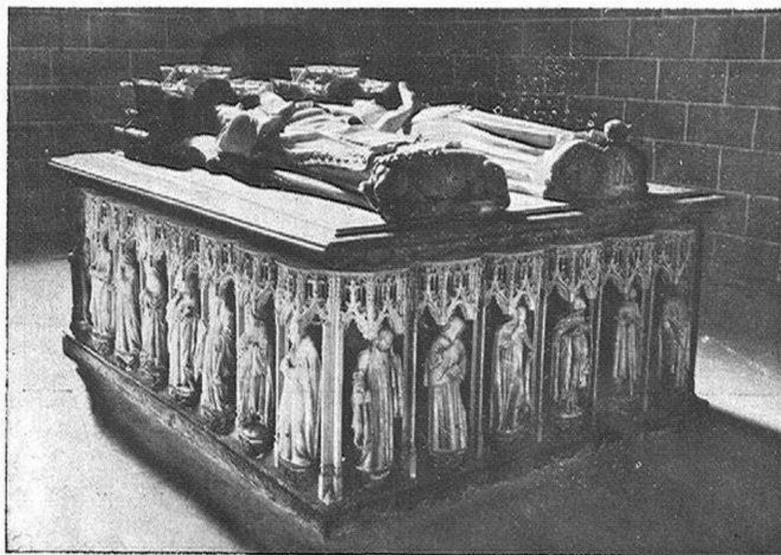
Porque debo decirte, si no lo sabes, que estás en presencia «del más espléndido edificio de este género que los siglos XIV y XV nos han dejado»: «La obra maestra del arte gótico en toda la región de los Pirineos»: Estamos en «el Claustro de la Catedral de Pamplona que en el dominio de la arquitectura religiosa ocupa un lugar privilegiado».

Eso no lo digo yo; lo dicen respectivamente André Michel, Brutaills, Marcel Dieulafoi...

Lo que yo digo es que el claustro de la Catedral de Pamplona es el primero del mundo.

Y lo he dicho antes de conocer la opinión de tales autoridades como las mencionadas y las de Street, Bertaux, Lampérez, Orueta y mil más que han proclamado su belleza soberana.

¡Visión ensoñadora!



Sepulcro de los Reyes de Navarra don Carlos III y doña Leonor, obra del escultor Juan de Lome

Tomarás un kilométrico de 2, 4, 8, 12.000 kilómetros, lo habrás, uno a uno deshecho, y habrás de volver aquí para experimentar, de nuevo, semejantes impresiones.

¡Qué delicadeza de líneas; qué nobleza y delicadeza de formas; qué suntuosidad!..

¡Jardín bendito! Flores de santidad, de virtudes cívicas y de ciencia asombrosa dieron, durante su paso por este valle de lágrimas, aquellos ciudadanos, caudillos hidalgos, canónigos, prelados y reyes, cuyas cenizas a la sombra de esas arcadas reposan y hacen brotar en primavera los arbustos, las flores, las hojas de ese místico y monacal huerto, mustias y amarillentas las más, a la llegada del Otoño, encaramadas otras por frondarios, grumos, gabletes y capiteles, a los cuales provee en abundancia, donde permanecen fosilizados para admiración y encanto de las gentes.

Monacal he dicho; y a la verdad, a pocas,—tal vez a ninguna—de las catedrales españolas cuadrara con mayor propiedad ese nombre: recuerdo de la vida regular del canonical Cabildo, último, de los españoles, secularizado.

La de Pamplona es un monasterio grande y un gran monasterio: con todo el plan de las grandes abadías cistercienses: iglesia; claustro al mediodía; sala capitular—en su lugar—; y restos del dormitorio antiguo sobre ella; cillerería, en el ala frontera, con su puerta románica de capiteles iconsticos, de buena escuela; y, contiguos, el magnífico referitorio,—perforada su alta nave de rasgadas fenestras, con su labrado púlpito para el lector y delicioso edículo, para el lavabo, en el ángulo inmediato del claustro—; y la grandiosa monumental cocina, rarísimo ejemplar medioeval, con sus cinco altas e imponentes chimeneas, que mucho podrían hablarnos de tantos peregrinos franceses, alemanes, ingleses y de todas partes de Europa, hospitalariamente acogidos en su hogar, camino de Santiago.

Así dispuesto el ánimo, descendamos estos escalones y, al girar en torno nuestro, repara en esta policromada puerta, cuyo tímpano, bordeado de filas angélicas, representa la muerte y asunción corporal de la Virgen; la cual, de tamaño natural, yérguese, sobre riquísimo mainel, llevando en brazos al divino Infante.

Echemos a andar por estos deliciosos ánditos, yendo, a lo largo del templo, por el de la izquierda.

Ese sepulcro que se ve al extremo, pasaba por ser de D. Leonel de Navarra; la heráldica de esos escudos, según los inteligentes, dice pertenecer a D. Arnaut de Garro.

A su lado, al doblar el ángulo, el lindo alto relieve de la Epifanía.

He ahí, en el doselete, que cobija el grupo de la Virgen con el Niño, reproducida la bóveda admirable de la antigua Sala Capitular, maravilla arquitectónica, deplorablemente enmascarada, cuyo ingreso, flanqueado de calados ajimeces, aquí cerca asoma.

Taladrada de grandes ventanales, hoy cegados, cubierta de atrevida techumbre, cuya cuadrada planta pasa al octógono por medio de bóvedas irianguulares secundarias, describiendo una grandiosa estrella, guarda en el centro la tumba de su fundador, el meritísimo obispo D. Arnaldo Barbazano, quien la asentó encima de una lúgubre pero bellísima sala, destinada a cripta-panteón de los Obispos, sobre las ramas de una esbelta palma central, que ha ya seiscientos años la viene sosteniendo.

Un trabajo espiral ponía en comunicación ambas salas, y éstas con la galería superior, que, a modo de gentil diadema, a imponente altura la corona.

Todas las crujías cuelgan de sus abiertas arcadas sutiles y variadísimos encajes de piedra sillar, lujosamente trepados de agujas, antepechos, caireles, gabletes y estatuas, al exterior, que el tiempo ha dorado con encantadora patina; pero singularmente ésta y la que acabamos de recorrer, ostentan en claves y capiteles una opulencia iconográfica de besfarios, escenas de caza, sociales, etc., de un realismo, de una fuerza y vigor, de un interés para la etnografía y conocimiento de la época, inapreciables, haciendo de este claustro un museo único.

Al término de ella, continuando por la izquierda, encontraremos el sepulcro de un obispo pamplonés, decorado con tanta suntuosidad como horriblemente mutilado, que, frente por frente, mira al que antes mencionamos.

En el tramo inmediato,—el primero de esta tercera crujía—la puerta llamada «La Preciosa», que verdaderamente corresponde a su nombre, que con haber tantas y tan buenas en esta espléndida fábrica, ninguna puede competir con ella, en la pureza de estilo, belleza de proporciones, grandeza de composición en las escenas mariales por sus diversas zonas expresadas, excelencia de escuela, nobleza y dignidad de las figuras y esmero en la ejecución.

Allá dentro, restos de construcciones más antiguas, singular, sino

únicamente memorables, por los recuerdos a ellas vinculados de nuestras antiguas Cortes, que en ese lugar más de una vez tuvieron su escenario y por su venerable antigüedad, coetánea de los incomparables capiteles románicos, más adelante en un lucillo expuestos, para atestiguar el no menos opulento esplendor del claustro catedralicio por aquese, que vemos, reemplazado.

Porque has de saber, amigo y huésped, que, a pesar de la bondad de la fábrica que vamos contemplando, no desmerecieron acaso de la actual las anteriores, como lo demuestran, de la inmediata, estos soberbios ejemplares, de lo mejor que el arte románico, en sus mejores tiempos, haya jamás producido; y, de otras más antiguas, nos ponen de manifiesto la silueta auténticamente conservada por la sigilografía.

Hay un sello de 1236, que muestra, en el anverso, la imagen bendita de nuestra Madre, con la inscripción «SIGILLUM NAVARRORUM CIVITATIS PAMPILONE».

Y en el reverso vese dibujada, por raro arcaísmo, la figura de una importante iglesia románico-bizantina de planta rectangular, perforada, en sus paramentos, de ventanas de medio punto peraltado, y sus torres, de claraboyas.

Cúpulas bulbosas y cruces potenziadas en los vértices decoran y dan carácter a esas importantes edificaciones.

Tenemos, pues, a lo menos, tres catedrales; la bizantina, la románica y la gótica, cuyo interés, lejos de ir aumentando, quien sabe si de una en otra no ha ido relativamente amenguando.

* * *

Hemos, por fin, llegado a la postrera crujía, donde se ensancha el rincón para dar espacio al lavabo arriba mencionado; y esa puerta, que se ve a la izquierda, dá acceso al refectorio, cuya descripción ligeramente te dí.

En diversas zonas lleva esculpido el ímpano la Cena en la inferior, la entrada triunfante de Jerusalem en la superior: y sendos pilares, en el jambaje de la portada, sostienen las simbólicas estatuas (por las que también pasó Atila) de la Iglesia y de la Sinagoga; acaso esta última, la mejor de cuantas esculturas el cincel gótico nos ha dejado por esta Catedral esparcidas.

¡Cuán enorme diferencia de ella a las demás de la misma portada y de su inmediata compañera, que forma ángulo recto con esta!

No parecen (y seguramente no son) de una misma mano esas figuritas alusivas a la muerte y resurrección del Salvador y sus diversas apariciones después de resucitado, movida de un gran sentimiento dramático, pero más torpe en su ejecución.

Y en esta misma puerta, que, por el centro de ese patio plantado de árboles, da a la calle

de Dormitería, vamos ya a separarnos; no sin antes medir de un vistazo la vasta nave del Refertorium, variamente timbrada de blasnadas claves, y hundir la mirada en ese colosal embudo que ahí cerca cubre la vieja Cocina, bajo el cual, aguardando una pronta reposición en su sitio nativo, se encuentra accidental e inadecuadamente el sepulcro del Rey D. Carlos III de Navarra y su mujer D.^a Leonor de Castilla, cuyas yacentes estatuas, verdaderos retratos en alabastro, tiéndense, revestidas de ornamentos reales, sobre un túmulo, circundado de plorantes, tal y semejante que hacen en conjunto uno de los monumentos funerarios más espléndidos de su época.

* * *

¡Lector, si eres uno de tantos para quienes solo tienen interés los números del programa de fiestas, no me leas, y excusa mi impertinencia en ocupar aquí un espacio, asaz restringido para el objeto y sobrado grande para el texto.

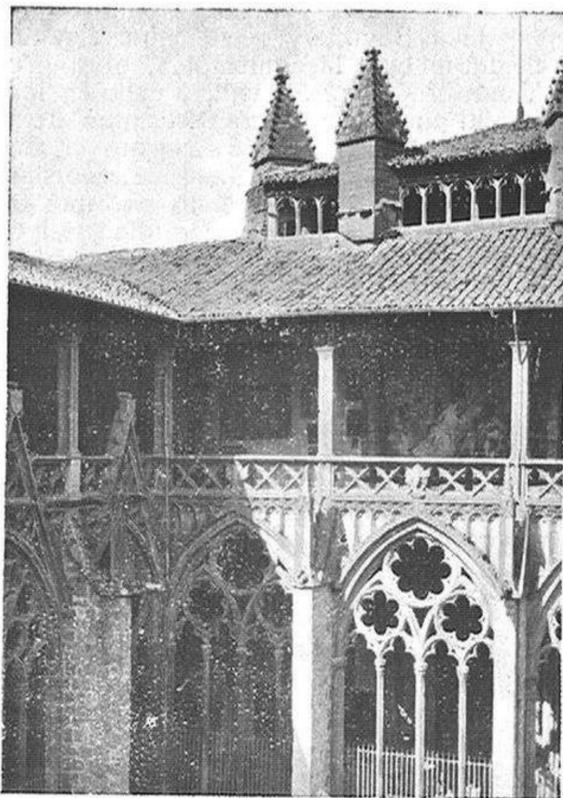
Pero, si al propio tiempo de conocer el presente, entraras en deseo de estudiar el pasado de este pueblo, y quieres seguir las huellas de los espíritus selectos y no el camino trillado del vulgo, ven y contempla estos viejos monumentos y leerás en las teñidas piedras su legendaria historia, cuyo auténtico libro acaba de abrirte sus brillantes páginas.

Y al retornar a la vida ordinaria de la prosa, el místico aroma del incienso de las góticas naves te acompañará siempre para preservarte del fétido ambiente de sus miserias, y el perfume de las flores del claustro irá contigo para endulzarte con su esencia las heces de su amargura.

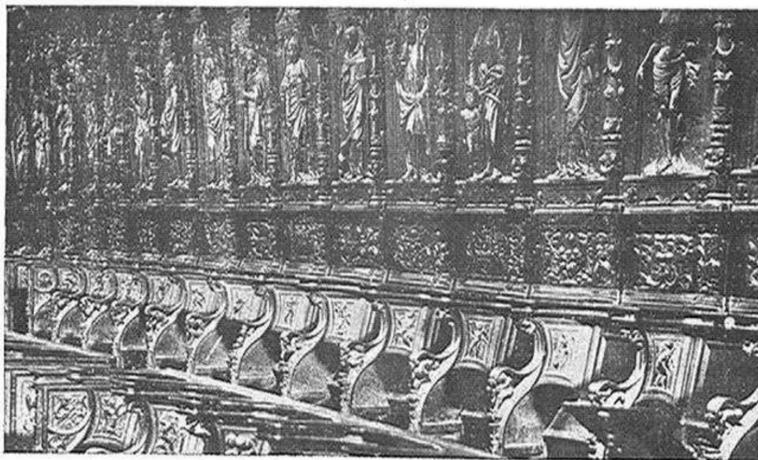
ONOFRE LARUMBE PEREZ DE MUNIAIN

BENEFICIADO DE SANTA MARIA

Pamplona, Junio de 1925.

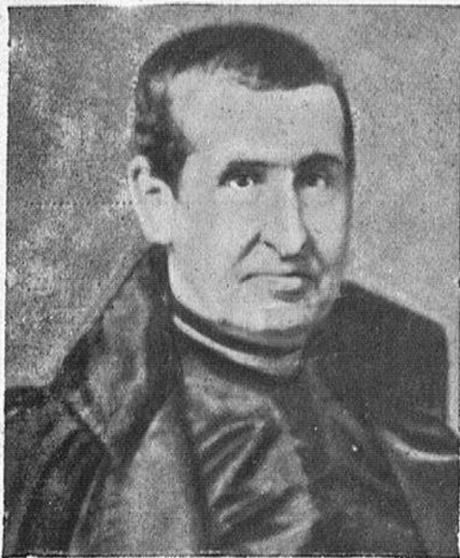


Un rincón del Claustro



Sillería del coro

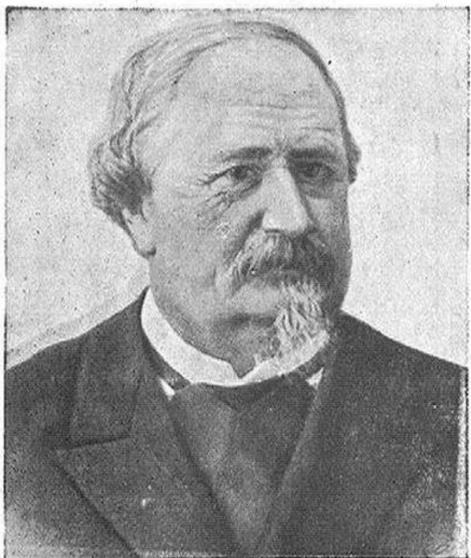
LA MÚSICA EN NAVARRA



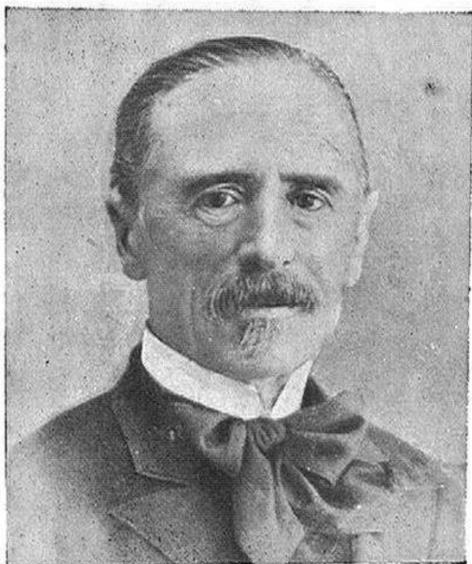
Hilarión Eslava
 † 21-10-1807 † 23-7-1878



Juan María Guelbenzu
 † 19-12-1819 † 8-1-1886



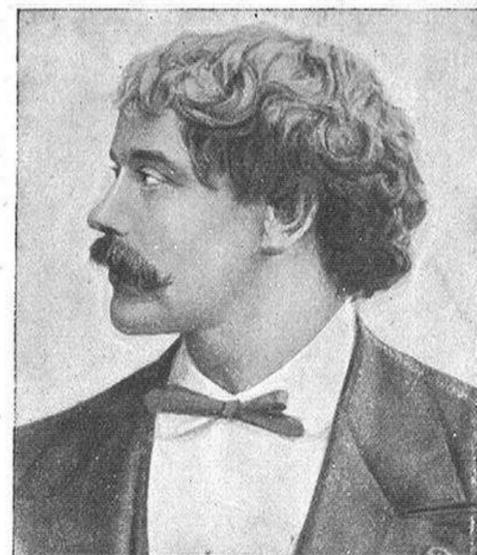
Emilio Arrieta
 † 21-10-1823 † 11-2-1894



Felipe Gorriti
 † 23-8-1839 † 12-3-1896



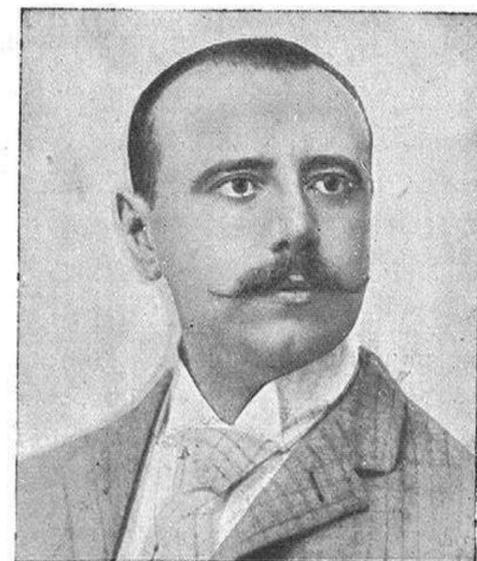
Julián Gayarre
 † 9-1-1844 † 2-1-1890



Pablo Sarasate
 † 10-3-1844 † 20-9-1908



Joaquín Gaztambide
 † 7-2-1822 † 18-3-1870



Joaquín Larregla
 † 20-8-1865

Pocas regiones de España podrán enorgullecerse tanto como Navarra del número y calidad de eminentes músicos que ha producido. De tal manera es esto cierto que podríamos afirmar que en la historia musical de España del siglo XIX casi aparecen únicamente nombres de compositores navarros. Gaztambide, de Tudela; Emilio Arrieta, de Puente la Reina; Felipe Gorriti, de Huarte-Araquil; Juan Guelbenzu, de Pamplona, el gran pianista Zabalza; el insigne cantor Gayarre y algunos otros de menor importancia, son los nombres que suenan casi únicamente y que llenan, musicalmente hablando, todo el siglo XIX. En los teatros, en los conciertos, en las Iglesias, si suena algo de música que no sea italiana, es gracias a los compositores navarros de aquella época.

Sobre todos ellos descuella el nombre de don Hilarión Eslava, nacido en Burlada el 21 de octubre de 1807 y que debido a su enorme talento musical, a su trabajo y su constancia, pasó desde infantil de la Catedral de Pamplona a Director del Real Conservatorio y de la Capilla de Música de S. M., Académico de número de la Real de Bellas Artes de San Fernando, Consejero de Instrucción pública, gran cruz de Isabel la Católica y de María Victoria y Comendador de Carlos III.

El nombre de Eslava llena toda la música de España durante más de setenta años, traspasa las fronteras y es objeto de gran consideración en todos los centros musicales de Europa.

Quizás se achaque a este ilustre compositor un exceso de *italianismo* en sus producciones, pero téngase en cuenta la época en que floreció en la que Rossini era más bien que un emperador un déspota en la música de la Europa occidental.

En un bellísimo trabajo dedicado a Eslava por el notable artista y musicógrafo don Santiago Vengoechea dice que «Las composiciones de este autor acusan la experta mano de un músico de gran temperamento, que concibe y realiza con facilidad, con soltura, con valentía. Sus ideas, nobles, sinceras, inspiradas, consiguen muchas veces llegar a lo patético, produciendo en el oyente la sensación de algo grande; y es que nunca su inspiración se vió cohibida por falta de técnica (como ocurre a otros maestros): porque en Eslava fueron constantemente unidas la inspiración y la ciencia, cuyo dominio en vano le negarán algunos ligeros y vanidosos críticos; que no ha faltado, hay que decirlo, quien haya querido empañar la gloria de Eslava sacando a colación la falta de carácter religioso, la trivialidad y el italianismo de ciertos pasajes de sus composiciones, sin tener presente que, en la época en que Eslava produjo su labor, sufría Europa entera la *fiebre rossiniana*, de la que no se libraron ni aún los más notables maestros».

Si Eslava como compositor logró alcanzar un renombre considerable, el pamplonés Pablo Sarasate ocupó como ejecutante un puesto que tardará mucho tiempo en llenarse. La fama universal de Sarasate como violinista y su relativamente reciente desaparición nos evita dar datos más concretos sobre este portentoso artista a quien todo el mundo oía y admiraba.

Solo diremos que si en Pamplona se le aplaudía con enorme entusiasmo como artista, se le quería entrañablemente como *buen pamplonica* y amante de su ciudad natal a la que nunca faltaba, por lejos de ella que se encontrara, para ser el primero y más saliente número de *las fiestas* y para ser también el primero en tomar parte en el bullicio y algazara propios de nuestra población en esos días.

EUSEBIO GARCIA MINA



NAVARRA EN LA EXPOSICION DEL TRAJE REGIONAL



Si la ventura no hubiera hecho sobrevivir la sorprendente y rica colección de trajes que Navarra ha presentado en la Exposición del regional español de Madrid, pudiera considerarse hiperbólica la afirmación que Don Juan de Sada hizo, en 1628, en su HISTORIA APOLOGÉTICA Y DESCRIPCIÓN DEL REINO DE NAVARRA.

Decía este famoso historiador y hombre de ciencia, bajo el pseudónimo de Don García de Góngora y Torreblanca, que «los hábitos y trajes de que usan (los navarros) son tantos, que se tiene por cierto, no se hallará en la Europa, ni en otra ninguna parte de las que se tiene noticia, donde haya tanta variedad y diferencia en un mismo reyno, y algunos tan peregrinos, que denotan bien su grande antigüedad y vejez».

Y esa afirmación, que hizo también suya Don Bernabé de Gainza y Allafor, otro navarro que residía en Badajoz por aquella centuria, se ha podido confirmar en la nuestra, mediante las labores que con tenaz entusiasmo ha verificado por todas las zonas de Navarra, la Comisión encargada de secundar los trabajos de la Junta Central de Madrid presidida por el Excmo. Señor Conde de Romanones.

Ello se explica habida cuenta de la variedad del suelo navarro, cuyos factores distintivos van definiendo por doquier los sorprendentes contrastes de su notable fisonomía geográfica.

Por eso el traje regional es señoril como la raza que lo viste, austero y gracioso como el marco que lo encuadra, y, sobre toda ponderación, producto exclusivo de las localidades donde tiene carta de naturaleza.

La tierra o el ganado que en los bustos paze, proveen la materia prima de elaboración; las diversas manipulaciones que ésta sufre dan margen a las labores favoritas del largo invierno montañés... El rezo o la conversación se acompañan al choque de los husos y de los rocadores junto al fuego, mientras en el zaguán canta el tejedor el milagro del lino.

La mujer guarda, además, el embrujado secreto de los tintes y el personalísimo corte de los trajes que ella sigue, con divina inconsciencia, como ritual de un arte lejano y primitivo. Ella es quien prepara el arcón dotal de la hija casadera, en el que destacan como complemento de las tallas los bellos bordados rojos y azules de las «nazalas»; los costosos paños «deshilados» de las guarniciones nupciales y la irgenua policromía de los trajes...

Es mucho, lo que sobre este tema, que refleja mejor que otro alguno las manifestaciones artísticas del templo popular, pudiera escribirse con relación a nuestro suelo.

Las zonas de Araiz, Burunda y Araquil; las de Roncal, Salazar y Aezcoa; las de Pamplona, Bertizarana y Valcarlos y tantas otras, en fin, darían margen a inacabables comentarios.

Mas en fuerza de la limitación del tiempo, no cerraremos estas impresiones, sin dedicar un recuerdo al sugestivo tema de la legislación privativa de Navarra, en lo que atañe a ésta empresa.

Las Cortes del Reino, en sus deliberaciones, llegaron a proscribir, con reiterado empeño, el lujo y el derroche en la indumentaria de sus naturales, pero nada pudieron oponer a la sencilla distinción innata de su porte.

Decididamente las estofas y brocados no decían bien en el país en que los pastores gozan fuero de señor, y donde, a través de los pórticos blasonados de ricos y de pobres, se adivina la existencia de una gran democracia cristiana que tiene sus fundamentos en el derecho colectivo social y nobiliario de este pueblo que vive su presente, con fé en el porvenir, porque le fortalecen en la lucha las inquietudes del pasado.

La exposición del Traje regional español debe ser en lo sucesivo la salvaguardia del tesoro indumentario que nos legaron las generaciones que pasaron.

Cada una de las zonas que todavía lo conservan deben de laborar por la supervivencia de los elementos que lo forman.

Muy eficaz sería para lo que atañe a Navarra que se aunasen los esfuerzos encaminados a lograrlo.

Pamplona, cuyas fiestas son cada vez más concurridas,

pudiera utilizar esta fuente de color y de belleza como uno de sus elementos más firmes, sugestivos y adecuados.

Los concursos de danzas al son de músicas pastoriles; la creación de premios para quienes mejor vistan los trajes peculiares de Navarra; una exposición local bien organizada, serían sin duda soberanos aciertos.

Y las fiestas de nuestro Santo Patrón alcanzarían con ello mayor personalidad y un perfeccionamiento estético que muy lejos de empeorarlas, como viene aconteciendo, las mejorase en grado sumo.

JOSÉ MARÍA DE HUARTE Y DE JAUREGUI.



Calle Jarauta. - Al fondo la Iglesia de San Saturnino

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA DE M. GOICOECHEA

La última negación de la belleza

La afirmación de que la belleza no es una cualidad de los objetos que nos producen el sentimiento estético, basta a desconcertar las ideas más fundamentales del artista, del crítico y del mero aficionado a las bellas artes. La majestuosa tragedia que a un mismo punto nos conmueve y nos eleva; los lienzos del museo, al empujar cuya puerta tiembla de emoción nuestra mano; aquel violín de aquel Sarasate cuyo sobrehumano acento resuena aún en los oídos de cuantos tuvimos la fortuna de escucharlo, y que en otro tiempo, ponía un perfume de supremo ideal en estas bienamadas FIESTAS DE SAN FERMIN, no contienen, ni encierran, ni son capaces de engendrar el soberano don de la emoción de lo bello, ...por que lo bello no existe.

No te fatigues pues, artista, ideando la más perfecta de las formas, porque sábetelo que ni las líneas de tus modelos, ni los colores de tu paleta, ni los sonos de tu gama, encierran nada por lo que DEBAN NECESARIAMENTE agradar. Y tú, crítico, cesa de comparar escuelas, estilos, producciones, artistas: las obras de Fidias, de Rafael y de Beethoven, no tienen por qué ser preferidas a los ensayos de un principiante: lo mismo monta la MINERVA GUERRERA, que un icono bizantino, la NOVENA SINFONÍA que «la música atroz de los negros», la TRANSFIGURACION que la muestra de un circo de feria...

Tan desoladora doctrina puede explicarse en un espíritu seco y sombrío como el de Kant, pero es apenas concebible en el iluminado y generoso creador de INTRIGA Y AMOR y de LA NOVIA DE MESSINA.

La filosofía de nuestro tiempo, encarrilada por los tenebrosos cauces de la materia, ciega e inconsciente, no podía menos de hacer suya esta proposición, cuya pugna con el común sentido hizo ya patente Víctor Cousin, y de pretender negar mediante experimentos de gabinete, lo que establece la experiencia de todos los días, de todos los tiempos y de todos los pueblos. A Fechner se debe la idea de aplicar este procedimiento, contrahecho, mezquino y totalmente inadecuado, a la Estética como a la Psicología, que, seguido por varios continuadores, ha alcanzado en nuestros días su máxima expresión en los trabajos de Teodoro Lipps.

El solo nombre que a esta escuela han aplicado sus fundadores, llamándola PSICOLOGISMO, dá suficientemente a entender que su propósito es hacer de la Estética una rama de la Psicología y no de la Ontología; es asignarle como objeto las modalidades de un cierto sentimiento y no la determinación de una noción: de la noción BELLEZA. Y así como Campanella, «cuando quería conocer lo que pasaba en el ánimo de alguno, remedaba lo mejor que podía la expresión del rostro de aquel hombre, concentrando al mismo tiempo su pensamiento en las emociones propias», de igual manera, la esteticidad de las cosas, no es para estos autores, sino la proyección en ellas, de nuestro propio sentimiento; es también un caso de EINFÜHLUNG, término que Roberto Vischer ha aplicado el primero al dominio de la Estética.

¡Ahora pues, que se intenta desterrar la introspección del estudio de la Psicología, cuyo problema radica en la misma facultad que ha de resolverlo, se pretende encomendarle la solución del problema estético, que se halla fuera del observador!

Para lograrlo, presentan a varios sujetos, combinaciones sencillas de líneas como hacían Fechner y Witmer, o de colores y sonidos al modo de Cohn y de Eitlinger, o bien, como Segal, les invitan a elegir las figuras y las combinaciones que más les agradan o les disgustan.

Mas esto ¿es estudiar el sentimiento del observador, o es por el contrario, hallar alguna condición en lo observado? ¿No es por ventura, preferir ciertas combinaciones de líneas, de colores y de sonidos, basándose en que producen un sentimiento bien determinado?

Tales experimentos, no versan, pues—ni puede versar ninguno—, sobre el sentimiento estético. Este sentimiento, necesariamente ha de concebirse como siempre el mismo, y como espontáneamente reconocido por el sujeto, sin lo cual sería imposible saber que esas preferencias eran estéticas. Ni podemos saberlo, es porque sabemos que se llevan a cabo en virtud de un sentimiento bien definido, inconfundible: el sentimiento estético.

Lo que hacen, en suma, esas experiencias de laboratorio, como las del museo y las del teatro y las de la calle, es confirmar que la emoción estética es reconocida espontáneamente, y como fallando acerca de una cualidad de los seres, a la que llamamos BELLEZA. La cual enunciación, constituye el primer axioma de la Estética analítica,

Y, efectivamente, los sujetos experimentados, eligen la sección aurea—De divina proportione—como en tiempo de Luca Paciolo, y oscilan entre las diferencias que separan la paleta de Rubens, de la del Greco y las gamas de Palestrina y de Strabynsky.

Ni siquiera queda ya a los estéticos psicólogos el recurso de considerar el sentimiento estético como provocado por cualidades sensoriales del objeto y sensorial por lo tanto él mismo. Hoy pasa como la última palabra sobre los sentimientos fisiológicos la observación de Külpe: lo agradable y lo desagradable, no son propiedades inseparables de la sensación que provoca esos sentimientos. En el siglo XVI había dicho ya Leon Hebreo que no agrada lo dulce a todo aquel que lo percibe; consideración en la que se basa la demostración de que la emoción estética no puede ser una emoción puramente afectiva, sino una emoción intelectual, espiritual; psicológica precisamente.

Es decir: el ser el sentimiento estético un sentimiento psicológico, es cabalmente, lo que prueba la objetividad de la belleza, la realidad de una cualidad NECESARIAMENTE delectable. Así como basta proclamar, por el camino que sea, el carácter sensorial de ese sentimiento, para que por ello mismo quede negada la objetividad de su causa, y arruinada la Estética por su misma base.

JOSÉ MARÍA CIA Y ALVAREZ.

SUEÑOS DE AMOR

PALPITACION

*Rumor de faldas de seda
se ha deslizado en el viento
y con manso movimiento
se ha agitado la arboleda.*

*Luz de pupilas radiosas
ha relampagueado el aire
y han mecido su donaire
ruborizadas las rosas.*

*Mi corazón soñador
de mi pecho en el jardín
se ha abierto como una filor;*

*¡ha batido halagador
sus alas de serafín
el céfiro del amor!*

DESEO

*Desde que la ví en el huerto
un día de primavera
ella es la gentil palmera
que florece en mi desierto.*

*Sueño con ella despierto
dormido velo con ella
que sin la luz de esa estrella
es mi vivir, vivir muerto.*

*¡Jardinera, jardinera,
de trenzas de enredadera
y mejillas de clavel!*

*¡quién me diera! ¡quién me diera,
al volver la primavera
ser lirio de tu vergel!*

GOZO

*Tu pecho me dá calor
cuando mi pecho está frío,
si mi cielo está sombrío
son tus ojos su fulgor.*

*Tu garganta es ruiseñor
que desvanece mi hastío
y es tu boca dulce río
do calmo mi sed de amor.*

*Tu frente es casto lucero
cuyo blanco reverbero
mi negra noche destierra.*

*¡angel mío, nada digo
si te digo que contigo
el cielo tengo en la tierra!*

Luis IBIRICU.

GAYARRE EN ITALIA

El señor editor de esta obra, al solicitar mi modesta colaboración, me ha recordado mi calidad de navarro y de aficionado a las letras. No cabe duda que ambas cosas son ciertas; si bien mis *pinitos* y escauceos en la Prensa, Bidasotarra y extranjera, no me parecían méritos suficientes para figurar en una obra de *fuste* como la presente. Ni mis ocupaciones y los apremios de tiempo, por otra parte, me consienten escribir nada que valga la pena por su *cantidad y calidad*.

En mi *carnet* de apuntes, de viajero forzado y curioso (valga la paradoja), hay asuntos que, tratados con alguna calma y habilidad, serían, indudablemente, de cierta curiosidad. La naturaleza de mis ocupaciones ha hecho que, muchas de estas impresiones, las recogiera en ese mundo de la farándula en que la realidad y la fantasía riñen constantemente una lucha absurda y heroica. De estas impresiones muchas se refieren a aquel insigne artista navarro que se llamó Julián Gayarre y al recuerdo incomparable, mitad verídico y mitad legendario, que su nombre ha dejado en todos los escenarios del mundo y, muy principalmente, en Italia.

¿Cómo relatar los muchos episodios, unos dramáticos, otros brillantes y todos gloriosos que se le atribuyen al gran tenor roncalés? Su *debut* en la Scala, de Milán, el Olimpo del Arte Lírico, donde se custodian, como en Arca Santa, todas las más puras tradiciones del *bel canto* y del *virtuosismo* italiano, debut que empezó con las más inquietantes preveniciones y acabó en una delirante apoteosis; y luego su trayectoria triunfal e ininterrumpida por todos los mejores coliseos de Italia, España, Francia, Rusia, América...

Pero, como para el verdadero conocedor de la carrera del artista lírico, son las actuaciones en Italia las que encierran un absoluto valor, y más si, como acontecía con nuestro grande paisano, el artista es extranjero, voy a referir dos hechos que patentizan de manera indiscutible la valía inmensa de Gayarre.

Hallábame, hace algunos meses, en Nápoles, contratado en aquel teatro San Carlos, cuando se anunció el mayor atractivo de la temporada: el debut de uno de los tenores italianos de más renombre actual. Se le atribuía a este cantante, como uno de sus méritos más descolantes, la posesión de unos *fiatos* (alientos) portentosos. La expectación en el teatro era de esas que los gacetilleros llaman *morbosas*: hasta el personal de servicio interno (tramoyistas, carpinteros, etc.) que, generalmente duerme, tumbado por cualquier rincón, durante el transcurso de los actos, se hallaba también dominado por la curiosidad. Yo, como la mayor parte de mis colegas, me hallaba entre bastidores, de donde es más fácil descubrir todos los *trucos* y tretas del que actúa en escena. Llegó el punto culminante y esperado de la obra y el artista, en un alarde de facultades, salvó las dificultades y triunfó magníficamente. Entre nosotros mismos, sus colegas, la convicción era completa.

Solo un hombre, un viejo *atrezzista*, movía la cabeza con aire de disentiendo. Violentamente, sin que aún hubiera despegado los labios, sus compañeros y algunos artistas le increparon, pero el hombre, sin amilanarse lo más mínimo, les contestó: «No es que yo diga

que este tenor sea malo, pero yo he oído a Gayarre, que poseía muchas cualidades que éste no tiene, y los *fiatos*, por lo que tantos aspavientos hacéis, eran mucho más largos que los de éste.»

Y yo que entonces, por la emoción, nada dije, ahora hago este comentario. Después de tantos años de la muerte de Gayarre, a tantos kilómetros de su tierra, en un país donde existe un *chauvinismo* artístico muy explicable, oír de labios extraños y en un momento de exaltación general una afirmación de una rotundidad y elocuencia semejante ¿no es, acaso, a parte de un acto de rara justicia, la ofrenda más bella (por anónima y humilde aún más bella) que se pueda tributar a la memoria del glorioso navarro?

El segundo caso que me he propuesto referir es aún más reciente: ocurrió hace días. Un periódico de Milán, al escribir el artículo necrológico del tenor De Lucia, fallecido a poco, recordaba la muerte de Gayarre, en Madrid, y el vacío inmenso que dejó en el Teatro Real, vacío que, según el articulista, había colmado muy honrosamente el mencionanado De Lucia, haciéndose cargo y triunfando en el mismo repertorio que Gayarre. Al día siguiente, un veterano del teatro y del periodismo, Egisto Tronben, director del *Corriere de Milano*, con una valentía e imparcialidad ejemplarísimas, salía al encuentro del autor del artículo y, después de rebatir documentalmente las afirmaciones de aquél, entonaba un canto entusiástico al tenor *más único que raro* que ha registrado la historia teatral de todos los tiempos.

¿No es para nosotros motivo de noble y levantado orgullo, encontrar en el País del Arte y en el medio que más adverso podía mostrársele, a los más espontáneos paladines de su gloria y de su prestigio?

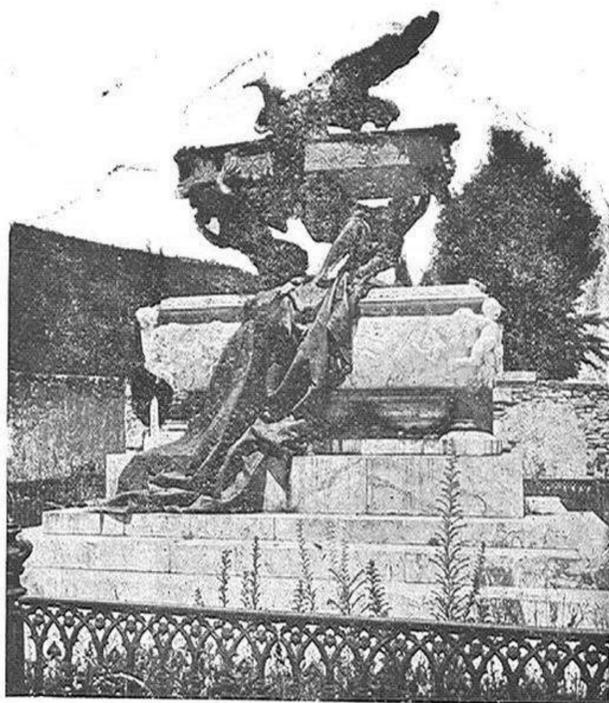
No tengo, seguramente, que esforzarme para demostrar a los lectores la emoción hondísima que éstos y otros muchos episodios han despertado en mi corazón de artista y de navarro. En nuestro vivir atrabiliario, en que la risa y el llanto se confunden en una mueca grotesca, lo que nos alienta muchas veces a nosotros, pobres polichinelas llenos de quimeras y fantasías absurdas, son las cosas menos positivas y menos prácticas. ¡Cuántas veces hallándome entre bastidores, en uno de esos momentos de angustia indecible y que, por otro nombre quizá más consolador, llamamos pánico, ha bastado que alguno evocase, al azar, el nombre de Gayarre para que yo, avergonzado de mi temor, entrase en la plena posesión de mis nervios!

Sí: Gayarre con su arte soberano, pero también con su voluntad, nos enseñó a todos los artistas navarros (sus hijos menores, muy menores), cuánto puede un corazón esforzado y amante de las glorias de su tierra.

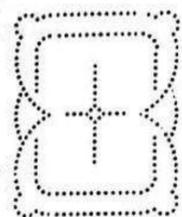
Yo, en mis duras crisis de mi vivir errabundo e inquieto apelo a su bendito recuerdo y al ejemplo de su vida, que, como un Norte luminoso, parecen indicarme la vía de salvación...

ISIDORO FAGOAGA.

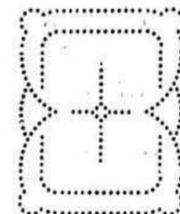
Vera de Bidasoa y Junio de 1925.



Mausoleo de Gayarre



FOMENTO



HACIENDA PROVINCIAL

Organización de servicios

La Administración cada vez más complicada de la «HACIENDA PÚBLICA» exige en todas las Naciones constituidas y en los países que como Navarra se rigen con una autonomía administrativa que desde el punto de vista de su vida económica les permite equipararse con aquéllas, una organización compleja en la que de una manera ordenada se atiende todo lo relacionado con el repartimiento de contribuciones, impuestos y demás gravámenes de carácter tributario.

Navarra cuenta para ello entre las Oficinas provinciales con una «DIRECCION DE HACIENDA PROVINCIAL», en la que se hallan vinculados tres Negociados independientes: el de «CONTRIBUCIONES», el de «IMPUESTOS DIRECTOS» y el de «IMPUESTOS INDIRECTOS».

Corresponde al primero como finalidad primordial, la fijación anual de las cantidades con que deben contribuir por capitalización o utilidades, todas las manifestaciones de la riqueza navarra que para este efecto se considera clasificada en los diferentes grupos de RUSTICA, PECUARIA, FORESTAL, URBANA E INDUSTRIAL, comprendiéndose en este último concepto las contribuciones que se asignan al comercio, a la industria, y al ejercicio de las diferentes profesiones, empleos y oficios.

Se ocupa el segundo de la administración de los impuestos con que se gravan: la circulación de vehículos y caballerías por las carreteras provinciales; los arrastres forestales, los de transporte de viajeros y mercancías y los recientemente establecidos sobre los aprovechamientos comunales.

El tercero tiene a su cargo la gestión administrativa que se relaciona con los impuestos vigentes sobre alcoholes, azúcares, cervezas, espectáculos, consumo de electricidad y arbitrios provinciales.

En la actualidad, el Negociado de «CONTRIBUCIONES» se halla en vías de grandes reformas, para modernizar su actuación atemperándola con los procedimientos que para fijar las bases impositivas se siguen en las Haciendas Públicas que no han quedado al margen del progreso de las ciencias económicas y sociales.

La reforma más importante de las iniciadas, por lo que a sus dificultades y trabajos se refiere, es la relativa a la modificación del CATASTRO RUSTICO.

Se pretende con la innovación, sustituir el actual amillaramiento por masas de cultivo, por un CATASTRO FISCAL en el que se llega a la parcela como unidad tributaria del inventario general que de la riqueza rústica piensa formarse.

A este efecto se dividen los trabajos catastrales en dos periodos fundamentales. Comprende el primero todo lo referente a las labores topográficas que permitan la caracterización física y jurídica, y se refiere el segundo a la fase evaluatoria de las unidades caracterizadas.

La labor topográfica que no puede referirse en Navarra a la triangulación de esta clase, por la sencilla razón de que en la inmensa parte de su territorio se halla sin realizar, se ejecuta mediante el levantamiento de poligonales cerradas, que rellenas en parte topográficamente se complementan en su relleno mediante croquización gráfica. El resto de la caracterización física y jurídica se realiza por el sistema de informaciones directas e indirectas, y finalmente en la apreciación evaluatoria se considera que el líquido imponible de las parcelas se integra solamente por los dos sumandos, renta territorial y beneficio correspondiente al cultivador.

MIGUEL GORTARI ERREA

INGENIERO DIRECTOR DE «HACIENDA PROVINCIAL».

AGRICULTURA Y GANADERIA

Compromiso y no menudo es tratar de la Agricultura y Ganadería de Navarra en tres cuartillas y si no fuera por el amparo que les ha de proporcionar la colaboración a los editores prome-

tida, no accederíamos a que estas líneas nuestras se filtrasen como contrabando entre las que han de acompañarlas, debidas a plumas en estas lides maestras.

¡Montaña y Ribera! He aquí las dos palabras que dan la clave de que una sola provincia pueda ostentar en uno y otro ramo las producciones más diversas. Y nó como quiera, pues la primera, la región norteña con su invierno anticipado y sus nevadas tardías es de carácter alpino, y la segunda, la de abajo, con sus secos campos... mudas perspectivas serias y grises lontananzas muertas al decir del poeta... es de condición severa y en ella como un oasis resalta la verdura de la vega.

Produce esta forraje abundante para sus bestias y muchos miles de toneladas de raíz azucarera además de frutas selectas y los variadísimos productos de una huerta. Numerosas plazas francesas y del interior acreditan con su demanda los productos de las tierras que las aguas del Aragón y del Ebro fertilizan. Sus tierras de pan llevar, rinden doblada la cantidad de trigo que el que para su consumo los navarros necesitan y el vino que tan buenos bebedores ingieren lo dán íntegro sus viñas ¿No vé ya el lector el carácter de una tierra en que Ceres y Baco tan pródigos se muestran?

No es todo dado por las bondades del clima que muy rudo y áspero se muestra. El sudor del labrador ribereño hace cambiar de cara a lo que de otro modo serían páramos y estepas. Ayudándose en su esfuerzo con los adelantos que la ciencia agrícola le brinda, abonos profusamente repartidos y maquinaria cada día más perfecta, es como ha podido conseguir que su tierra ya muy vieja, le rinda un tercio más de lo que antaño producía.

La montaña es el centro ganadero de la provincia. Su lacho lanar estante, el vacuno montesino y el caballo semi salvaje forman sus hatos y manadas repartidas en las plácidas vertientes baztanesas, abruptas cresterías del Roncal y Salazar y las fragosas sierras de Urbasa y Andía. El abundante pasto que encierran proporciona además asilo al lanar trashumante cuando en la canícula abandona la inhóspita Ribera y sus Bardenas.

Un millón de hectáreas la provincia mide y descontadas cuatrocientas mil sujetas a cultivo el resto está cubierto de pastos y de bosque. De ellas viven muy cerca del millón de cabezas de ganado de toda especie y de unas y otras obtienen su sustento con un margen muy amplio los trescientos cincuenta mil habitantes que la pueblan.

¿Por lo tanto la provincia es pobre o rica? En conjunto y pues produce más que lo que consume no es pobre pero si el año ha sido bueno en rendimientos lo conocerá el forastero ahora en la Capital en estas bulliciosas fiestas

DANIEL NAGORE

INGENIERO DIRECTOR DE AGRICULTURA Y GANADERIA PROVINCIAL.



INFLUENCIA DEL ESTADO DE CONSERVACION DE LOS PAVIMENTOS EN LOS GASTOS TOTALES DE LOS AUTOMOVILES

Es indudable que cuanto mas perfecta sea la superficie de rodadura deben ser menores los gastos de explotación de los automóviles.

Difícil es, apreciar con exactitud las economías obtenidas y mucho más difícil en España en donde no tenemos estadísticas de costes de viajeros y tonelada Km. de las compañías dedicadas al transporte ni el Estado tiene inspección en la contabilidad de las mismas.

En Norteamérica, en el estado de Iowa la Comisión de Vialidad y la Universidad del Estado, han hecho experiencias interesantísimas y muy completas y han proporcionado datos muy parecidos a los que Francis Wood obtuvo y a los que últimamente ha llegado la casa Michelin. De estos datos se deducen que las economías obtenidas al mejorar los pavimentos sustituyendo el macadam ordinario por otros de firmes especiales son de un 14

por 100 de los gastos totales para automóviles de turismo y de un 10 por 100 también de los gastos totales para camiones con llantas macizas.

Mayor economía se obtiene de hacerse la circulación por carreteras con macadam bien conservado a hacerla por firmes en mediano estado, alcanzando esta cifra un 28 por 100 de economía de los gastos totales. Claro está que las experiencias que en el extranjero se han hecho, presentan alguna divergencia de unos países a otros, divergencia que emana exclusivamente de lo difícil que es definir lo que se entiende por macadam en mediano estado de conservación.

En Navarra, en donde la red de ferrocarriles es deficientísima y por lo tanto el tráfico de automóviles de mucha intensidad, la economía en el transporte podría ser de gran importancia, procurando aumentar en los presupuestos de la provincia, la cifra de gasto medio kilométrico para conservación de sus firmes.

MIGUEL ERICE

INGENIERO DIRECTOR DE CAMINOS PROVINCIALES.

POLITICA FORESTAL

Muchos rincones de la montaña de Navarra, son dignos de admiración por su paisaje, con arbolado, que, además dá un beneficio económico de 500 a 700 metros cúbicos de madera por hectárea a turno de 80 años; pero se ven también muchas crestas rocosas y laderas completamente desnudas que apenas producen escasos y malos pastos. Hay en la Ribera tierras muy feraces y muy bien cultivadas, que rinden hasta 5 toneladas de remolacha por robada en regadío y 10 robos de trigo por robada en seco; pero son mayores las extensiones de mala producción, sin un solo árbol, y que aplanan el ánimo tener que atravesarlas por no encontrar un sitio agradable para descansar.

Manifestaciones egoístas de los individuos y hasta de los pueblos han producido estos zarpazos en el territorio.

Generalmente se ha destruido la vegetación arbórea o arbustiva de una manera insensata, buscando primero un provecho in-

mediato, y utilizando después como tierra de labor o como pastizal un suelo virgen, que pronto se agota y en ocasiones desaparece arrastrado por las aguas, para llegar a una producción raquílica cerealista que solo el arancel de aduanas puede sostener; o a un trotadero de ganado, porque solo corriendo pueden comer algunas hierbas.

Pero no solamente debe estudiarse el problema de cambio de cultivo desde el punto de vista económico, es necesario tener en cuenta también de una manera decisiva la influencia que en el aspecto físico estético y hasta moral produce el arbolado para detener la despoblación forestal y emprender en cambio con ahinco la repoblación; de modo que pudiera ocurrir, que aun suponiendo que el cambio de cultivo fuera ventajoso económicamente para los individuos que lo realicen, sin embargo no debe permitirse, si la desaparición de la masa forestal ocasiona graves trastornos en la región que lo soporta. El interés privado debe supeditarse siempre al interés público.

Además por la índole de la riqueza forestal está más expuesta que otras a ser destruída. El capital lo constituye el suelo y vuelo, siendo la renta el crecimiento anual de madera. Claro es que como no se puede cortar de cada árbol su capa de crecimiento anual, la renta se sintetiza en el aprovechamiento de unos cuantos árboles, resultando que se halla confundida con el capital, y por consiguiente al realizar aquélla, como hay árboles que son parte de capital, pero que son cortables, se realizan también, y aprovechamos no renta solo, sino capital y renta y por tanto destruimos riqueza.

Si a lo dicho se une que la reconstitución del arbolado es obra de muchos años y hasta a veces resulta imposible por el estado de degradación a que ha llegado el suelo, estamos todos obligados, por interés de la humanidad, a detener el hacha, muchas veces, antes de cortar un árbol, que significa utilidad y belleza y por tanto cultura, y evita esos campos desnudos, representativos de ruina y desolación que es barbarie.

José TORRES

INGENIERO DIRECTOR DE MONTES PROVINCIALES.

COPLAS FESTIVAS

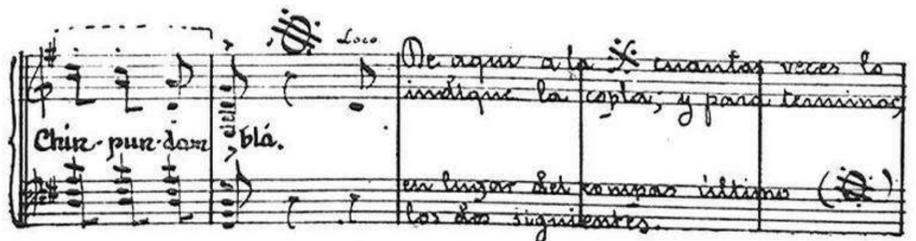
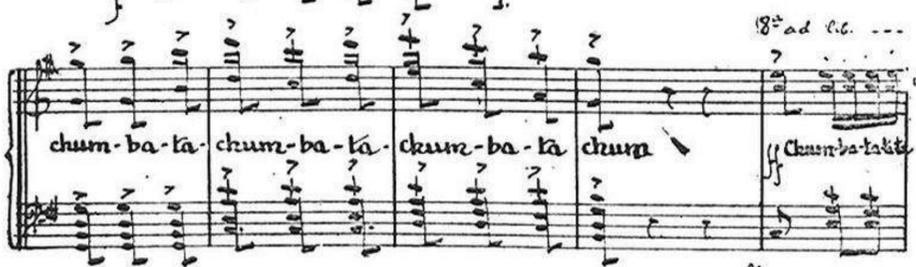
¡VIVA SAN FERMIN!

*A San Fermín hermoso,
va a intentar dedicarle este mocosito
las coplas mas floridas
que por nadie hayan sido concebidas.
Servidor, insignificante pez
que admira rendido tu morena tez,
fué toda su vida algo enredador
y pasa tus fiestas con blusa y tambor.
San Fermín glorioso,
de todos los santos el mas saleroso,
por tus fiestas loco deliro y suspiro,
con mis pamplónicas la gozo y respiro.
Desde que las bandas
anuncian el día que saldrás en andas,
siento que mi cuerpo me pide jaléo
y lo mismo observa mi amigo Tadeo
que es entre los mozos de lo mas formal,
(fuera de estos días y de Carnaval).
Otra alhaja tengo, mi amigo Venancio
que de «blusas blancas» es de lo mas rancio,
ese desde «el vispera» baja a la estación
donde me recibe ya con peleón....
Juntos los dos vamos y te visitamos
y mientras rezamos y te veneramos,
con detalle, lujo y arte organizamos
la hermosa novena que te dedicamos.
¡Nueve días, nueve noches!
que son dieciocho derroches
de emoción, alegría y amoríos....
(pero bien sin picardías y sin líos....)
Todo lo más grave es que madrugamos,
y que nos denuncian y que no pagamos,
que por empezar con diana temprano
no hay derecho, guardias, a cargar la mano.
Yo tus fiestas honro, Santo renombrado,
de los pamplónicas soy enamorado,
y de todo cuanto me suena a Pamplona
pues de ser navarro mi pecho blasona.*

*Por eso tus fiestas,
que son las mejores y las más honestas,
privan mis sentidos y siento por ellas
afición que encienden las cosas más bellas.
San Fermín glorioso,
que entre lo moreno fuiste el mas gracioso,
allá desde el Cielo los días de Julio
te hará sus preguntas algún contertulio
y ufano al amigo le irás describiendo
las «farras» que todos vamos discurrendo.
Las dianas variadas,
encierros, carreras, sustos, tamborradas,
conciertos, corridas, fuegos de artificio,
y ese zezenzusko que saca de quicio
a niños, ancianos, pequeños, mayores,
drogueros, notarios y gobernadores....
Conforme describas irás observando,
que todos aquellos que están escuchando,
poco a poco, todos, se van contoneando
que quien esto escucha termina bailando....
Santo venturoso que estás en los Cielos,
libranos este año de ciertos «canelos»
que nos desprestigian con sus melonadas,
y conserva fuertes «Ochenas» y «Oladas»....
No nos abandones a «La Pamplonesa»
la banda castiza que a mí me embelesa
cuando por las noches, con cara de pillo,
a compás te piso, ¡Plaza del Castillo!
Llévate los guardias, «polis» y serenos,
que no hemos de echarles ninguno de menos,
y verás que fiestas se arman en tu honor
de las que me ofrezco para director....
Santo de mi devoción,
si te he molestado, te pido perdón,
yo siempre te quiero, desde chiquitín
los vivas que he dado con el corazón
son: ¡Viva Pamplona, Viva San Fermín!...*

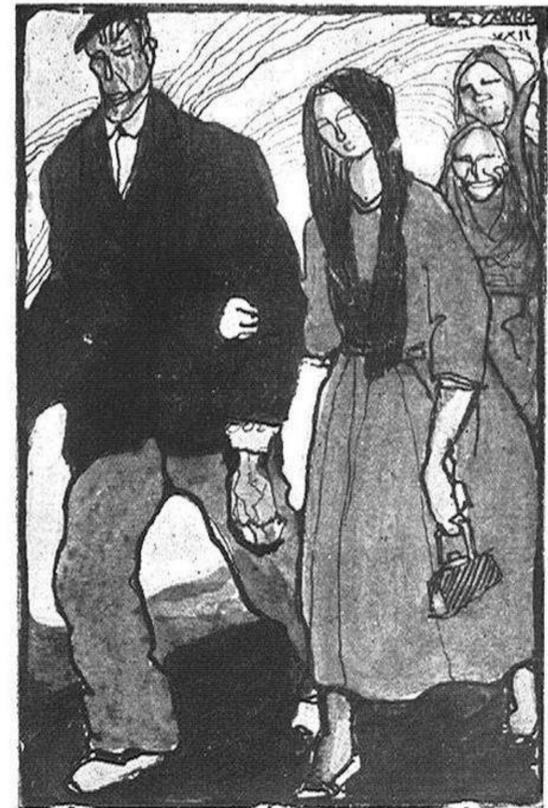
PEDRO JOSÉ ALLUÉ
(ARGENZÓN)

6to de Inguruchos = (Introducción ad libitum.)



PREMINERIAS

INGURUCHO NAVARRO



"LA ANTHONIA E IÑACIO, CASAR SE HAN HECHO,"

Después de pensarlo despacio, despacio la Anthonia e Iñacio casaron por fin. Cebaron los mozos más de cien güetes con unos chupletes que hacían ¡fi! ¡fi! ¡Fi, fi, fi, fi, fi! ¡Fa, fa, fa, fa, fa! Luego al estallar hacían ¡damblá!

Chumbata, chumbata, chin, pum, damblá.

¡Can! ¡can! La serora toda la mañana bandió la campana con el sacristán. De tanto bandiarla se rompió el badajo y al venir abajo hizo ¡pataplán! Y aplastó dos perros que hicieron ¡guau, guau! y su dueño dijo «me los han gibau...»

Chumbata, chumbata, chin, pum, guau, guau.

A los invitados les dieron bizcochos, y tiraron chochos a tóos los mocés. Después de que hubieron llenado la panza en Karrikadanza se fueron al tren.

Delante de todos marchaba el chunchún, y con el dambólin hacía ¡dum! ¡dum!

Chumbata, chumbata, chin, pum, dum, dum.

Como estaba lleno todo el Plazaola al furgón de cola se tuvieron que ir. Tocó el Jefe el pito, el Cura dió un ¡gora! la locomotora se fué haciendo ¡fi!

¡Fi, fi, fi, fi, fi! ¡Fa, fa, fa, fa, fa! ¡Chis, chis, chis, chis, chis. Chis, chas, chis, chas, chas!

¡Chumbata, chumbata, chin, pum, chis, chás!

La Anthonia e Iñacio vivieron felices, comiendo perdices, birica y chistor. Decían de Anthonia los de la Cendea, es la Echekoandrea más buena y mejor. Y es para el trabajo de mucho cozcor. Y él es un alperra de marca mayor.

¡Chumbata, chumbata, chim, pum, cozcor!

IGNACIO BALEZTENA.

Dibujo de Salvador Garrayre

(PREMÍN DE IRUÑA)

DIALOGANDO

—Pues yo lo que te digo es que, hacer si no estamos en la fuga la siega, tengo que tener ido a Pamplona. Y la Juanita de los de Basobarena y la Lifonsa de Petricocha también que irán de no surtir algún inconveniente de mal género. Anda, ánimo y venlo con nosotras. Ya verás que bien l'hacemos pasar.

—¡Bah! ¿Por falta de voluntad o así te crees que hago estar? ¡Qué más quedaría yo! Pero me s'hace figurar que el primer día me dirá la madre de no ir porque quedará marchar nuestro Ulogio.

—¡Que haga ir otro día! Después y todo ya hace tener una semana pa haber de elegir.

—Eso sí, pero ya sabes que los mozos por un regular siempre tienen ido el día San Fermín. A esos, como hacen tener mucho aguante igual pa pasar dos noches sin dormir, pues les gusta ir el primer día mucho trepano y volver después de mitades de la noche, justo pa la hora de empezar a segar o carrayar fajos.

—De todo hace haber. El día San Fermín ya es verdad que suelen marchar a Pamplona muchos mozos; pero también mozas. Y de las casas que hacen ir las mozas, un porción de hermanos de no ser, escasamente harán ir los mozos. Yo me creo eso cuestión de hablar y conformar antes que es. A más nosotras estamos que tenemos que hacer ir de vispera. Mira, a escuro rancar con que hagamos, tenemos tiempo pa llegar pa la hora los fuegos y hacer cuenta que pillamos todo porque lo más bonito es los fuegos, aquello del cine poner que suelen en la Plaza el Castillo y la música pa haber de bailar.

—¡A placer! A mí, ir la vispera si m'harían dejar en casa, ¡pa qué quedaría más! Y con la ventaja que tiene eso que puedes hacer dormir lo menos cuatro horas francas pa cuando el encierro. Porque lo que no se puede dejar ni en chanza de ver es lo del encierro y la novillada. Cuasi cuasi mejor que el baile y los fuegos juntos me parece que hará ser.

—¡Sí mujer! Mirar bien si haces las cosas, baile cualesquier domingo después del verano puedes tener, y los fuegos, bonitos aunque con ser, total güetes de lucicas y ruedas que andan chirigüeliando con chispas cuando de un color cuando de otro. En cambio eso del encierro no tienes más que por Sanfermines y contento. Y eso no s'hace pagar con nada aparte que es de baldes. ¡Mira que nos hacemos rejuntar gente! Y luego la humor que hay. ¡Yo no sé esos mozos irunshemes ruemper a pedazos como no se hacen a puro cansera con lo que bailan y blinquier y regüelven!

—¡Ya puedes decir, sí! Algunos de contau hacen ser más fuertes que una ongarina, mala aunque sea la comparanza. Y a mí lo que me choca que no l'hagan tener miedo a los toros cuando les encorren a peligro de pillar y de entrar aquellos cuernos, shardekos que parecen a puro afiladas que tienen las puntas. Yo, los toros mientras no entrar a su sitio dentro la plaza, huelgo estar alentadas como si me darían poner enferma y....

—Eso a la que más y a la que menos nos hace pasar, sobre todo cuando los toros l'andan a alguno si pillar o no. En cambio cuando salen los novillos, parte mayor de las veces huelgo estar yo no poder aguantar a tanto reir. Y lo que más me gusta es cuando l'hace

vulcar alguno de esos medio señoritos que suelen tener salido solo por haber de fantasiar.

—¿Reir? ¡No m'hables! Ahora unos años una mañana llorisquear hicé yo a tanto como me tuve reído. Y no vale nada lo mío para la Tresa. Aquella se tuvo que sentar pa no mirar y aun así y todo hizó estar un rato la hijada mal que l'hacia.

—Es que también esa hace ser mucho sinsustancia la risa cuando l'entra. Por supuesto que, sería cuando está, antoavía es más, sobre todo si no hace estar fija solo en una cosa. El otro año en la Plaza el Castillo avergonzar nos hizó una noche cuando el baile.

—¿Pues?

—Estábamos mirando eso del cine y nos encontramos con unos mozos del pueblo la Genara, que iban con Timoteo el de Kolkochuri y va y nos dijeron de valsiar con ellos porque justo en aquel instante l'empezaban a dar los de la música. Empecemos a bailar y enseguida hicé reparar adallí unos hombres y unas señoritas venga reir como estaban mirar a la Tresa y....

—¿Lo qué hacía, pues? ¿Trabar o así por no saber llevar el aire? Porque eso a menudo suele pasar cuando toca la música esos valsos del fostrós o del chosís que le dicen y que hacen ser mucho traza.

—No, no. La música le daba a una cosa bastante tal cual pa seguir, pero es que la Tresa, sin acordarse regularmente valsiando y que andaba, no hacía más que mirar a lo del cine como una pava y se quedaba de repente quieta o moviendo un poco el brazo drecho y la cabeza, cincilinciando a poquicos como si andaría. Y el caso es que el mozo que valsiaba con ella, reparar como hizó que le miraban, se hizó avergonzar y poner royo y no sabía lo qué hacer.

—En esa cualesquiera cosa que digas no me choca nada. Una sinfundamentacho hace ser.

—¡Qué diferencia de hermanas! ¡Otra cosa es la Joshepa!

—Ya lo puedes decir, sí. Esa desde que andaba a la escuela hace tener mucha listura pa todo. Yo estoy esa que les juaría a bailar muchas igual de ciudad aunque sean. Con ver que haga una vez, enseguida le tiene cogido el aire y amás sin equivoco. Y en el chun chun y en la jota escasamente hará haber quien le saque ventaja.

—¡Bah! Como esa no hará haber muchas, no. Y es pa todo lo mismo. A layar le quería juar a Casimiro el de la Félisa.

—¿Juar ya l'haría, pero ¿ganar?

—No sé. Pero yo estoy que, ganar si no l'hacia, mucho que no l'haría faltar. Es mucho templada y mucho fuerte. A güen sehuero cientos de mozos que hace haber de menos reciura y de menos coraje pa haber de hacer la fineza.

—¡Ya peligra, sí!



ARAKO.



PERIODISMO

LA DOCTRINA EN EL PERIÓDICO

Consideramos ocioso ponderar cuán grato nos es aceptar, para decir unas ideas, acaso pobres, como nuestras, sobre el tema que nos ha cabido en suerte, cuyo desarrollo encuadra y se ajusta a nuestro modo de ser, a nuestra condición de periodista veterano ejercitado en lides que, si es verdad que un día producen acaso heridas en el alma, cierto es también que causan satisfacciones hondas para el que siente en su espíritu el amor a lo inmortal, a lo excelso, a lo que en raudo vuelo se eleva sobre el montón de las humanas flaquezas.

Así es que lo primero que nos ocurre es hacernos esta pregunta: —¿Que cosa es doctrina?

—Doctrina es enseñanza que se da para instrucción de alguno.

Es también opinión autorizada y justa de alguno o algunos en cualquiera materia: es lección que se da al pueblo cristiano enseñándole las verdades de la fé y los misterios de nuestra religión: es riqueza, es tesoro acumulado de las ideas y pensamientos de los hombres que han dedicado sus trabajos mentales a la investigación, al estudio de las ciencias, al conocimiento de lo verdadero, en lo jurídico, en lo social, en lo económico; en todo el vasto campo en que se desenvuelve nuestra actividad intelectual.

Y una vez que tenemos definido lo que es doctrina, fácil y sencillo nos será desarrollar brevemente la idea de lo que es la doctrina en el periódico.

La doctrina para el periódico es *luz de luz*, es espíritu, es centella desprendida de aquella increada *lumen de lumine* que inspiró con su soplo divino al hombre el alma vivificada e inmortal.

Por eso, el periódico, si ha de cumplir su elevada misión debe poseer doctrina.

Bajo dos aspectos ha de tener el periódico doctrina: bajo el aspecto religioso y bajo el político: en lo religioso, allanado tendrá el camino si se inspira en la enseñanza y criterio de la Iglesia católica; en lo político, por necesidad tendrá que acomodar la doctrina de partido a la de la que es Maestra de la verdad.

Si no la acomoda, peor para el puesto que se quedará lastimosamente vacío y huero, así abarquen sus secciones toda la gama del humano saber.

Mas el buen periódico está obligado a difundir, a extender, a esparcir, a propagar la doctrina sana: *doctrinam disseminare*.

Si con este deber cumple, congratulémonos, sabe portarse.

Si, por el contrario, en lugar de poseer doctrina y propagarla, imita a aquellos *filósofos doctrinarios* franceses, aquellos conservadores eclécticos que no solo no tenían amor a la doctrina sino que admitían toda clase de ideas, las más opuestas e incompatibles: entonces el tal periódico bien podemos decir que es completamente necio, acaso enervante, acaso pernicioso, quizá funesto.

Estos *doctrinarios*: que por un lado niegan la posibilidad de una política de principios y consideran necesarios las transacciones entre las más opuestas doctrinas para la marcha del gobierno de los pueblos, son para la doctrina católica elementos disolventes, piedras de escándalo en las que las naciones tropiezan y caen.

Podrán esos tales, ya sean gobernantes; ya sean publicistas, coonestar sus actos con lo pantalla de su buena voluntad, pero de esas buenas voluntades está empedrado el infierno.

Conclusión:

Lo que necesariamente resulta de estas reflexiones es que la Doctrina en el periódico es una función augusta de ilustración y enseñanza del pueblo; función dimanante del más alto Magisterio; el de Cristo y su Iglesia.

Si el periódico difunde doctrina y la sirve honradamente al pueblo, los que lo dirigen y los que en él laboran podrán oír, en su día, aquella gran absolución de Cristo: —«Venid, benditos de mi Padre, porque tuve sed y me disteis de beber!»—

¡Oh! ¡Qué gran obra de misericordia es la del periódico que ofrece al pueblo sediento el vaso de agua de la Doctrina verdadera!

HILARIO DE OLAZARÁN.

REFLEXIONES EN EL OCIO

En esta magnífica revista que con tan exquisito gusto ha editado don Emilio García Enciso hallarás, lector, tratados, múltiples y de los más opuestos asuntos. Desde el anuncio mercantil hasta la bella descripción del valioso monumento arquitectónico. Obra dedicada a un pueblo hablará de sus habitantes, de cuanto por ellos ha sido hecho antaño y en el presente con el fin de procurar satisfacer las necesidades de la vida. Que todo es fruto en el mundo de la necesidad. ¡Y cuán pertinaz es su imperio!

Por la necesidad de salvar el alma buscamos al sacerdote, por la

necesidad de ahuyentar o evitar el dolor recurrimos al médico, por la grosera e imperiosa necesidad de comer... trabaja el hombre.

Es la predicción divina que ha de cumplirse inexorablemente. Por cuanto has escuchado—dijo Dios a Adán cuando quebrantó su mandato—la voz de tu mujer y comido del árbol que te mandé no comieras, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a fundirte con la tierra de que fuiste formado; pues que polvo eres y a ser polvo tornarás.

El dilatado y vasto campo de las necesidades que ese *polvo viviente* siente es el origen de cuanto existe en el mundo de útil y meritorio o innecesario y reprobable, pues el hombre, hecho de la tierra, hállase pegado a ella y como ella es, en ocasiones, vil y sucia...

Mas esa jaula de polvo encierra un bello pájaro que dá a su cárcel, vida, alegría, esperanza, ilusiones... Por ese pájaro sutil, hábito divino, el hombre es algo más que un parásito de este suelo de miseria y de podredumbre. «La esencia de su ser es tan grande por lo menos como el pensamiento y el pensamiento que es la expresión del alma y su libertad tan grande como el universo, mayor que el mismo mundo». Por ese sobrenatural y portentoso acoplamiento de lo terreno con lo inmaterial, la existencia del hombre gira alrededor de dos polos «el polo de las realidades y el polo de las ilusiones»; éste es el polo ardiente, el polo de la ilusión y de la fantasía, facultades del alma a las que se les permite viajes de recreo fuera de la cárcel de nuestro cuerpo trasladándonos a las regiones etéreas de lo ideal, huyendo del otro polo, del polo helado de las realidades que son los infortunios, los pesares y las necesidades de que se halla abrumada nuestra pobre existencia material.

La imaginación «pulmón del alma» que obra sobre los sentimientos como el narcótico sobre el dolor, es la que dá positivo encanto y color a la vida, suavizando, cual buril maravilloso, las duras y punzantes asperezas de la necesidad, embelleciendo las groseras realidades, esmaltando de flores el inmenso páramo de la vida.

Por la imaginación el andante caballero de Cervantes, mal ferido en el «duro, estrecho, apocado y fementido lecho» de la venta que él imaginaba ser castillo, parecióle «fermosa y alta señora» la coima Maritornes, «moza, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta y del otro no muy sana». Por la imaginación la camisa de arpillera de la moza, parecióle ser «de finísimo cendal y las cuentas de vidrio de sus muñecas, diéronle vislumbres de preciosas perlas orientales y los cabellos que en alguna manera tiraban a crines él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia cuyo resplandor al del mismo sol obscurecía y el aliento, que sin duda ninguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de la boca un olor suave y aromático».

Y es que D. Quijote vivía en el mundo de la fantasía, imaginando verdades «las soñadas invenciones» de los libros de caballería, así como el zafio y plebeyo Sancho asido a la realidad grotesca de las descomunales e hilarantes aventuras de su señor y amo.

¿Y quien de los dos es más feliz? ¿El romántico D. Quijote que consigue idealizar cuanto le rodea o el rústico y bellaco Sancho que no ve en todo más que la realidad prosaica y burda?.

El goce que proporciona un ideal—afirma el doctor Call—no muere nunca; el goce que engendra la realidad suele nacer muerto.

Y el amor «alma del alma humana», «hilo divino que nos dice que que no todo es farsa en la farsa de la vida» ¿que es el amor sino una exaltación, un delirio de nuestra fantasía? El amor es el reinado del espíritu; en su acepción abstracta y pura es el desprecio de la materia... y hasta en el amor «santa aspiración de la parte más etérea de nuestro espíritu» asoman su faz grosera las necesidades fisiológicas y materiales....

Y siempre y en todas partes la realidad, la necesidad clavando despiadada su zarpa sucia y fiera en el hombre, convirtiendo su vida en una eterna lucha, en la que, «para aliviar el alma de un peso que le abrumba, busca el vicio el vicioso; el estudio el sabio; la oración el creyente»; «tenaz lucha del, polo helado con el polo ardiente que solo acaba con la muerte» «el supremo descanso» con la reversión del polvo al polvo, con la libertad del alma.... «Que morir es nacer después del trabajo de vivir».

Tengamos ilusiones y aunque no vivamos abandonados a su ciega corriente, no nos separemos demasiado de su atmósfera pues fuera de ella—aconseja un filósofo—la vida es un martirio. Sin ilusiones el corazón se agota.

Más si quieres, hombre, triunfar y prosperar en la tierra, no te entregues sin reservas al dominio del polo ardiente, no te elevés demasiado y vuelés muy alto pues te expones a que la caída, inevitable, sea más dolorosa y fatal, más desastroso el choque con el polo helado. Ya lo dijo «Crispín». «Para salir adelante en todo, mejor que crear afectos es crear intereses». Es muy triste pero es muy verdad, tan verdad como que la vida del hombre no es más que una lucha por la existencia «una carnicería incesante donde los seres, unas veces cazadores y otras cazados, se disfrutaban las piltrafas de una horrible presa....»

JOSÉ LECÁROZ GOÑI

Pamplona, Junio 1925

CURANDERISMO Y PALURDISMO

Me ruega el editor de esta Revista, honrándome mucho, la publicación de un artículo titulado «La escultura en Navarra» y me niego a ello, pues no creo sea preparación suficiente para escribirlo, haber leído cuanto bajo los títulos «escultura, «estatuaría» y «relieve» se dice en el «Diccionario enciclopédico»; digerir algo de lo manifestado por unos pocos filósofos respecto del Arte; y ser amigo de un escultor navarro, siquiera este sea tan excelente como Orduna.

Pero se me encomienda en su defecto escribir acerca del curanderismo y esto ya me agrada más, pues, aún cuando lo encuentro también comprometido, está más «corde con mis disciplinas y aficiones».

Podemos definir el curanderismo como una plaga social que tuvo su razón de ser en la vida primitiva de los pueblos, pero que es incompatible con el actual estado de cultura y civilización.

Curandero es el que hace de médico sin serlo. Y todavía podemos añadir, que el curandero vive únicamente de los incultos, de los analfabetos de la inteligencia: de la gente de aldea que no lee ni sabe y de los aldeanos de la ciudad que son los que vistiéndose de señoritos consiguieron entrar en la ciudad sin que el espíritu de la ciudad entrase en ellos.

Hay que advertir, que en España tenemos 3.000 pueblos sin camino. De 14.460 abastecimientos de agua inspeccionados, únicamente 4.000 pueden estimarse como protegidos. Lo que demuestra el descuido en que se tiene todo lo referente a la salud pública y la rápida difusión, por medio de las aguas en bebida, de las enfermedades infecciosas.

Solo el paludismo representa una pérdida anual de 72.000.000 de pesetas: Julio Senador ha dicho que «el paludismo y el palurdismo son los dos peores males que sufre España», y le sobra razón.

Curanderismo y palurdismo, todo es uno y lo mismo. El curandero o falso médico, sabe de sobra que «de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco», porque esto lo sabe cualquiera. Y se dice: puesto que con los versos no se come, o se come mal, y quien hace locuras no consigue sino acabar en el manicomio o casándose, bueno será vivir a costa de la salud y de la candidez de los ignorantes.

Y es muy chocante lo que ocurre en este mundo pecador: nadie quiere un duro falso, un cura falso, ni un militar falso, y, sin embargo, son muchos los que transigen con el falso médico. Tienen un reloj descompuesto y, no fiándose de nadie, lo envían al relojero—que es el que sabe arreglarlo. Pero, en cambio, se les descompone cualquier miembro o víscera importante y no vacilan en consultarlos con el primero que encuentran.

A los que así discurren, si esto es discurrir, recomendamos lean libro tan instructivo como el titulado «Las maravillas del cuerpo humano», de Octavio Béliard; tenemos la evidencia de que, leído librito tan ingenioso, cambiarán enseguida de manera de parecer.

El éxito del curandero se dá por descontado, porque, desgraciadamente, los individuos que tienen sentido común y un claro concepto de la higiene y de la sanidad, son los menos; y porque el que requiere los servicios del intruso, lo hace siempre clandestinamente, sin que se entere de ello el médico de cabecera. Y ocurre que si, después de la visita al curandero, el enfermo empeora, procuran este y sus familiares callarlo; pero si, por el contrario sana, no dan paz a la lengua y se constituyen desde aquel momento en abnegados propagandistas de su fama.

El curandero cuenta siempre con la bondad del público, que solo dice de aquél los casos buenos. Los médicos no tenemos esa suerte, sin duda porque somos muchos (cuando abunda el número

viene la depreciación) y mejor se cuentan de nosotros los fracasos que los éxitos.

Pero aún ocurre más: la mitad de los españoles son analfabetos. De los que saben leer y escribir, la mitad por toda cultura, echan la firma y leen únicamente «sucesos» «toros» y «deportes». De los que poseen título académico, dos terceras partes no se bañan y combaten la funesta manía de leer. Y, luego, el Código penal es deficiente y anticuado; sin ningún criterio sanitario. Tiene más de medio siglo de vigencia y es urgente modernizarlo, porque la medicina y cirugía de hoy no son las de entonces; se dá el caso—afrentoso para los actuales españoles—de que mientras en el Código «Las Partidas», del siglo XIII, se castigaba a los intrusos «desterrándolos a una isla por cinco años», con el Código penal que rige, se considera casi siempre al curanderismo como falta y se castiga al que lo practica con «cinco pesetas» de multa, «si se le demuestra la intrusión», que casi nunca se demuestra.

Y para qué seguir: en Navarra han existido curanderos, existen y existirán. Como existirán en toda España: porque lo quieren todos, Autoridades y pueblo.



Curandero del siglo XVI - (El charlatán sacamuelas)

un niño atacado de meningitis, someténdolo a un «tratamiento gimnástico de respiración artificial». Y aún no hemos olvidado el crimen, tristemente célebre, cometido en Gador (Almería) por una curandera que pretendió sanar a un tísico haciéndole beber la sangre de un niño previamente sacrificado.

Pero también no es menos cierto que, aquí en Navarra, el curanderismo está muy arraigado y ello no debiera suceder en la patria chica de Servet, Huarte San Juan y Ramón y Cajal, porque nos perjudica seriamente.

No tiramos la ciencia del curandero, sino su ignorancia. Si tanto sabe ¿por qué no acude a una Facultad de medicina y examinándose, entra en la legalidad? Por dinero no será, pues casi todos los curanderos, se hacen ricos.

Estamos convencidos de que «los títulos no dan ciencia sino que la suponen» y de que existen muchos licenciados y doctores que se abandonan y no estudian; pero haría falta saber si gran parte de la culpa no la tienen esas gentes que, con diez pesetas anuales por familia, creen pagar al médico que les asiste de noche en invierno, mientras que, en cambio, cuando se traumatizan, acuden «de tapadillo» al curandero. El médico se entera más tarde y la repetición de estos casos le hace ser excéptico y perder cariño a la profesión.

Páguese bien al médico, que la salud no se compra con ningún dinero y trátese bien; instálense alcantarillados y baños públicos; háganse buenas escuelas provistas, en las ciudades, de piscinas natatorias con calefacción para el invierno; que la inspección médico-escolar sea un hecho y que las cartillas sanitarias se repartan con profusión. La abolición del curandero es un problema de cultura. Y de estropajo y jabón. Pesan sobre nosotros veinte siglos de roña y para vencerlos hay que educar físicamente al hombre desde niño; Desde la escuela.

Queremos vivir como en país civilizado y sepan los intrusos que—al combatirlos—nos preocupa mucho más la salud del pobre enfermo ignorante que el perjuicio económico que ellos nos puedan hacer.

Así es, y mentiríamos si otra cosa dijésemos.

J. CLAVERO

Pamplona, Junio 1925.

EL ARTE EN LA VIDA

«Tienen ojos y no ven...»

La frase bíblica es también aplicable a los hombres del día. Cegados unos por su incultura y el duro batallar de su existencia miserable, embriagados otros por ambiciones malsanas, perdieron sus ojos la dirección al infinito, hacia la divina altura, de donde procede toda luz; luz que se derrama esplendente, dando realce y matiz a cuanto el Universo encierra; astros misteriosos, mares insondables, espacios sin fin.

Perdida la sencillez de costumbres, búscanse con avidez impresiones fuertes, sin cesar renovadas, que satisfagan, siquiera un instante, la insaciable sed, olvidando que cerca de nosotros, a la altura de los labios, está el venero de agua limpia y refrigerante que jamás hastía, que nunca envilece, que siempre espiritualiza, que limpia de escoria nuestra alma, bañándola en el puro deleite de la emoción estética.

Preténdese, en vano, comprarla a precio de oro, sumiendo el vulgar espíritu en la estación de moda, visitando celebrados paisajes, y poseyendo, con dispendios cuantiosos, los productos del arte bello.

Mas la emoción estética que no se rinde a la riqueza, se entrega sumisa y dominadora al espíritu selecto, que la siente palpar en el contraste vigoroso como en el suave matiz, en el arte y en la naturaleza, en la creación del Genio y en la obra sublime de Dios.

Las aristocracias,—de cualquier orden—han sido siempre minoría; y junto al hombre de exquisita sensibilidad, para quien no guarda secretos el murmullo de la fronda, marcha «con ojos que no ven», la multitud indiferente, hollando las cándidas florecillas que esmaltan su vía de dolor.

La muchedumbre no siente el arte, y es hermética al encanto melancólico del rayo de luna. Cuando levanta del trabajo su frente sudorosa suele ser para interrogar al horizonte sobre probabilidades atmosféricas o por la próxima hora de su yantar.

Y sin embargo, la aspiración a lo bello es tan humana, que se ha requerido la herrumbre de los siglos para cegar su fuente.

El hombre prehistórico, antes de vestirse, se adornó.

Pero no se ha extinguido, aunque esté aletargada o desviada de su recto fin, y es preciso hacerla resurgir, noble y potente, en el alma del pueblo; hoy más que nunca, ya que sus ocios son más largos, su vida más materializada, más acuciador el incentivo del placer sensual.

Hay que crearle un arte popular que brote de la entraña misma del pueblo y a él vuelva, quitaesenciado, pero no deformado; (¡gloria a nuestro Orfeón que tan hondamente ha laborado creándolo y difundiendo!) hay que hacerle un hogar atractivo, decorado con sencillez y gracia; hay que dificultar su acceso a los horribles antros donde fulgura siniestra la llama de la lujuria y el alcohol; hay que abrirle las puertas y empujarlo a los lugares de recreación bella y honesta; hay que profundizar en honda raigambre el sentimiento religioso, que cicatriza y aun embellece las lacerias del humano vivir...

Pero sobre todo hay que formar a las generaciones nuevas en supremos ideales, llevándolas por la inflexible línea recta del deber y del trabajo; pero *entre himnos y cánticos*, aureolando su cándida frente con nubes de incienso que le infundan belleza, que le hablen de Dios.

El problema, en cuanto a la formación estética se refiere, es complejo y difícil, pero no insoluble, adelantándose a buscar solución las naciones más progresivas, aquellas que han vinculado *de verdad*, en la educación de la infancia, la grandeza futura del País.

No pretemos que surja entre nosotros, como por ensalmo el estupendo movimiento social que este problema ha suscitado en pueblos más venturosos. No llegaremos por ahora a la *fermentación nacional* de la Bélgica de hace veinte años; nuestras escuelas no serán como en América y Suiza el Palacio del Niño; nuestra acción social, débil y fragmentaria, carecerá de la formidable cohesión que hizo de Alemania en este particular la primera nación de Europa; no encontraremos quizá la cooperación desinte-

resada de artistas célebres, que como en Inglaterra, pongan al servicio del niño su arte; ni lograríamos hoy el rotundo éxito que la Sociedad Nacional del Arte en la Escuela, constituida, más que todo, por ciudadanos de buena voluntad, ha conquistado en el suelo francés con su acción rápida y fecunda.

Mas por instinto de conservación, por decoro nacional, y por respeto al Niño, comencemos, siquiera, por derribar hasta la última de nuestras vetustas escuelas, erigiendo otras pulidas y alegres, con decoración mural riente y sencilla, con cuadros de poética evocación, con muchas flores, aire, agua y luz, y en lo alto un amplísimo ventanal, por donde penetren,—como quería Montaigne,—llenándolas de adorable encanto, Flora, las Gracias, la Alegría, la Felicidad.

MARÍA ANA.

UN ASPECTO DE LA ENSEÑANZA EN NAVARRA

Interesante pleito, no solucionado definitivamente hasta el presente, el planteado con motivo del nombramiento de maestros encargados de regir nuestras escuelas primarias. Todos los radicalismos, las más audaces soluciones, han tenido acogida en la Prensa general y profesional, siempre generosa, amparadoras, como corresponde a estos tiempos de tolerancia y discutida revisión de valores.

Es indudable que abundan mil razones pedagógicas que demuestran la conveniencia, y aún la necesidad, de que los educadores pertenezcan a la misma región en que deben desempeñar su elevada misión. La observación y conocimiento del niño son fundamentales, imprescindibles en la labor educadora al sentir de los más notables psicólogos de la infancia y ello explica el fracaso que han tenido algunos maestros de sólido bagaje intelectual y reconocida vocación profesional, al verse obligados a dirigir una escuela compuesta de niños que juegan, sienten y hasta hablan de modo distinto al suyo.

El eximio pedagogo y propagandista en Huelva de las ideas manjonianas D. Manuel Siurot opina, así mismo, que los maestros deben proceder de la región a que pertenezcan sus educandos. El conocimiento de las modalidades regionales y aun locales no se improvisa; hace falta muchos años de convivencia para desentrañar el alcance de actos que al principio se creen insignificantes.

La disciplina escolar, basada naturalmente en el amor recíproco, exige que los niños quieran al maestro precisamente por conocerle y ¿cómo han de conocerle si el medio ambiente es una carrera implacablemente aisladora entre individuos de distintas regiones con sus costumbres recíprocamente exóticas y extraños hábitos cuya modificación, además de ser muy lenta e incompleta, anula toda espontaneidad?

Este espíritu del Fuero que permite a cada localidad designar sus maestros, debiera hacerse general. Que cada región, cada provincia, cada municipio puedan elegir sus maestros de entre los solicitantes capacitados, pero no enturbiando, desfigurando el espíritu del legislador permitiendo la intromisión del torpe y nefasto caciquismo, sino rodeándose de las mayores garantías de acierto, haciendo un análisis detenido de las hojas de estudios, antecedentes profesionales, informes de la Inspección, etc., de los maestros aspirantes a una plaza determinada, ya que, en materia de educación, a una cultura amplia y un marcado deseo de trabajar, es imprescindible se una la más reconocida aptitud profesional. Por otra parte, en la imposibilidad de ser los mismos padres los educadores de sus hijos, es natural que quieran delegar tan importante misión en personas de su confianza más absoluta.

El Magisterio navarro, nombrado en su mayor parte al amparo del fuero, ha demostrado en mil ocasiones su valía y amor a la niñez y será perdurable en la memoria de todos el reciente Cursillo de Irurzun de donde, y con la colaboración técnica de la Inspección de 1.ª Enseñanza, salió el «programa en tres grados para las escuelas nacionales de Navarra» que tan en falta echaban los maestros y tanto facilita su labor en beneficio de la infancia. Este programa obra de todos en la que se hermanaron largos años de práctica y una técnica depurada constituye un orgullo muy legítimo del que deben estar satisfechos nuestros maestros y agradecida Navarra.

FERMÍN GARCIA EZPELETA.

A cé qu' están alobáus
 pu aquí abajo en la Ribera,
 los que tienen laboriando
 cuarque miajica di hacienda;
 to 'l año tién que pasase
 oselvando l' atmosfera,
 temiendo llueva a destiempo
 u qui a su tiempo no llueva;
 recelando qui una helada,
 qui un nubláu, qui una pedréa,
 deshagan en un voléo
 to 'l trebajo y la cosecha...
 ¡Qué desgraciadicos son..!
 ¡Cómo m' atrista y m' apena,
 pensál que tóas las canículas
 que cuesta jadiál la tierra,
 puén malograrse en un rato
 con qui apatusquíe u no llueva..!

**

El cielo está mucho azur,
 mucho limpio y mucho claro,
 y el sol, que paice un membrillo,
 relumbra arribota en lo arto...
 No se vé una sola nube
 que barrunte un chaparrazo,
 ni sopla una miaja di aire,
 ni nada pa bien del campo...
 Y así, sin cáil una gota,
 con el tiempo de secano,
 y esquebrazada la tierra,
 no sé ya lo que llevamos:
 que solo sé que los piones
 vienen sienpre cavilando,
 pues recelan s' icha 'ncima
 otra vez un año malo...
 ¡Y hace farta ser pioncico
 de los que jádian el campo,
 pa sabél lo tempestoso
 qu' es un ivierno sin tajo,
 pa sabél de la preturbe
 que trai el no habél trebajo..!
 Pol eso nunca m' extraña
 que los piones, hombres sanos
 de ideas y de querer,es,
 a Dios levanten sus brazos.
 Y pol eso no m' armira
 que saquen de su Santario
 a la Vilgen, que jué siempre
 la qui agua frujo pal Campo.
 Pol eso no me sorprende
 vel, de rodillas rezando,
 a un bracero qui a su Vilgen
 esta uración dice en arto:



»Señora y Madre de Dios,
 »lucérico de los Cielos,
 »pimpollico de Santa Ana,
 »Vilgencica de mis sueños,
 »querencia de mis amores
 »que siempre apagas mi duelo:
 »bien sé que soy un casporro
 »que de tú nada meresco,
 »que tengo pocas aforros
 »y tengo muchos defertos;
 »bien sé que m' enfado pronto,
 »que tengo mucho mal genio...
 »y que hasta vuelgo jurál
 »por el menor contratempo.
 »Mas, ten compasión de mí,
 »que bien sabes que te quiero;
 »qui apenas cuasi tetaba
 »esti probe jolnlero,
 »cuando ya mi güena madre
 »(goce 'e Dios que ya s'ha muerto),
 »escomenzaba a enseñame
 »la Sarve y el Padrenuestro,
 »y a tenel en tú confanza,
 »y amate con amol ciego...
 »Comprendo que no soy dino
 »de qui hagas caso a mis ruegos:
 »mas... ten duelo de mis muetes,
 »de mi mujel, de mis viejos,
 »que de mis jolnales comen,
 »qui a mi costa los sostengo;
 »y trai con prontura el agua
 »que dende hace tanto tiempo
 »n' ha caido pol la Ribera,

»pa nuestras piezas y huertos...
 »Tráila pronto, que los campos
 »no puén aguantal de secos,
 »y no se pué laborialos
 »porqui hay farta de tempero:
 »tráinos agua que si nó
 »tendrán hambre los braceros,
 »y m' embalgarán las tierras
 »pol no pagal el arriendo..
 »Tráila pronto, que no puedes
 »dejál de atendel el ruego
 »del qu' en tu valél confía
 »pa salir d' esti bujero...»

**

Escucháide estos lamentos
 Vilgencicas ribereñas,
 y lográide pa los pueblos
 que por Patronas sus rezan
 que caiga el agua a cantáros,
 pa que empape bien la tierra...
 Escucháide: Vilgencicas
 del Portal, de la Cabeza,
 de la Blanca, del Romero,
 de la Barda, Ujué, la Cueva,
 Del Regadío, del Yugo,
 del Popúlo, de la Nieva,
 del Plú, la Gracia, del Soto,
 de la Paz, qu' es cirbonera,
 de Sancho Abarca, Araceli,
 del Villar, que es de Corella,
 Jerusalém, del Castillo,
 y Santa Ana, de Tudela...
 Escucháilos, qu' eso aguarda
 de vusotras la Ribera...

**

¡A cé qu' están alobáus
 los que trebajan ia tierra,
 que tién que pasase el año
 oselvando la atmosfera..!
 Pol eso a mi no m' extraña
 que quien tiene la cabeza
 güerta sienpre hancia los cielos,
 a Dios rece y en Dios crea;
 como tampoco el oíl,
 u el ver qui un ribero reza
 a la Vilgen de su pueblo,
 pa que sus campos proteja,
 qu' en la cosecha del campo
 halla el piön su mantenencia...

JUAN JOSÉ SALAMERO.

(IBAR)

Dibujo de J. J. Montoro.



El vascuence en Navarra

F. Michel, en su obra «Le Pays Basque» (año 1857) nos cuenta que aseguraba un navarro de Olite «este idioma (el vasco) ha perdido desde hace 20 o 25 años alrededor de 8 leguas de territorio en Navarra: él había hablado vascuence con los chicos de su edad en Olite, hace 35 o 40 años, y hoy es menester remontarse en Navarra, 7 u 8 leguas al Norte de ésta localidad, media legua más lejos que Pamplona, para oír hablar vascuence en las aldeas.»

Restemos, pues, 40 años de la fecha aproximada del diálogo, año 1855 y tendremos que en 1815 era la lengua vasca, la corriente de la población de Olite, puesto que la hablaban los chicos, que son los primeros en perderla.

Aunque el navarro de Olite dice que es menester, en la fecha del diálogo, remontarse media legua por encima de Pamplona, para oír hablar vascuence, se refiere a oír hablar exclusivamente, a chicos y mayores, pues entonces se hablaba, aunque no exclusivamente y en algunos lugares sólo por las personas de cierta edad, muy por debajo de Pamplona, como atestiguan los datos que nos proporciona el Príncipe L. L. Bonaparte (insigne vascófilo que recorrió gran parte de Navarra, dedicándose al estudio de las distintas variedades de nuestro idioma) en su hermoso mapa lingüístico del País Vasco.

En él están meticulosamente determinadas la extensión e intensidad del euskera y de sus dialectos.

De éste mapa, editado en 1863, tomo los datos referentes a Navarra. La línea hasta donde se extendía en 1863 el idioma vasco, comprendía los pueblos siguientes, yendo de la muga de Aragón hacia la de Alava, es decir, de Este a Oeste: Burgui, Icoiz, Gallués, Racas alto, Ongoz, Larequi, Ulli bajo, Artajo, Indurain, Guerguetiain, Bessolla, Izco, Iriberrí, Iracheta, Bariain, Orisoain, Barasoain, Garinoain, Añorbe, Puente la Reina, Artazu, Soracoiz, Garisoain, Estenoz, Iturgoyen, Torrano, Lizarraga y Ciordia. Hace, pues, 62 años, se hablaba vascuence, como se puede ver en el adjunto esquema, por toda la extensa zona rural que rodea a Pamplona en 25 kilómetros a la redonda, dejando oír sus voces a las puertas de Lumbier y Tafalla. Desde 1863 hasta hoy, en el transcurso de esos 62 años ha perdido Navarra para el vascuence, una cantidad considerable de pueblos y villas, pues actualmente el límite de Euskal Erría lo forman los pueblos siguientes: Uztarroz, Isaba y Vidangoz en Roncal, Güesa en Salazar, Aristu en Urraul alto, Lacabe, Uriz, Zanduetza en el valle de Arce, Biorreta, Uroz, Aguinaga, Galduroz en Arriasgoiti, Aquerreta, Larrasoana, Idoz, Guendulain en Esteribar, Zandio, Beraiz, Ostiz en Olaibar, Anoz en Ezcabarte, Belzunce, Larrayoz, Aristregui en Juslapeña, Gulina, Larumbe en el valle de Gulina, Erroz, Izurdiaga, Urrizola en Araquil, Lizarraga de Ergoyena y Ciordia.

En la zona euskaldun de Navarra, hay una gran extensión, en la que el vascuence languidece a punto de apagarse, en la que chicos y jóvenes no lo conocen y muchos adultos no se acuerdan de que lo saben, mientras no se les explora en ese sentido: comprende toda la parte que se halla al Este de Velate y Ullzama, a la derecha de la línea de puntos, en el mapa, salvo los islotes siguientes: la parte Norte del valle de Salazar desde Esparza; incluso el Valle de Aezcoa, las Abaurreas, y Valcarlos donde lo hablan la mayoría de los habitantes.

Por todos los restantes valles de esa zona, Roncal, Sur de Sala-

zar, Arce, Erro, Esteribar, Arriasgoiti, Anué Olaibar, Juslapeña, Gulina y Araquil, nuestra lengua desaparece por días,

Aun en la región Noroeste, a donde ha ido retirándose, víctima del desprecio de los mismos naturales, aunque hoy se mantiene fuerte hay pueblos y villas donde sigue el mismo camino que el que lleva en los valles antes citados: en Elizondo, Vera, Santesteban, Lecumberri, Larrainzar o Alsasua, no es difícil encontrar jóvenes naturales del País, que no saben hablarlo, y en las plazas de esos pueblos el idioma corriente y casi exclusivo es el castellano. Al hacer esta observación no piense el lector que pretendo desaparezca el castellano de nuestro País, sino muy al contrario, que se enseñe eficazmente, ya que su desconocimiento acarrea innegables molestias a nuestros base-

rritarras, pero dado que nuestro pueblo no entiende que ambos idiomas son perfectamente compatibles, y que ambos pueden enseñarse sin ningún esfuerzo a los niños, el hecho de que en un pueblo empiece a dominar el castellano, implica indefectiblemente que el vascuence se bate en retirada.

Repetidas veces se han enumerado las causas de ésta rápida desnaturalización de Navarra, que contrasta con la poca variación que el límite de la lengua vasca ha sufrido en Vizcaya o Alava y sobre todo en el País Vasco-francés, donde se mantiene invariable hace muchos años.

En vista del poco sentimiento vasquista de nuestros euskaldunes, tanto letrados como rústicos, para detener la desaparición del vascuence, no hay hoy otro medio que el dinero. Otorgar premios en metálico a los chicos que mejor lo hablen, en los pueblos en que pueden ser enseñados por sus padres que aún no lo han perdido; de ésta manera se incitaría la codicia de los padres, que pueden satisfacerla, enseñándoles a hablar a sus hijos.

Dejando aparte el aspecto pintoresco del arbolado y la casa típica que se nos van a una con el idioma, para recordar los valores morales que también se pierden, copio las siguientes líneas de Arturo Campión:

«El tipo euskaro pierde terreno. La marea sube: el agua corruptora de la asimilación empuja su limo hasta las cumbres de las altas montañas. Todo conspira contra él: la facilidad de comunicaciones, la proscripción oficial de la lengua: el utilitarismo: la emigración a América, ese necio impulso de hombres y monos que se llama imitación, el abominable ejemplo de las clases elevadas que sacrifican a la moda y a lo que denominan buen tono los hábitos sencillos y el idioma admirable de sus abuelos ¡Desdichados! Crean distinguirse y se confunden con una turba vulgar sin originalidad ni nombre ni forma: polvo liviano de unas ruinas sublimes que, por ser polvo, el porvenir, si algo vale, ha de pisar y olvidar.—Ayudan sin comprenderlo, a la obra de descomposición a que asisto con náuseas en el estómago y lágrimas de sangre en los ojos.—Si en vez de ser elevadas por su posición y fortuna, esas clases lo fueran por el corazón y la cabeza, verían que la decadencia del tipo euskaro en Navarra representa un enorme descenso en el nivel de la moralidad social, familiar e individual de nuestras clases populares.



----- Límite del vascuence en 1863
 - - - - - Límite actual.
 Divisoria de la intensidad.

EL TURISMO EN NAVARRA

La personalidad turística de Navarra tan propia, tan grande y tan inimitable es digna de mejor suerte y merecedora de una activa atención de sus hijos, ya que propagando las bellezas pasadas y los encantos actuales de la región, se honran dos épocas—el hoy activo y los siglos de oro—de la vida navarra.

En admirable diversidad se unen, por todo el solar, las bellezas de los paisajes con los vestigios emocionantes de los tiempos de realeza; las construcciones artísticas, con la solemne quietud de los campos atrayentes, el arte fino de las joyas religiosas, con las grandezas de la naturaleza... todo eso, en fin, que es estudio, regocijo, admiración, recuerdo y gloria.

A pesar de ello, son poco conocidos, aun por los mismos navarros, los puntales imperecederos de esas atracciones. Si nos pusiéramos a realizar un estudio estadístico, tendríamos que señalar mayor número de extranjeros que de españoles y aun navarros, los que visitan las altas cumbres de las glorias del pasado Reino Pirenáico.

En estos tiempos, el afán de viajar, el gusto de conocer horizontes nuevos, ha progresado, notablemente. Es el éxito de las comunicaciones de ahora. En Navarra tenemos, como se ha dicho, medios incomparables de diversas atracciones. ¿Por qué pues, no se ha de trabajar para el fomento de un turismo, ordenado y educador, bello y profuso?

En otras regiones, cuando al viajero se le enseñan las curiosidades históricas, que comprenden un primer plano de la atracción culta, hay que indicarle qué es aquello, qué mérito tiene, que representó en la vida pasada, para que la curiosidad dé paso al interés.... En Navarra, tenemos muchísimos restos de los siglos pasados, muchísimos monumentos históricos, que sin citar sus méritos por lo que fueron, causan la admiración espontánea por lo que son. Y este es el mayor mérito. La Catedral pamplonesa, Roncesvalles, los detalles de Estella, Iruzu e Irache, las ruinas emotivas de Leire, del Palacio Real de Olite, la magnificencia de Javier, las bellezas de Sangüesa y otros muchos lugares navarros, son dignos de que nosotros mismos, tengamos el deseo de darlos a conocer.

Otro aspecto tiene Navarra, que le hace ser sumamente propicia para fomentar el turismo: el encanto de sus paisajes, variadísimos, imponentes, tranquilos.... Ese valle de Baztán, esa Cuenca del Bidasoa, esa ruta recta hacia Guipúzcoa pasando por las montañas del valle de Larraun, ese encanto apacible de las montañas de la Ulzama,

la grandiosidad de los paisajes roncaleses, lo imponente de los descensos de Velate y Astobiskar, la hermosura de las campiñas aldeanas y de los campos ribereños, son dones de la Naturaleza, maravillas de ella, que hacen del suelo navarro, la más variada expresión de sus primores....

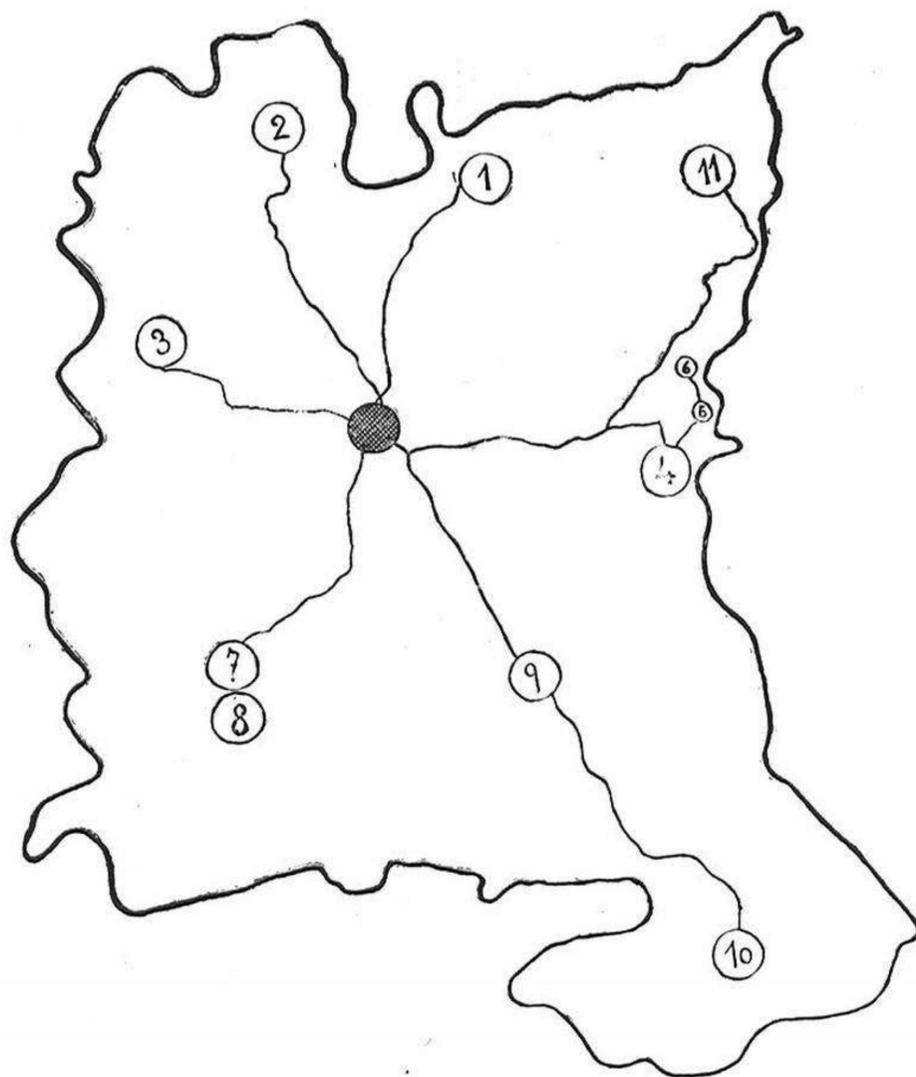
Todas estas materias primas para establecer una atracción cultísima son dignas de adornarlas con los gustos del turismo moderno. En Navarra, son muy buenas las carreteras, numerosas las comunicaciones, relativamente cercanos todos esos lugares señalados. Pero nos falta un detalle esencial: la propaganda de ellos. Carecemos de una guía moderna, práctica y amena; tenemos poca afición a tratar de estos asuntos; no concedemos la importancia que tienen ciertos pequeños detalles, como la publicación de una serie selecta de tarjetas postales, la exhibición en los principales hoteles de España y sur de Francia, de esos diminutos carteles, que tan prácticos son.

Es de desear que, aunque tarde, se despierte en nuestro pueblo ese deseo de ver honrado nuestro país por el paso de esas caravanas de cultos turistas. La situación de Navarra, fronteriza a Francia y junto a uno de los balcones más bellos de Europa, bien se presta a realizar esta empresa práctica y patriota.

En la limitación precisa y obligada de un artículo a la ligera, no se pueden señalar más impresiones que bajo un aspecto superficial; pero, pensando en el encanto de las bellezas navarras, ¡cuánta emoción embarga nuestros sentidos artísticos, los mil detalles de las inimitables atracciones de que disponemos!

Piense la gente navarra, en este asunto y comience a interesarse por este tema tan sugestivo de la actividad actual de nuestro antiguo Reino.

JOAQUÍN ILUNDAIN.



- | | |
|--------------------------|---------------------------|
| 1 Roncesvalles a 61 kms. | 7 Estella a 44 Kms. |
| 2 Valle Baztán a 55 kms. | 8 Irache a 46 kms. |
| 3 Lecumberri a 33 kms. | 9 Olite a 39 Kms. |
| 4 Sangüesa a 44 kms. | 10 Tudela a 93 Kms. |
| 5 Javier a 50 kms. | 11 Valle Roncal a 86 Kms. |
| 6 Leire a 52. kms. | |

LOS DEPORTES EN NAVARRA

El deporte ha dado un paso gigantesco; casi puede decirse que en el mundo entero. Y no solo en actividad, sino también en interés general.

Nuestros abuelos, no se preocuparon de si en Suecia había un ser mortal que hacía los cien metros en nueve segundos o de si el team del País de Gales, era mejor que el de Londres. Si de algo parecido se enteraron, fué de aquellas apuestas violentas de andarines y de levanta-piedras. Su competencia deportiva de antaño, era mucho más ruda. Únicamente, aquellos partidos de pelota, tradicionales, solemnes, eran los actos deportivos de lucha apacible....

Hoy, el deporte es otra cosa. No hace falta que hagamos definiciones, porque, todos somos deportistas: más o menos «chillados», pero siempre amigos de interesarnos por alguno de esos motivos de estas luchas actuales. En Pamplona, hemos dado un paso formidable, estos últimos años, en pro del fomento de los deportes. Es un paso vigoroso, seguro. ¿Triunfaremos en algo, futuramente?

No voy a profetizar. Me dicen escriba la historia deportiva de Navarra, y mal historiador sería si comenzara por lo que está por venir. Que sí vendrá, pero que no es aún hora de decirlo.

* * *

El actual progreso deportivo pamplonés, es fruto de la constancia, de la fé, del querer.... Es fruto de tres tentativas. Fracasó la primera, y poco después, se intentó, otra vez, la implantación del entusiasmo deportivo. Fracasó la segunda intentona, y se volvió nuevamente a la carga. El caso es querer. Si no hubiera sido a la tercera, hubiera sido a la cuarta. El deporte ha de tener esa cualidad admirable: constancia, voluntad, temple, ánimo....



El primer equipo del "Punching Club" de Pamplona.

La primera vez, fué el «Pamplona F. C.» ¡El Pamplona F. C.! ¡Qué recuerdos tenemos de ese Club, en nuestro archivo mental de la primera juventud! El futbol comenzaba entonces a ser la absorción nacional, y el Pamplona, quiso ser algo en aquellas primeras luchas regionales, tan sencillas como bravas, tan disputadas como admirables.

Al «Pamplona», S. M. el Rey, le regaló una hermosa Copa. El apogeo del club local, culminó en aquel torneo que se celebró aquí, en el antiguo campo del Ensanche —con clásicas tiendas de campaña de la Cruz Roja— con el Racing y el Sporting de Irún. El Racing se llevó la Copa. ¿Definitivamente? Hace quince años o más, y aún no lo sabemos.

Después, el Pamplona, tuvo un contrincante local: el «Iruña F. C.» compuesto de jóvenes de otra generación. Es decir, menos uno. Hubo un tiempo de luchas emocionantes. Se podía escribir un libro emenísimo y grande, sobre ese tiempo. Después, se sumió el deporte local, en una era de abandono y de carencia. Todo el mundillo deportivo se echó a dormir...

Poco duró esta apatía. Resurgió el Iruña, nació el «Punching» y poco después, el «Racing Club», vigorizaba a la afición local.

Entonces el deporte tomó mayores vuelos. Afiliados los Clubs a la Federación del Norte, hubo campeonato. Y el Punching, en un esfuerzo de juventud, construyó el primer campo de deportes en Navarra.

Cundió nuevamente la afición—se llegó a recaudar en un partido ¡doce duros!—y se pensó en algo más positivo para el renombre deportivo de Pamplona. Y se fusionaron los tres Clubs. Nació entonces el «Club Amaya», símbolo de las aspiraciones locales. Comenzó su vida con brío, con interés. La calidad del «team» y el esfuerzo unido, hizo que el Amaya tuviera grandes triunfos. Cuando mayores eran éstos, cuando se podía aspirar a mayor categoría, unas pequeñeces humanas de fuera, lo combatieron «tapadillamente» y se estancó el Club en una vida vulgar. Y otra vez decayó la afición.

Al poco tiempo, un par de años, se volvió a fomentar el futbol. Y por ese tercer esfuerzo, nació el actual «Club Atlético Osasuna».

Osasuna comenzó su vida deportiva, sin pretensiones, pero con un entusiasmo admirable: quiso ser el campeón de Pamplona, y lo fué: quiso ganar un puesto mayor en la región y venciendo al team logroñés lo consiguió, logrando llegar a la primera categoría, de la serie B. Tres años actuó en ella. Fueron años de lucha ruda, competida, entusiasta. Hasta que en el pasado, logró ser campeón y finalista de España en su serie...

Este año... este año, todos sabemos la emoción que Osasuna ha dado al campeonato de

nuestra región. Por méritos propios, alcanzó la categoría suprema, y su debut en ella, es un cortejo seguido de sorpresas y de interés. Basta recordar ese match final del campeonato en que un empate, con el campeón de la región, dió el triunfo a éste...

Ese empate y el entusiasmo del Club, hacen concebir grandes esperanzas para próximas competiciones. El tesón deportivo y el esfuerzo de todos ha hecho que se consolide el valor futbolístico de Pamplona, que si se deprimió una y otra vez, ha salido, al fin, pujante en una tercera prueba de la voluntad. Esa voluntad, que el mismo día de inaugurar el campo de San Juan—tan sano, tan amplio y tan vistoso— allá, en Mayo de 1922, soñó con llevar al mismo, la emoción de las luchas más intensas de los equipos regionales.



El equipo de Osasuna que el pasado año fué finalista de España de la serie B.

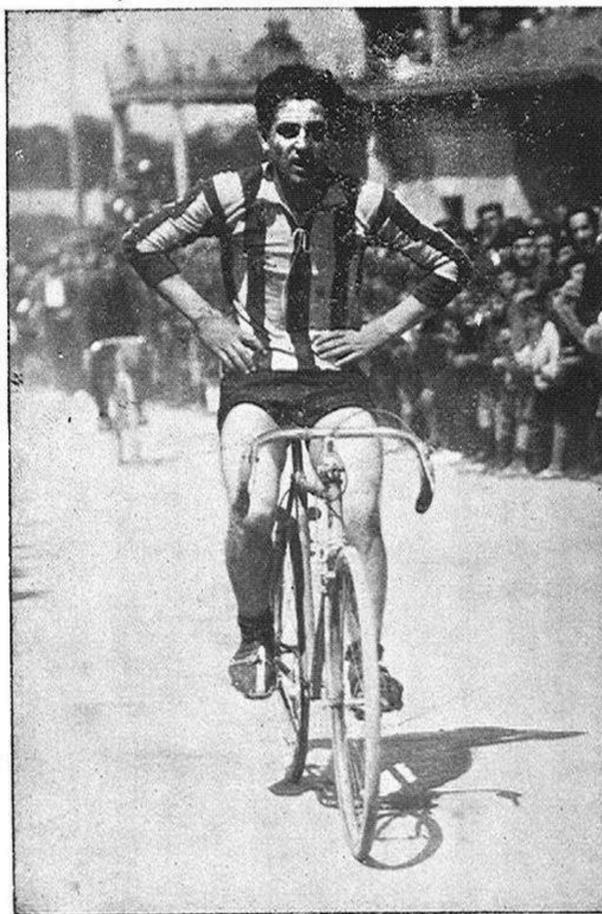
Como en todas partes, en la Guipuzcoana hay ases. Son el Real Unión y la Real Sociedad. Y el tercero Osasuna, ya reconocido. Vamos bien, señores, por ahora.

Al amparo de la afición creada por el esfuerzo osasunista, han brotado también otros clubs más modestos. ¿Cuántos son? Numerosísimos... Los que hoy «bullen» son: el «Lagun Artea», clasificado en la serie B; el «C. A. Aurora», un club lleno de vigor, que lleva camino de ser algo notable; el «Deportivo Pamplonés»; «La Navarra»; el «Indarra»; el «Iruña»... y cien más que son promesa de algo...

El futbol es, en Pamplona, algo ya hecho sólidamente.



He aquí al team de Lecároz, junto al Indarra Pamplonés, antes de la celebración de un match amistoso en el campo colegial.



Detalle de la llegada de un corredor navarro, en una de las primeras pruebas ciclistas que el año pasado se celebraron en esta ciudad.

Otro gran progreso deportivo en la ciudad, es la constitución de la Federación Atlética Navarra. Su actividad es algo admirable. Sin guiarse por la visión fugaz de grandes exhibiciones, ha limitado su comienzo a engrandecer la afición regional y ha acertado.

El campeonato de pelota, primero en Navarra, ha sido un éxito. Su labor en pro del pedestrismo, otro. Y si a los seis meses de actividad, se pueden señalar estos triunfos, hay que convenir en que la Federación Atlética Navarra ha de dar días de júbilo deportivo a toda la provincia.

¿Hablamos de deporte? Si exceptuamos la F. A. N... no hablemos de Federaciones.

El ciclismo, en Navarra, comienza a renacer. Antes, hace años, unos treinta o cuarenta, «dicen» era el sport favorito de la juventud pamplonesa, que triunfaba en Bilbao, en San Sebastián y aquí, en nuestra ciudad.

El ciclismo primitivo, como todo, dejó de ser la pasión del día. Ahora parece que quiere triunfar nuevamente.

El pasado año, hubo varias carreras, disputándose, a fin de temporada, el título de campeón navarro. Este año se puede esperar mucho más, de los «chirindularis» navarros.

Por lo menos, el esfuerzo para subir un poco más y comenzar a ser conocidos varios de ellos, como buenos routiers.

JOKINTXO.

¿Desea V. anunciarse en el campo del Club Atlético Osasuna? Diríjase al concesionario, R. VALENCIA, Procurador de los Tribunales, calle Curia, 16

“GUIA DEL SECRETARIO,”

— Representación de —
Ayuntamientos, Conce-
jos, Sociedades y par-
ticulares - Modelación
impresa para Ayunta-
mientos, Juzgados mu-
— nicipales, etc., etc. —

○
Teléfono 260
○

○
Librería, Papelería, Ob-
jetos de Escritorio, De-
vocionarios y Estampas,
— Material de dibujo —
○

Emilio García Enciso

Talleres de Imprenta y
Encuadernación, Linda-
— chiquía, 8 —
La presente Revista se
ha compuesto y tirado
en estos talleres tipográ-
— ficos —

Mártires de Cirauqui, 1

(ANTES SAN ANTÓN)

Esta casa no tiene repre-
sentantes y por lo tanto
diríjase todos los encar-
gos de Imprenta a la Li-
brería y Papelería: Már-
tires de Cirauqui, 1 - No
confundir esta Imprenta
— con otra —

Sig.: C* 1/27
Tit.: Navarra
Aut.:
Cód.: 1499588



Fue impresa esta revista en los
talleres tipográficos de Emilio
García Enciso, de Pamplona.
Acabóse el 27 de
junio de 1925.



PRECIO: 3 PTAS.

